

CRONICA UNIVERSITARIA ==

Apertura solemne del curso escolar de 1931—1932 —

Elección de dignatarios de las diversas Facultades del
Establecimiento — — — — —

Alumnos que obtuvieron la Medalla «Alejandro Mos-
quera N.» — — — — —

Centenario de la muerte del ilustre filósofo alemán
Hegel — — — — —

Centenario del filósofo Hegel — — — — —

Representantes Estudiantiles ante el Consejo Univer-
sitario y Facultades — — — — —

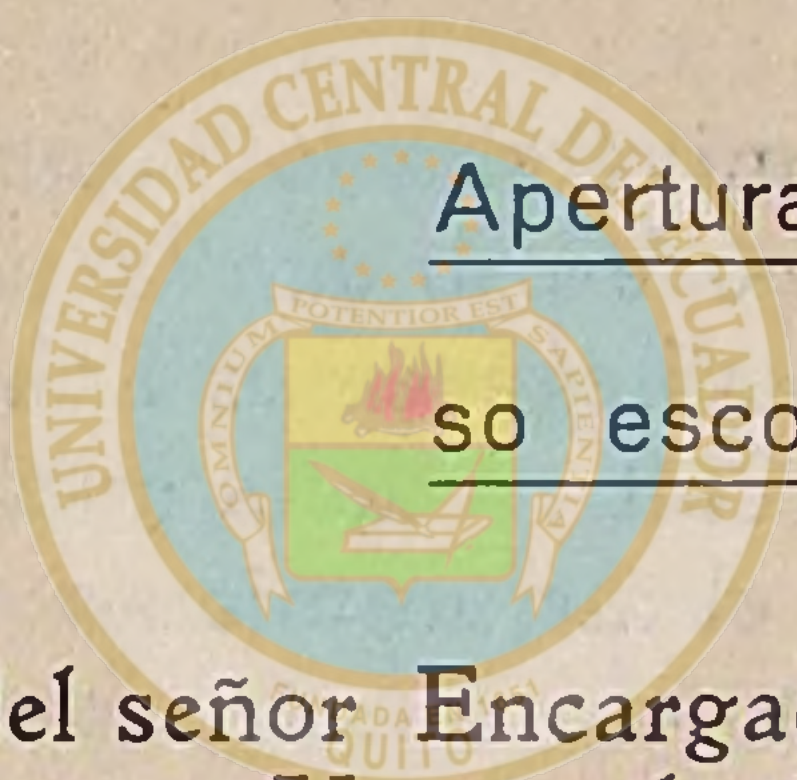
Renovación de Directoríos — — — — —

Se establece el Centro de Estudiantes de Agronomía —

Estadística Universitaria — — — — —

NOTAS VARIAS — — — — —

Crónica Universitaria



Apertura solemne del curso escolar de 1931—1932.

Con la asistencia del señor Encargado del Poder Ejecutivo, Presidente del Congreso Nacional, de los señores Ministros de Educación y de la Guerra, el señor Rector, el Cuerpo de Profesores y un numeroso auditorio, el 25 de octubre último, se llevó a cabo la apertura solemne del curso escolar de 1931—1932.

Le fue concedida la palabra, al señor Sub-decano de la Facultad de Ciencias, don Abel S. Troya, quién se expresó en estos términos:

Señor Encargado del Poder Ejecutivo:

Señor Presidente del H. Congreso Nacional:

Señor Ministro de Educación:

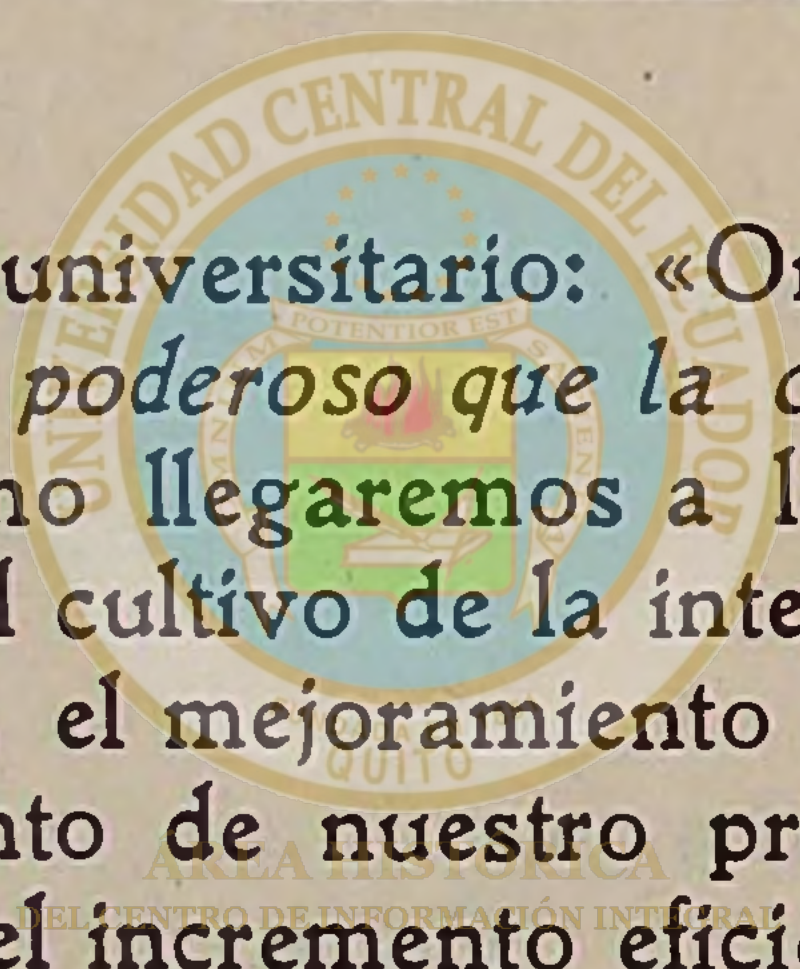
Señor Rector de la Universidad:

Señores:

Debo a la elección del H. Consejo Universitario, el insigne honor de pronunciar, ante este auditorio, tan distinguido

como ilustrado, el discurso de apertura escolar del presente año.

Por un artificio aconsejado por los retóricos, suelen los que tienen que hablar en público dar a entender, con la palabra y el semblante, que se hallan sobrecogidos de temor y respeto. Pero, lo que es una ficción, laudable por cierto, en hombres ilustres, en mí—ya comprenderéis—es una positiva realidad. No es la oratoria el campo de mis labores; ni tentaré la paciencia de mi benévolo auditorio gastando lenguaje copioso y florido, a costa de la claridad, con que voy a expresar mis ideas: esto es, lo que he procurado concebir bien para explicarlo con acierto.



Nuestro lema universitario: «*Omnium potentior est sapientia*»: *Nada más poderoso que la ciencia*, prueba con claridad meridiana que no llegaremos a la meta de nuestros destinos sino mediante el cultivo de la inteligencia, el conocimiento de nuestros deberes, el mejoramiento de nuestro estado actual, y el desenvolvimiento de nuestro progreso material y espiritual, acompañado del incremento eficiente y metódico de nuestras riquezas.

Esta afirmación, tan rotunda y categórica, señalándonos está la línea de conducta del presente, y avivando la fe con que hemos de mirar al porvenir. Por dicha, en el tiempo que fue, distinguióse la Universidad por el ferviente anhelo de mantener el principio atizador de su prestigio, no obstante todas sus vicisitudes, a fin de convertirla en legítimo exponente de cultura, viviendo siempre de esperanzas, en orden al porvenir de la Patria, cuya gloria hemos de procurar por todos los medios y diligencias. En el tiempo que corre, aquí estamos de pie en nuestro apostolado, listos, para enseñar y guiar a aquel bello grupo humano que se distingue por la alegría de su semblante, por su ardor y optimismo, por su afán de deleitarse con el dulzor de las ciencias.

La ciencia, la más preciada conquista del espíritu humano, tiende al conocimiento de la Verdad y del mundo que le rodea, no menos que al esclarecimiento de la conciencia y visión de su destino.

La Universidad, primer Establecimiento de instrucción y el mejor exponente de cultura, tiene que cumplir estrictamente el deber de alumbrar los entendimientos, guiar a la juventud, escudriñar la verdad, imprimir, plantar, ingerir el amor a la Libertad y a la Justicia, cuyo ejercicio vivifica y estimula la acción que a cada ser humano le corresponde desempeñar dentro de la trama social. Así lo hicieron los varones de venerada memoria que con sus respetables nombres nos rodean, y ya recibieron el premio que la posteridad les había prometido antes que se durmieran en el seno de la eternidad.

«Nadie, dice un pensador contemporáneo, ha logrado descubrir las bases primeras de cada ciencia, ni definir sus definiciones, ni demostrar sus axiomas, ni justificar sus postulados.»

Nos asombran, por otro lado, las rectificaciones, algunas veces esenciales, no menos que los innumerables datos científicos descubiertos en lo que va de siglo. Nunca como ahora se ha podido afirmar con más exactitud la relatividad del conocimiento científico.

Cuando las leyes fundamentales del cosmos parecían firmemente establecidas, sin peligro de cambios ni reformas; cuando se afirmaba sin vacilar que «no hay ya misterio en la naturaleza», los esposos Curie extraen, de las llamadas «tierras raras» de Bohemia un cuerpo misterioso, producto de infinitas manipulaciones, denominado *radium*, cuyo descubrimiento pone en tela de juicio los cimientos del edificio científico, y entonces la física, la química, modifican sus leyes. Esta sustancia enigmática es fuente inagotable de luz, de calor, de electricidad, de movimiento, que emite espontáneamente, incesantemente; que vibra e irradia sin cansarse jamás, sin pérdida manifiesta de peso sensible, ni transformación molecular. En suma, es un rayo de luz pleno de revelaciones, que aún están por explicarse; un nuevo misterio que la naturaleza arroja como un guante de desafío ante la Ciencia estupefacta.

La ley de la conservación de la energía ha sufrido la revolución más completa en el campo del humano saber. El principio de la indestructibilidad de la materia, está por los suelos: los estudios de un solo sabio y la invención de un aparato han bastado para probar que está sujeta a la ley fatal que condena a las cosas a morir y desaparecer. Le Bon dice: «Si la ciencia de ayer estaba fundada sobre la eternidad

de la materia, la de mañana estará fundada sobre la desintegración». El átomo no es el último término de la división, es un verdadero sistema planetario. La masa considerada como inerte es, por el contrario, un almacenamiento colosal de energía intraatómica.

Así, en todo orden de cosas: en lo relativo a métodos científicos como a la formación del criterio para observar y juzgar a la Naturaleza y a la Historia; en la investigación biológica, como en el juicio de las masas sociales: todo ha sufrido la conmoción más grande, una transformación científica con caracteres de cataclismo.

Nos hallamos, por tanto, en los comienzos de una evolución científica tal, que nos conducirá a conceptos diferentes de los de hoy; en orden a las fuerzas de la Naturaleza, modificando la Filosofía y la crítica del conocimiento.

Me refiero a dos insignes pensadores contemporáneos, a dos colosos alemanes: Einstein y Spengler.

El primero, con su teoría del «relativismo», dice: Las leyes de la mecánica clásica necesitan algunas modificaciones, desde el momento en que no son aplicables las hipótesis de la inalterabilidad de los tiempos y las longitudes. Estas son sólo relaciones entre el objeto y el observador que cambian cuando cambia su movimiento relativo, el tiempo, no puede considerarse independiente de la posición y del movimiento. Para comprender el significado de tiempo, la única solución es considerar a las cosas existentes, en un mundo de cuatro dimensiones: las tres conocidas, longitud, latitud y profundidad, y la cuarta, el tiempo. El tiempo es relativo y no absoluto; cada cuerpo tiene su propia división de tiempo, pero éste vale sólo con relación a dicho cuerpo. También se prueba, que a cada campo gravitatorio, está unido un sistema propio de geometría. Como en estos campos fallan los métodos ordinarios de medida, por falta de fijeza en los patrones, es preciso que los sistemas geométricos sean independientes de cualquier género de medidas.

Todo es relativo; lo absoluto no existe en parte alguna. Este relativismo exige nuevos hábitos de pensar por nueva orientación; y a la generación que viene corresponde organizar nuestros conocimientos.

La histórica hipótesis del éter ha desaparecido definitivamente, con sus cualidades fantásticas e ilógicas.

El segundo pensador, Spengler, apoyado en el «relativismo» de Einstein, dice: «Aquí se intenta por primera vez predecir el porvenir». La primera idea fundamental es: el Universo como Historia es cosa muy diversa del Universo como Naturaleza: lo que es la ley en la naturaleza, es el *síno* en la historia. Entendiéndose por *síno* una simple certidumbre interna que sólo puede expresarse artísticamente. A naturaleza se opone, pues, historia; a producto, *devenir*; a ley, *síno*; a sistemática, fisiognómica; a fórmula, imagen; a extensión, tiempo.

La segunda idea fundamental de Spengler, es que las culturas son organismos y tienen un sentido biológico: niñez, juventud, madurez y ancianidad: o sea, primavera, verano, otoño e invierno. Todas tienen su Renacimiento, su Reforma, su Guerra de cien años y su Florecimiento Filosófico. Analizando el estadio actual de la civilización europea, dice: «qué hemos de hacer si hemos venido al mundo en el ocaso de una civilización?».

He ahí como, con su Sociología profética, ha revolucionado sistemas y métodos. Ya podremos predecir los acontecimientos, como se predicen las eclipses.

Una pregunta: Si la decadencia de Occidente se inicia, si su cultura está en la senilidad o invierno, ¿habrá que considerar a la nuestra, la del Continente Sudamericano, como ampliación y progresión de ésta, con raigambre de un mismo tronco cultural, o estará señalada la tierra indo-hispana como asiento de una nueva cultura que nace?

Con acendrado optimismo, para ustedes jóvenes, aseguremos nuestro porvenir, sin cejar un instante, hasta llegar a la edad de oro de nuestra cultura.

Esta digresión de mi asunto principal, me dió asidero para deducir hasta dónde puede llegar la investigación científica, que recomiendo más adelante.

El pensamiento actual de la humanidad, con sus rectificaciones y contradicciones, nos lleva a un postulado superior: a la tolerancia de la inteligencia y al concepto de la relatividad.

Vemos entonces que la autoridad científica, con carácter de inapelable, ha caído de su trono, y se levanta, en cambio, la independencia de criterio. Con lo cual reciben provecho Verdad y Libertad. Y nos estimula, además, a buscar ideas propias, a vigorizar la persona humana, y a aumentar su potencialidad.

PROBLEMAS UNIVERSITARIOS

HAY QUE ABANDONAR LAS VIEJAS NORMAS

Fieles a la tradición de las viejas Universidades, no nos hemos apartado de los antiguos senderos, detenidos en la marcha, impotentes para dar impulsos a nuestra incipiente democracia, mirando con maravilla a autores extranjeros, como si en ellos se encontrara la última palabra: estancado, detenido el Progreso, cual las aguas de un pantano. A lo más, hemos conservado, como preciada joya, la herencia de nuestros mayores. Las circunstancias actuales, la evolución del espíritu, el progreso de las ciencias, nuevas necesidades creadas por la civilización, las modificaciones que sufre la comprensión de la vida real: todo nos induce a remediar los daños presentes, con acción ordenada y creadora.

Las nuevas normas, cuyo conocimiento y ejecución han de mover a las Universidades de hoy hacia su mayor perfeccionamiento, son las que con cierto temor quiero exponer a vuestra consideración.

Hace ya mucho tiempo que nuestras Universidades han estado envueltas en una como nube de desprestigio, por creerse que el rendimiento y la eficiencia se reducen a formar profesionales en medicina y jurisprudencia, con un fin exclusivamente utilitarista, y cuyo privilegio era de pocos. En la prensa, en la tribuna, en los corrillos, se dice que la Universidad no es sino «incubadora de médicos y abogados».

De veinte años para acá, se han agregado los ingenieros. Las necesidades materiales; el progreso creciente de las vías de comunicación, que ha menester toda país civilizado, pedían instantemente el establecimiento de estos estudios. ¿Por qué la antipatía del público a los profesionales? Tal vez por causa de la multitud de medianías, envanecidas con el abecedario de la ciencia, que miran despectivamente al pueblo, al cual ya no creen pertenecer, hinchadas con los humos de eruditas.....

VOCACION Y APTITUDES

Para extinguir, o siquiera limitar, medianías profesionales, son necesarias la verdadera *vocación* y el *conocimiento* de las aptitudes del estudiante. Hasta hoy, sean cualesquiera las aptitudes del joven, los padres no han aspirado sino a que el hijo reciba la toga doctoral, para conservar el nivel social correspondiente a un abolengo y lustre, o para alcanzar lo más alto en plena función de capilaridad social, sin tomar en cuenta para nada la capacidad, cultura, ni conocimientos.

De esta manera, sin considerar sus inclinaciones, sin conocer su verdadera vocación, navegando aguas arriba de sus ideas y de su espíritu, la juventud estudiosa ha seguido su camino sin vislumbrar otras sendas que las señaladas por añejas costumbres; ahogando así positivas aptitudes en una vocación dudosa o parasitaria, que se ejerce sin amor, sin gloria, sin éxito, sólo por cumplir con los mandatos paternos o satisfacer la vanidad.....

Bien está que la voluntad paterna se manifieste; mas no para favorecer lo pueril y superficial, sino para orientarle en una libre elección y dirigirle por el rumbo que la voz de la verdadera vocación señala.

La vocación, señores, es la decisiva en nuestros destinos, es el acicate que se anticipa a la elección consciente y reflexiva; la vocación nos hace aptos; en la vocación se funda la grandeza personal; la vocación hace los genios, aquellos espíritus que no apartan la vista de su objeto, y cruzan, como en terreno llano, los tortuosos senderos de la vida.

Ni se ha de legitimar la indecisión por la imposible *universalidad*, dirémoslo así, que disipa, en aplicaciones varias, energías que pudieran ser fecundas, si se fijaran en un solo objeto.

Así como el viento, el polvo, el sol, el agua y la Naturaleza misma deciden de la suerte de la futura planta, encerrada en la semilla; así el maestro, el profesor, fomentan la vocación y las aptitudes del alumno, ofreciéndole lo mejor de la savia y desechando la hojarasca, para darle más alta vida y asegurar de esta suerte el porvenir.

Si vocación y aptitudes no son muy claras, nuestro deber es despertarlas, robustecerlas, mediante la doctrina, la educación y la costumbre, infundir energía de voluntad que venza

los obstáculos: así surgen del fondo de muchos espíritus gérmenes que duermen en forma latente y que es preciso despertar, para no verlos en el caso de exclamar como el químico, «Cay - Lussac», cuando, considerando cómo el mundo progresaba tanto y tanto, dijo, momentos antes de morir: «¡Qué lástima de irse! Esto empezaba a ser interesante » y espiró.

Despertadora de aquellas aptitudes latentes será, muchas veces, la observación de acontecimientos, al parecer insignificantes, y que, sin embargo de eso, encierran honda filosofía, acontecimientos que destacándose, sirven como punto de partida para la elección definitiva. Son como chispazos que preceden a la llama de entusiasmo y acción. Recordemos, sino, que la manzana de Newton, le sirvió para descubrir las leyes de la gravedad; la lámpara de la Catedral de Pisa, dió a Galileo oportunidad para descubrir las leyes del sincronismo y del péndulo; Dionisio Papin, observando una marmita cuya tapa se movía a impulsos del vapor, descubre la aplicación del vapor como fuerza motriz, que más tarde acortará la distancia con la locomotora; un noble de París inicia en el juego de dados a Pascal, quien piensa entonces en desarrollar el cálculo de las probabilidades y la teoría de la ruleta; un papel encendido, que se sostiene y sube en el aire, da ocasión a los hermanos Montgolfier para iniciar la navegación aérea; Haüy, observando que un prisma de espato-flour caído en el piso de su laboratorio, se divide en distintas direcciones, descubre las leyes de la cristalografía; Herschell, estimulado al ver por vez primera un planisferio celeste, dirige sus miradas investigadoras al cielo, y descubre el planeta Urano y los satélites de Saturno; el Alcalde de Brujas, Luis de Bárken, frota por casualidad un diamante con otro, y da con el pulimento y tallado de la más dura y preciosa de las piedras; el danés Oersted, explicando su clase en la Universidad de Copenhague, inopinadamente une los reóforos de una pila eléctrica encima de una brújula, observa las desviaciones que sufre la aguja, por causa de la corriente, y descubre las leyes del electro-magnetismo, iniciando, a la vez, los triunfos sorprendentes y benéficos de la electricidad. Esto alienta al norteamericano Morse, a arrojar la paleta del pintor y a inventar el telégrafo.

Así, unos en pos de otros, aparecen tantos sabios que, en posesión de su propio campo, supieron desenvolver apti-

tudes y vocación, y asir los rayos de luz con que nos alumbran hasta hoy.

Adviértese, asimismo, que las impresiones o sensaciones, que en el vulgo no dejan huella, un espíritu observador las recoge y transforma en arsenal de conocimientos.

Además de la observación de la Naturaleza, nadie duda de que despiertan aptitudes ignoradas y nos dan mucha luz la lectura, la conversación, el roce social, la emulación digna, y otras muchas oportunidades, que son campo propicio para el mejoramiento cultural. Pero no solamente el estudio espontáneo y natural, que ligeramente he bosquejado, sino principalmente el estudio científico de las cualidades del individuo son auxiliar poderoso para descubrir la vocación. Los estudios psicológicos pueden aclarar lo más intrincado y obscuro.

Paréceme que los dos últimos años de Colegio son los más adecuados para observar aptitudes e inclinaciones en el joven. En esta época, el estudiante principia a sentir aficiones, pero con dudas y zozobras. De gran provecho sería darle a conocer algo sobre psicología de las profesiones; así como la determinación y aplicación de las aptitudes profesionales, por medio de estudios psicotécnicos.

En los cuatro o cinco primeros años de estudio, en todos los colegios, se dará una enseñanza general, integral y enciclopédica, como complemento de la enseñanza primaria, obteniendo con esto una determinada cultura del espíritu. En el sexto, se enseñará al joven lo más importante de las direcciones profesionales; será un año de enseñanza especial y preparatoria, con rumbo hacia las profesiones científicas universitarias.

Así queda compuesta la enseñanza secundaria de dos partes: la de aspiración cultural y la de enseñanza vocacional. La primera atenderá a lo que solamente enriquece el espíritu, aumentando, a la vez, la capacidad de comprensión; mientras que la segunda encauza con su enseñanza hacia una activa preparación de la vida.

Mas, si hubiere individuos que no manifiestan su capacidad y disposiciones, entonces podemos decir, lo que Huarte, en su libro, «Examen de Ingenios»: «Yo, a lo menos, si fuera maestro, antes de recibir en mi escuela algún discípulo, había de hacer con él muchas pruebas y experiencias para descubrirle el ingenio; y si se hallare de buen natural para la ciencia que yo profesaba, recibiérale de buena gana, porque es gran

contento para el que enseña, instruir a un hombre de buena habilidad; y si no, aconsejárle que estudiase la ciencia que a su ingenio más le convenía; pero, entendido que para ningún género de letras tenía disposición ni capacidad, dijérle con amor y blandas palabras: hermano mío, vos no tenéis remedio de ser hombre por el camino que habéis escogido, y que busquéis otra manera de vivir que no requiera tanta habilidad como las letras».

Felizmente, la psicología ha progresado lo suficiente para descubrir el secreto de las almas, si a los primeros pasos en los caminos del estudio, no es posible vislumbrar lo más valioso en el espíritu del alumno.

Así, evitaremos la desilusión y la amargura consiguientes al desvío del camino conveniente a cada cual; que, si se acierta, no puede menos de ser venturoso y agradable.

Antes de educar hay que seleccionar.

Busquemos el genio y la figura; de lo contrario, diríamos lo que el sabio, cuando, después de largas manipulaciones en su laboratorio, para hacer el precioso metal, encontró siempre al fondo de la retorta un sedimento oscuro: «Para hacer oro se necesita oro».

Grave error es creer que la enseñanza secundaria es un paso obligado al logro de un Diploma Universitario. En rigor, no es sino un medio de educación y de instrucción. La estadística lo comprueba: en otros países, el 20, a lo más el 30 por ciento de alumnos que terminan el colegio pasan a la Universidad. Los restantes, se dispersan por los diversos caminos de la vida. Entre nosotros, casi todos se hacen Universitarios.

Seguros de nuestras fuerzas y con sinceridad, seguiremos el rumbo que nos cuadre: así obtendremos la máxima correspondencia en pago de nuestras aptitudes.

Cumplamos la divisa de Sócrates: «Primero concóctete a tí mismo». El enaltecimiento de la Patria y el triunfo de la Raza, dependen de la acertada elección de nuestro camino. No nos preocupe la dicha personal, que se la encuentra cuando menos se la busca.

Con esto conseguiremos la solución del primer problema, en orden cronológico, de tantos como preocupan a la Universidad.

LA UNIVERSIDAD MODERNA

La Universidad moderna, si ha de llenar su misión, aspira a ser medio de acción social, haciendo suyos propios los dictados de las ciencias contemporáneas, adaptándolos a la sociedad en donde se halla establecida. La experiencia, que ha aumentado el acervo del saber humano, es auxiliar poderoso del hombre para acomodarlo al medio en que se desarrolla y favorecer su existencia y progreso. De ahí que muchas verdades de ayer son reemplazadas por las de hoy: lo cual facilita el uso y el conocimiento que de las fuerzas naturales hemos de hacer, en beneficio de las necesidades siempre crecientes de la sociedad.

Todo esto nos impele a la evolución de la cultura humana, que no coincide con el tiempo ni es simultánea en el espacio. De esta variación constante en cada época y en cada lugar nace la renovación, más o menos total, de las culturas: cada sociedad imprime su sello en conformidad con el medio. La de antaño, se hace extemporánea e inadecuada, y, con el transcurso de los años, se transforma en *rutina mental*.

Aceptado que la renovación de la cultura humana debe tener su norte bien conocido, ¿qué organismo, institución o poder debe tomar a su cargo la empresa de orientarla hacia el verdadero destino? ¿A quién toca crear, difundir e innovar constantemente la cultura a que tiene derecho la sociedad? Creo que todos estamos de acuerdo en la respuesta: toca a la Universidad. ¿De qué manera la Universidad contribuirá a la organización y al desenvolvimiento sociales? He ahí el interrogante por resolver; porque, tanto monta cultura nueva y Universidad nueva; esto es, nuevos métodos, nuevas aplicaciones.

¿No creéis, señores, que nuestra Universidad no ha acabado de romper los viejos moldes de cultura medioeval? Y aún aceptando que nuestras Facultades estén más o menos bien establecidas, en orden a la formación de médicos, ingenieros y abogados, ¿ese desenvolvimiento aislado de cada una

de las Facultades no será causa de la desaparición de la Universidad como entidad propia, conjuntamente considerada?

Si el jefe ha dejado el campo, no hay orientación ni unidad en la familia; las hijas, las hijas predilectas, las Facultades, autónomas, viven extrañas unas a otras; cada cual tiene propios e inamovibles intereses, además de su función profesional y su mentalidad propia.

La investigación científica en cada Facultad, desconocida por las otras, considera sólo una fase del saber total, siempre con la mirada unilateral del especialista, sin sospechar la posibilidad de colaboración; olvida que la renovación constante de las ciencias no es posible sin el auxilio de las otras que le son afines. Desconocer las afinidades de las ciencias es limitar el horizonte de las mismas.

Es así como de la coordinación de trabajo de todas las Facultades resultará la organización científica de la Universidad. Es preciso reunir las partes para conocer el todo, y sólo con conocimiento del problema total podemos darnos cuenta de los resultados. El todo, siendo más amplio, nos hace conocer sus funciones, que consisten en fijar principios, direcciones, ideales, normas, que contribuyen en gran parte a la formación de la cultura que, cuando es propia, redundará en beneficio de la sociedad.

Si no rechazamos la idea de que únicamente necesitamos buenas escuelas técnicas, para la formación de profesionales idóneos, la Universidad será inútil y habría que suprimirla. Lejos de eso, convencidos estamos de la utilidad de las Universidades; pero con renovaciones en su organización y en su función social. Siendo la Universidad la institución más alta y más docta de la Democracia, ha de representar científicamente las ideas de la época y conocer el estado actual de la ciencia, interpretando las necesidades y aspiraciones de la sociedad a que pertenece, adoptando métodos y planes más elásticos, a fin de dejar espacio a la ciencia más moderna, que descubrirá, a la vez, nuevos horizontes. La experiencia nos enseñará las variaciones convenientes a los progresos de las ciencias y a nuestro medio social, seleccionando lo bueno, lo provechoso: como liga indispensable para la ductilidad y resistencia de la obra del orfebre.

De otra parte, Universidad significa juventud, ardor, dinamía. La Universidad es un poder científico, y no un poder político; no una autoridad de gobierno, sino un emporio de

cultura intelectual y social. Así como toda cultura, según la teoría de Spengler, es el factor esencial de la Historia Universal; así como el esqueleto óseo es el factor esencial de los vertebrados; así como la hoja es el factor esencial del reino vegetal; así también la Universidad es el factor esencial de nuestros tiempos, es el símbolo viviente del espíritu nacional, es la madre común, es la expresión misma de la Patria.

La Universidad reúne amorosa bajo un manto de púrpura a todas las manifestaciones de cultura; forma y cincela a los defensores del derecho público y privado; a los que conservan o devuelven la salud; a los directores de las multitudes; a los que encaminan y promueven los grandes progresos, en las construcciones, en las industrias, en la agricultura; a los que sintetizan por lo alto las conclusiones de la ciencia, a los que dan forma y vigor al pensamiento, galanura a la expresión y novedad a los conceptos.

De esta manera llegamos a notar la necesidad de dar vida a la Universidad, como entidad, y a la formación de la Universidad autóctona, que nos sea propia, representativa de nuestras costumbres, medio, inclinaciones e idiosincracia, estableciendo un nivel de cultura más alto y de hondas raíces. Que sea primero ecuatoriana, y luego latino-americana, pues, tenemos también intereses continentales.

Shoen dice. «La fuerza de las nuevas Universidades alemanas reside en la facultad de adaptarse a las necesidades de cada región». Positivo triunfo de Alemania son sus once Universidades técnicas, cuyas tendencias profesionales y científicas constituyen el fenómeno más grandioso de la historia social contemporánea.

El coloso del Norte asienta su poder sorprendente de invención y riqueza en sus 600 instituciones de Enseñanza Superior, que resuelven muchos problemas de la vida nacional.

No obstante que la Universidad es exponente de cultura, no le faltan gratuitos enemigos, que, so pretexto de renovación, quieren demoler lo poco que tenemos construido del edificio cultural. Ni es dable desconocer la mal disimulada antipatía a las profesiones intelectuales universitarias. Hoy en día, mucho se habla contra las profesiones llamadas liberales. Por dicha, todos los razonamientos en contra de la Universidad son superficiales, pueriles; los mismos que la apocan son los primeros en estimular a sus hijos a ingresar en esos respetables centros de cultura.

La Universidad, señores, es algo más que una fábrica de abogados, de médicos y de ingenieros. La verdadera cultura se halla únicamente en la Universidad: de ella salen hombres de ciencia, políticos, estadistas, y todos aquellos espíritus que se han hecho acreedores al envidiado renombre de selectos.

En el Ecuador, pequeña Nación, si no por su territorio, por el número de habitantes, los abogados, médicos e ingenieros, tienen que ser más que abogados, médicos e ingenieros. ¿No lamenta la Universidad la separación de muchos de sus miembros que salen a desempeñar varios cargos, como la Legislatura, Secretarías de Estado, y aún la Primera Magistratura?

Hay otro aspecto más importante, dice Carlos Vaz Ferreira, en su «Moral para Intelectuales»: «Las profesiones liberales tienen entre nosotros una muy caracterizada y profunda significación democrática». Ciertamente, la cultura universitaria se manifiesta manteniendo un ir y venir de valores sociales, una especie de ósmosis de clases, que impide la formación de aristocracias, sean de abolengo o de dinero. Esta ósmosis se efectúa por el ascenso de las clases reputadas inferiores, a las llamadas elevadas.

Por esto, añade el mismo autor: «Entre tanto que un joven que carezca en absoluto de medios de fortuna, de nombre, de protectores; humilde y desconocido, sin familia, dotado simplemente de talento y voluntad, puede en muy pocos años, por medio de las profesiones liberales ascender, en nuestros medios, de la más humilde hasta la más alta capa social». Esto es hermoso y de hondo sentido social.

Abiertas están las aulas universitarias a todos sin excepción; no hay puertas que impidan el acceso; es libre e igual para todos sus hijos; sólo impone una condición: que prometan no renegar fuera de la Universidad, de su noble procedencia.....

LA ENSEÑANZA UNIVERSITARIA

Para obtener frutos excelentes, debemos reformar la enseñanza. Hasta hoy, la misión del profesor se circunscribe generalmente a la recitación del *monólogo* sujeto a horario para cumplir el Reglamento, y nada más.

La enseñanza, como ha dicho un profesor argentino, no debe concretarse a «recitar manuales amontonando en la me-

moría cosas teóricas que no quedan de ella sino hasta el día del examen».

No nos contentemos sólo con cambiar programas. Variemos métodos, desterrando el charlatanismo, producto de tercera mano. Transformemos las aulas en centros de investigación, estimulando la búsqueda en fuentes bibliográficas dirigidas por el profesor, enseñando a esgrimir las armas de la crítica y síntesis científica, para conseguir que el mismo alumno aprenda a investigar, adquiera conocimientos y tenga un juicio exacto de los hechos y de los problemas.

El señor Rodolfo Rivarola ha dicho ya en la inauguración de los cursos: «La supresión del examen oral, impondrá nuevos métodos y más premiosas obligaciones en las cátedras. No será el profesor mero informante de la ciencia, ni reemplazará al libro o a la biblioteca; cultivará y fortalecerá las inteligencias que hallare bien dispuestas para los estudios superiores, las disciplinará para la labor mental, sin importarle la cantidad de noticias o detalles que hiciere recordar a sus alumnos». Y agrega: «Se comprende que para informar tales hábitos deberá comenzar por tener él mismo». Se debe estimular siempre, constantemente, el espíritu de investigación o de crítica personal del alumno.

A propósito de estas palabras, cabe preguntar: ¿Es conveniente la supresión de exámenes en nuestra Universidad?..... Con insistencia se habla hoy en día de supresión de exámenes, de docencia libre, de asistencia no obligatoria, y de otras mil bellezas, para luego merecer la toga doctoral. Todas estas peticiones de personas que quieren ir a la vanguardia del movimiento moderno no hacen sino exteriorizar, nuestra índole de «chabacanería», como diría Ortega y Gasset, una radical aversión al trabajo y a las grandes ambiciones; supresión de todo esfuerzo, camino fácil para llegar a la meta: el profesionalismo.

El modelo de maestros, Ramón y Cajal, dice: «El ideal del hispano de toda catadura es jubilarse después de pocos años de trabajo.....y si es posible antes de trabajar».

¿No hay allí una clara manifestación de nuestro carácter, de la falta de hábitos de trabajo en el aula y en el hogar, que abre ancha puerta a la burocracia? Hoy, el estudiante estudia solamente en las horas que le dejan libre otras atenciones.....Esto no se concibe. Muchas veces, con mengua de la disciplina, abandona los claustros universitarios, porque

sonó la hora de acudir a la oficina..... No obstante la estrechez económica de tal o cual alumno, la Universidad exige, con razón, acción enérgica, abnegación y consagración exclusiva.

El estudiante debe hacer el sacrificio de sus mejores años en aras de la cultura, que servirá eficazmente para el desarrollo de la almáciga universitaria, germen de la clase dirigente del mañana.

LOS EXAMENES

El examen como prueba de aptitud es cierto que se ha desacreditado; pero debe reemplazarse con otra forma, para tener conocimiento de lo que ha aprovechado el alumno. La supresión de los exámenes debe ser la consecuencia de la implantación de nuevos métodos, cuyos buenos resultados nos indicarán si la innovación germina en campo fecundo: de lo contrario no se conseguiría la mejor educación mental y mayores hábitos para el trabajo.

Que en las innovaciones anotadas hay muchas que implantar, es cierto. Una de ellas, la relativa al examen.

El examen, casi siempre arguye superficialidad, ligereza, algo como un deporte; pues nivela las inteligencias, y lleva un tinte de aleatorio. Por eso, el Profesor de Oxford, Max Müller, dice: «En mi Universidad, el placer del estudio ha acabado; el joven no piensa sino en el examen».

El examen es el tormento del alumno; el examen no sirve a todos para aprender bien, a conciencia, sino para lo que vulgarmente se llama «calentar»; el examen es repetición de los famosos apuntes, con los que halaga al profesor que emitió determinadas opiniones durante el año escolar.

De aquí aparecen dos aspectos, que es indispensable considerar: el examen, como prueba, no sirve, a veces es injusto; y el examen, como acicate para el estudio, es lo único que existe. De suerte que si se suprime el examen final, acabaríamos por no aprender nada.

De ahí que, para suprimir los exámenes sería preciso renovar los métodos de enseñanza; emplear otros sistemas de constatación, cambiar los hábitos del estudiante, y seguir las huellas de ese rigorismo propio de las universidades alemanas; esto es, de verdadera disciplina.

Juzgo indispensable, señores, el establecimiento de una contraloría universitaria: no para cuidar de fondos, que no existen; sino para velar por los estudios.

En un excelente estudio sobre los exámenes dice el profesor argentino González: «El examen incita a muchos hombres inferiores a trabajar, pero trae la labor de los mejores espíritus a un nivel inferior del que pueden alcanzar con un sistema más libre: tiende a desarrollar la docilidad y las artes espúreas de la preparación a expensas de algunas varoniles y eficientes cualidades, y los hombres que se hallan poseídos por la fiebre de la preparación para un examen, del cual depende su reputación, no son capaces de estudiar para su propio perfeccionamiento. El valor educativo de la obra realizada para el examen, es para el estudiante infinitamente menor que el de la labor hecha «para sí mismo» y el más grave mal de nuestro actual sistema, es que nadie aprende a trabajar «por y para sí mismo.»

Por lo visto, es deficiente la prueba, y deben cambiarse los métodos y dar a la enseñanza nueva orientación; a este intento convendría estimular el trabajo del estudiante; crear hábitos de investigación personal; introducir la labor de seminario, que nos daría a conocer sus aptitudes, vigilar constantemente el trabajo del curso y del laboratorio; señalar temas especiales a cada alumno, sobre estudios expuestos ya en la cátedra; resolver problemas relativos a cada capítulo de la materia; en fin, reglamentarlo de acuerdo con nuestras modalidades y la índole propia de cada asunto.

La enseñanza exclusiva mediante obras preparadas para el fin didáctico, constituye un sistema enervante e incompleto; no fortifica la mente del alumno; no forma el espíritu de investigación; y se habitúa a no aventurarse por caminos para él desconocidos.

Ha de darse la ciencia en forma tal que, lejos de impresionar como un enunciado total, deje en el espíritu del alumnado la inquietud, el ansia de calar más hondo, que le fuesen a la propia investigación, supremo anhelo de la obra universitaria. El ejercicio corporal nos da una idea clara de la senda que ha de seguir el espíritu. Así mismo espiritualmente, lo que se asimila sin esfuerzo no deja huellas, no fortifica la mente; debemos quedar saturados de la tesis que nos preocupa: entregarnos a la ciencia es el secreto para sojuzgar a la ciencia.

«No hacemos aquí cuanto podríamos y cuanto debiéramos».

Como se ve, una reforma conjunta exige: implantación de nuevos métodos de enseñanza y supresión de exámenes. De no hacerlo, se seguiría el fracaso. La una no es solución de la otra; sino que, juntas, son términos del problema.

La reforma de las Universidades alemanas, en las que no hay exámenes de fin de curso, la expresa Francisco Oliver, con estas palabras, que cuadran a nuestra situación: «Queremos mantener a nuestras Universidades el carácter de talleres de ciencias para los profesores y alumnos, sacrificando, si es necesario, todos los estudiantes faltos de energías para el trabajo o escasos de inteligencia, que no resisten al sistema de libertad de aprender. Con un sistema de carácter escolar, paternal, como existe en otros países, con asistencia obligatoria, boletín escolar, exámenes de fin de curso, etc., esos estudiantes deficientes, seguirán con más o menos dificultad su carrera universitaria, llegando a obtener su título. Pero esto es precisamente lo que se quiere evitar. Hay exceso de profesionales de carreras universitarias que requieren el previo examen y por consiguiente no existen necesidades de carácter práctico que obliguen a concesiones y deferencias para aumentar el número de graduados. Pueden, pues, las Universidades alemanas seguir su tradición de altos institutos científicos de reputación mundial, y preocuparse sólo de la «élite» estudiantosa, de los que prometen para el porvenir, de los capaces de continuar la tradición científica. Los otros, los deficientes, abandonen sus estudios universitarios, y dirijan su actividad en otro rumbo. Hacerlos graduar a fuerza de tutelaje, sería un mal para ellos —pues nunca pasarían de la mediocridad,— y un daño para el país. Sólo hay, al fin un examen doctoral, al que debe preceder una disertación escrita, acompañando el candidato los certificados sobre estudios y trabajos universitarios».

Imitadores por carácter, no copiamos de otras naciones constancia y decisión en el cumplimiento del deber, sino la superficialidad, el ahorro de estudio y de trabajo. ¿Será para nuestra modalidad aquello de la formación de las «élites intelectuales»?

En otras naciones, sólo la «élite» ejerce su profesión en fábricas, talleres, centros de investigación industrial, y en institutos técnicos: no hay ambiente para los mediocres. Y co-

mo la lucha por la vida tiene allá caracteres más acentuados, ajenos a sentimentalismos y caridad, la ganancia es proporcional al producto, a lo que el hombre hace, al beneficio que rinde.

Entre nosotros, prácticamente no hay lucha: tiene trabajo el que quiere trabajar; el activo, el emprendedor, fácilmente se abre amplios horizontes; por desgracia nos gusta lo llano, lo que no requiere esfuerzos, por complacer a nuestra vanidad de señores, la cual nos induce a creer que ciertas actividades, hermosas en sí mismas, no se conforman con nuestra ética y escala social.

El remedo, el transplante, la copia, la imitación, no arraigan donde quiera. Así la planta del valle, trasplantada a los páramos, sin abono ni temperatura, no da jamás flores ni frutos.

«¿Qué se diría si, para fortalecer el tallo del árbol abriéramos un hueco en su corteza, introdujéramos un guijarro y, apretándolo fuertemente, formáramos un solo cuerpo? ¿Se podría decir que hemos vinculado a la vida del árbol, ese cuerpo inerte?» Como el guijarro en el árbol, así las ideas que no son producto de nuestra personalidad propia y de nuestro sentimiento, nunca serán una fuerza capaz de cambiar la manera actual de educar.

La falsa originalidad nos induce a prescindir del examen sincero del raciocinio, para buscar por medios artificiosos el reverso de la idea autorizada. En cambio, la verdadera originalidad es la aptitud para reflejar y precisar la verdad de lo que se siente, después de una obra de asimilación seria y consciente.

No imitemos al extranjero: hagamos pesquisa de su doctrina; y nada más.

Nuestro prurito de imitación radica en la falta de hábito de pensar, por nosotros mismos, las cuestiones que debemos resolver.

Formemos, primero, nuestras propias convicciones para aparecer auténticos, y no ficticios.

El sistema de educación que cada país adopta, es el producto de varios factores: raza, aptitudes, inclinaciones, caracteres, necesidades, ambiciones, etc., encuadrándose en los elementos que lo engendraron.

Unas veces, la razón es en gran parte la que gobierna al hombre; en otros, el sentimiento es cualidad preponderante.

Por esta causa es imperativo, un examen analítico de nuestros vicios y virtudes, de nuestras energías y flaquezas, de nuestra herencia y renovación, que nos conduciría a encontrar el derrotero que nos está señalado.

EL ESTUDIANTADO

Sean primero estudiantes, luego sean de voluntad disciplinada; no consideren su tarea como un mero deporte, de otra manera echarán sobre terreno deleznable la base de la cultura universitaria; si sus conocimientos son superficiales, desaparecerán, como todo lo efímero.

¿Qué diríamos de un centinela que debiendo cuidar su cuartel contra el avance del enemigo, no estuviera alerta, ni tuviera el arma lista, y creyera, sin embargo, que cumple su deber, sólo manteniéndose de pie junto a la puerta?

¿Qué diríamos de un militar que, en vez de instruir y disciplinar a sus soldados, conservara armas y municiones almacenados, sin formar el hábito, ni despertar la habilidad del manejo en los soldados, que, acaso, se ocupan en cosas extrañas a su profesión?

Y, ¿qué diríamos del estudiante que abandona sus libros, que son sus armas en el estante de su biblioteca?

Dudo, por consiguiente, de que el alumno de hoy se halle preparado para la reforma universitaria. Todo intento, sin las condiciones requeridas, no responderá a su propósito. Si no está disciplinado y no ve con perfecta claridad lo que se propone, sería inútil la reforma. Ya lo dijo Ortega y Gasset: «Es evidente que siendo el mal radical de lo español la *chabacanería*, va a servir de muy poco una reforma *chabacana*».

Ni por un instante quiero defender la inmovilidad de normas.

Demos principio a la reforma, gradualmente, acogiéndonos a medios pacíficos, que son más eficaces, antes que a medios violentos, siempre infecundos.

La reforma debe manifestarse en modificaciones bien ordenadas, semejantes a la línea curva, de suave y graciosa ondulación; no como la línea angulosa, cuyos lados más o menos variados y violentos, nos señalan direcciones erróneas, que hay que desandar, para enlazarlas con un nuevo lado de sentido diferente.

Recordemos, en fin, que no puede haber reforma verdadera, si no se toman en cuenta las modalidades del medio, las necesidades especiales y el avance constante de profesores y alumnos. Sólo de esta manera podremos reemplazar la educación teórica y pasiva, por la enseñanza social y fundadora.

PROFESORADO Y ALUMNADO

La misión de la cátedra no ha de consistir en la repetición de doctrinas contenidas en manuales, o textos de la ciencia respectiva, que el estudiante puede consultar en su casa con provecho; sino en la presentación del estado actual de la disciplina, en la investigación de las cuestiones controvertidas, dudosas u obscuras, para que la juventud académica se forme concepto cabal y propio, fruto de su indagación personal.

Por otra parte, el Profesor no debe olvidar su carácter de apóstol de la juventud. El Maestro, no se ha de limitar a almacenar conocimientos en la mente del alumno; sino que ha de empeñarse en convertirlos en agentes de investigación, en artífices conscientes de sus propias personalidades. Su obra educativa será entonces creadora, completada con el goce de sus resultados.

El Profesor debe tener fe en sí mismo, y obrar conforme a esta fe.

Imíte el Maestro al forjador de metales; póngalo al fuego si lo quiere maleable; forje la obra y por fin, dele el temple que ha de resistir a la acción y a la lucha.

Debemos tener la persuasión íntima, de que el rasgo fundamental del joven es la facilidad de transformarse y renovarse, rechazando todo lo que se oponga a sus nobles intentos.

Juntamente con la investigación del Maestro convertida en anhelo de penetrar en el espíritu del alumno, ha de ir la capacidad de interrogar, para descubrir nuevas vías y despertar el germen quizá de un genio, que, de otra manera, pasaría inadvertido.

Buscar siempre la verdad, investigar con tesón, estudiar con empeño, someter todas las opiniones al crisol de una crítica ecuaníme, trabajar siempre con fe y entusiasmo: he ahí la antorcha que ha de guiar al Profesor en el desempeño de su

cargo, para llegar a la meta de los grandiosos destinos de la Universidad.

El viejo precepto nos dice. «Ir a la fuente y no a la ánfora».

No busquemos el alumno de dotes excepcionales, como lo hace Alemania al formar su *élite intelectual*; busquemos el término medio, que lo componen los más. A ellos enseñaremos lo que pueden aprender y no lo que debería enseñarse; sin amontonar materias de estudio; tanto porque redundaría en perjuicio de la profundidad con que hemos de adquirir conocimientos, cuanto porque es limitado el entendimiento humano.

Por otro lado, entre nosotros, el Profesor no tiene carrera profesional propiamente dicha: se lo reemplaza por cualquier motivo. Y como la práctica, o el ejercicio de enseñar, va formando al Profesor, resulta que siempre estamos en formación. No es para todos este apostolado, ni es suficiente un gran caudal de conocimientos. La experiencia nos enseña que, generalmente, los sabios son malos maestros.

La nociva renovación constante del personal docente, que impone como consecuencia un ensayo incesante de métodos, y con prisa tal, que no hay tiempo para examinar la bondad y aprovechar sus consecuencias. Así es inútil la experiencia y el fruto casi se reduce a cero. Siempre en los primeros pasos de la renovación universitaria, nos encantan los proyectos, que no realizamos jamás.

Sobre todo en las sublevaciones, o huelgas, aparece el instinto de exterminio: gran parte del tiempo, que debe dedicarse al estudio, se emplea en protestar, y entonces nos sorprende el término de nuestros estudios con la habilidad de protestar, de destruir, de esperar todo de los mandatarios, sin fuerzas para obrar por sí mismos. Aquí está la fuente de donde dimana el profesionalismo mediocre.

En la charla, en el consejo, fuera de la clase que no tiene horario, ni laboratorio, en momentos de sincera amistad, lograremos conocer el espíritu del alumno, ahondar sus cualidades, y comprender lo complejo de su mentalidad.

«La muerte de una ciencia, dice Spengler, consiste en que no haya nadie ya capaz de vivirla». Así mismo, el enervamiento y muerte de la Universidad vendrá cuando no tengamos maestros y alumnos capaces de vivirla. Esta es la gran responsabilidad que tenemos.

Con esto hemos anotado el segundo y el más importante problema universitario.

Pues bien, aceptando el hecho de la adopción de nuevos métodos y el mejoramiento total de la enseñanza, ¿cómo y dónde se realizará la investigación científica? No contamos con medios materiales; faltan gabinetes, laboratorios, instrumentos, aparatos, y, para colmo de males, no veo el edificio que pueda llamarse Universidad.

Los Profesores de Jurisprudencia, no pueden poner por obra sus iniciativas doctrinarias y de consulta, porque es pobre nuestra Biblioteca. Los Profesores de Medicina, no pueden llevar a término su acción científica, propiamente investigadora, ni en la Universidad ni en Hospitales.

¿Qué decir de los estudios de Ingeniería? Toda la enseñanza es teórica: a las máquinas reemplazan los dibujos en el pizarrón. El Gabinete de Física lo forma una amplia sala, casi llena de aparatos inútiles y anticuados de la época de la famosa Politécnica. Gracias a la munificencia de ciertas corporaciones, apenas si contamos con un Laboratorio de Resistencia de Materiales, imprescindible en los estudios de ingeniería; pero la instalación no se llevará a cabo sino cuando tengamos para los gastos de transporte.....

No hay en nuestro presupuesto universitario el renglón para excursiones científicas, ni visita de lugares que interesan vivamente al estudiante. Las clases prácticas no pasan de ser un deseo como cualquier otro.

De esta manera, todo lo que en la Universidad significa cultura, ciencia, alteza de miras, se enerva, se esfuma, al estrellarse contra la roca de la falta de dinero.

¿Será utopía esperar auxilios del Gobierno?

He ahí bosquejado ligeramente el tercer problema universitario, cuya solución está lejana.

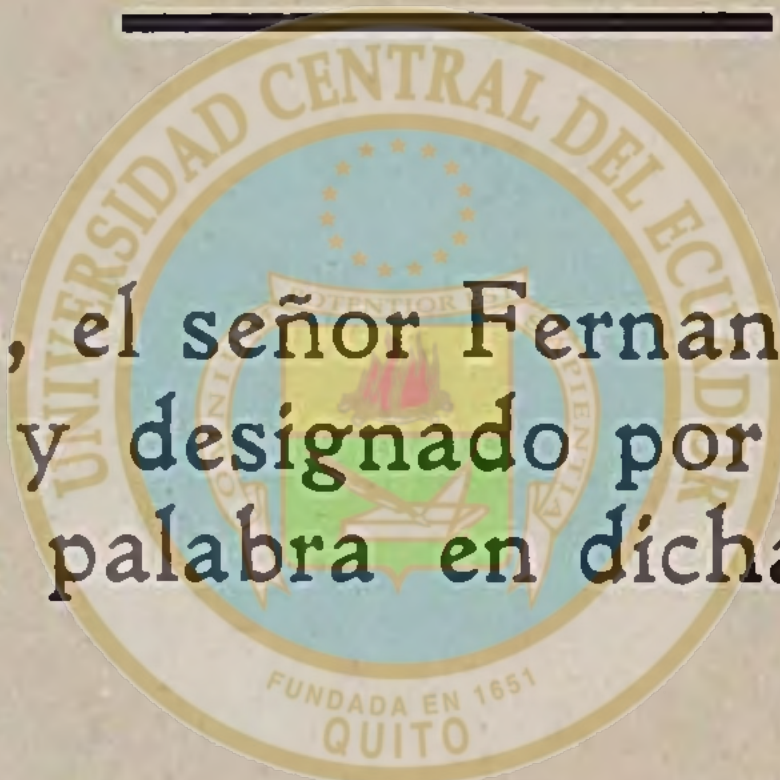
Destruyamos, señores, los pequeños prejuicios que deprimen y enervan la vida universitaria: la juventud de los 20 años, de frente altiva y corazón ardiente, sabe que por encima de los egoísmos de facciones hay otras fórmulas, más

amplias y elevadas, para unir almas y voluntades en un amor ferviente por la Patria.

A vosotros, jóvenes, corresponde la conquista de la verdadera Democracia; vosotros resolveréis las dudas que ahora torturan nuestro pensamiento; a vosotros os tocará rectificar errores y deshacer injusticias.

Sí; porque la juventud es fundamento de nuestras esperanzas, el germen de nuestras ideas; numen de la vida; manantial de agua transparente; base sobre la que se levantará el edificio de nuestra naciente cultura; campo de primavera donde florecen las ilusiones; granito inalterable que resiste a la erosión de las pasiones; cantera de mármol de donde saca el artífice la carne de los dioses.

A continuación, el señor Fernando Chaves, Regresentante de los Alumnos y designado por el Consejo Universitario para que tomara la palabra en dicha sesión, pronunció el siguiente discurso:



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

SEÑORES:

Esta es, creo yo, la primera vez que habla un simple trabajador de la enseñanza, desde esta tribuna, honrada muchas veces por quienes la ocuparon. Culpabilidad del Consejo Universitario que, sin reparar en todo aquello que me falta—que es mucho—me eligió para que hablara en esta fecha simbólica. De mis personales errores seré el solo responsable. Del acierto —si alguno hay— tan sólo quién me escogió.

Una breve filiación de mi procedencia espiritual explicará mi posición en estas palabras para las que pido oído bondadoso. Es obligada, y únicamente por ello, disculpable.

No pertenezco a la clase de los «señoritos estudiantes», que si existe, y que acude a la Universidad para adquirir un barniz mundano y elegante de fácil circulación en la conquista de puestos. Soy de aquella gran masa de hombres que vinieron a la Universidad un día, no a pedirle una cartulina

que no la necesitan ni les hace falta, sino a rogarle una estructuración de cultura, un esqueleto de ideas generales firmes, una atalaya sobre vastos horizontes, cosas que, sólo en zona restringida ha podido ofrecerles.

Hombre del campo, he sentido de cerca el alentar angustiado de la gleba distante de la Capital, centralista y no central. Por eso mis palabras tendrán hoy la limpia crudeza de los frutos agraces. Hombre del pueblo, desprovisto de fortuna y de prejuicios raciales que me avergonzarían, diré lo que es preciso que la Universidad sepa: lo que el pueblo siente con respecto a ella. Porque la ve como un miembro incompleto o que se tuvo en otro tiempo. Con una oscura nostalgia de su totalidad. Hombre de vida ya comenzada, pero joven de espíritu y con el morbo de los libros muy adentro del alma, procuraré rejuvenecer los ideales con que ellos deslumbraron mis pupílas hechas a ver la realidad diáfana de las cosas.

Pienso que mi condición de obrero de la enseñanza y mi situación espiritual ya apuntada, me dan derecho a contemplar el problema universitario desde nuevos sectores. No voy a escamotear mis armas. Vere el asunto a la luz un poco pedante de la pedagogía y a la rojiza, ondulante, encendida de reclamos, con que a la Universidad debe acercarse un hombre de izquierda.

No cuadra a mi espíritu hacer el elogio de una institución instructiva. Ese callejón a trasmano, listo siempre para saldar un compromiso, me repugna. No porque haya perdido la capacidad admirativa. Ha tiempo que la adquirí y la defiendo en medio de las bascas que produce nuestra incipiente vida en torno. Sino por razones básicas. Una que ya he expresado: venir del pueblo. Luego, porque soy un trabajador de la enseñanza, un maestro primario, descontento de su obra a la que sabe siempre en trance de modificación, porque no ha comprado ese pacato temor a lo nuevo que domina a nuestros hombres que ya tramontan. Y, personalmente, porque si me libré de la escuela pues que me enseñaron en mi casa, sufrí el Colegio, cuya obra he tenido que rehacer como les habrá pasado a muchos de los que me escuchan; y ya estoy en la Universidad el tiempo suficiente para saber que los sueños, por más que sean culturales, no se cumplen. Que no se asigne a mis palabras un sentido perorativo que yo no quiero darles. Decía simplemente que no elogiaré a la Universidad porque sé muy bien que es un organismo vivo, que cambia a cada ins-

tante, porque nunca encontrará, para bien de los jóvenes, el molde definitivo que los hombres gastados anhelan, consumiendo en esa añoranza los años cenizosos de su vivir. El elogio hay que guardarlo para lo cristalizado, lo muerto. La Universidad no es un gran cuadro de tela envejecida. Es un friso animado en perpetuo forjarse y deshacerse. Está creándose todos los minutos. Ahí están su grandeza y su debilidad. No se la puede elogiar so pena de ponerla etiqueta de difunta.

No se puede elogiar a la Universidad, pero se debe tentar su defensa. Cosa que no se ha hecho, porque no se respondió nunca a la acusación pendiente de que la educación universitaria es un privilegio. Y en realidad lo es. Porque, frente a las minorías que se ejercitan en lides escolásticas, se agita un hervidero humano al que no se le enseñó el empleo del cerebro ni la manera de pelear el pan. Jamás se ha devuelto, sino en medida ingrata, todo el esfuerzo que para el país representan los institutos de cultura superior. Y en esto no se ha pensado nunca porque dan miedo los problemas reales y es más cómodo perderse en disputas bizantinas acerca de lo que dice tal o cual autor, de derecho o de medicina, o someterse dócilmente a la interpretación estrecha del texto estricto de las leyes, la lectura de ecuaciones o de fórmulas matemáticas sin alma. No domino los problemas educativos, como quisiera, por muchas causas, pero he sentido la vista sangrante, inane, del pueblo. En nombre de la necesidad del pueblo hay que hablar alguna vez y eso lo hemos de hacer quiénes pertenecemos entrañablemente a él.

La Universidad, cuyo prístino sentido es el de agrupación de gente heterogénea para fines de estudio, desempeña papel fundamental en la vida moderna. Acrece esto en países incipientes como el nuestro. Ella es crisol de juventudes. No se dé a la palabra juventud el estrecho sentido biológico de promociones de hombres de igual y corta edad. Se es joven cuando se respira a sabor un ambiente determinado. Cuando ese aire se vuelve molesto, irrespirable por muy oxigenado, es que los pulmones no responden; se ha dejado de

ser joven. En el área de la cultura pasa igual. Toda generación posee un ritmo de marcha y un sentido especial de la vida que se instilan en la historia. Los jóvenes—comprensivamente—cogen ese ritmo. El ropaje de ideas que representa ese sentido dado de la vida, les viene muy amplio. Por incómodo, lo arrojan con desprecio. Es que han envejecido. Para distinguir las juventudes auténticas de las fingidas, vale primordialmente la Universidad. Escalona las generaciones y clarifica las concepciones de la vida que se forman esas generaciones, construyendo un equipo de ideas con el que esos grupos humanos actúan en la respectiva historia nacional, dándole contenido o despenándola. Para agrupar juventudes y nutrirles de ideología concreta no se puede encontrar organismo tan indicado como la Universidad.

Los críticos de la Universidad le niegan—entre nosotros—su misión básica de creadora de cultura. Insisten, por ese prurito de detracción organizada de la patria propia, copiado de la generación española del 98, en que vivimos de prestado en todos los menesteres culturales. Una observación de bulto, claro que comprobaría la afirmación. Pero, por contra, surgiría la verdad de que todo organismo—y organismo es la cultura, aún naciente—se alimenta de vidas extrañas. Sería necia la pretensión de originalidad completa en la creación de una cultura nuestra. La interdependencia actual de los pueblos y el camino ya recorrido, que sería torpeza volver a andar, vuelve nugatorio ese propósito. Se afirma que nos alimentamos de los desechos de otras culturas. Puede ser. Pero un organismo no asimila todo lo que ingiere, y de las tierras más ruines extraen las plantas sus mejores jugos.

Si alguna vez hemos de poseer una cultura propia no ha de ser atacando a la Universidad como hemos de obtenerla. Será al revés. Poniéndola en condiciones de ser lo que todavía no es: una conciencia.

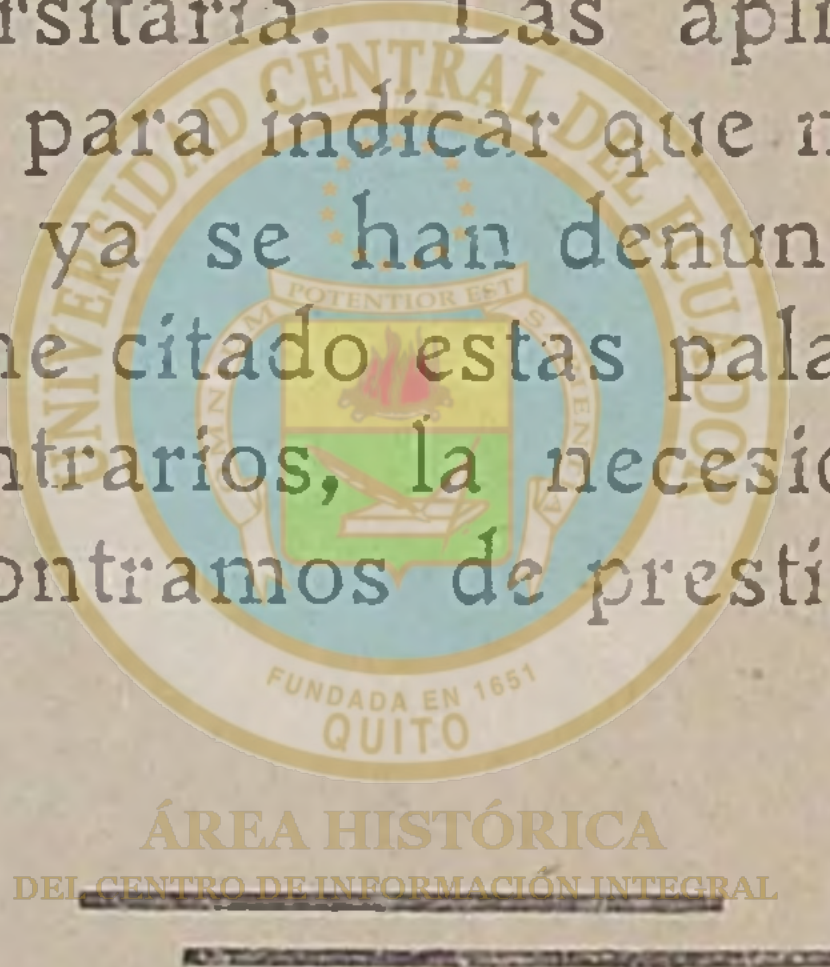
No es posible negar que la Universidad está en crisis. Con su arquitectura actual, en casi todos los países, la Universidad es objeto de los más vivos ataques. No sirve a las necesidades contemporáneas. No ha sido como esas grandes instituciones medievales que respondían a los fines del tiempo de sus creadores: entre ellas la misma Universidad. Por eso, el fino espíritu de Gregorio Marañón ha podido escribir: «Es cierto que la Universidad se hunde. Se hunde en todo el mundo, envuelta en las mismas culpas y en las mismas res-

ponsabilidades que los Estados, a los cuales, antes que a la cultura sirven». Esto es revelador, y por sí fuera poco, confrontémoslo con la investigación que plantea Alfredo Colmo, el sociólogo argentino, sobre la eficacia de la formación universitaria. En ella llega a comprobar que la mayoría de los hombres que tuvieron o tienen influencia cultural de amplio radio y de profunda repercusión en la Argentina, son de formación no universitaria: Sarmiento, Mitre, Ameghino y otros.

Agrega Marañón que: «El verdadero acopio de conocimientos y de experiencia es obra individual y extrauniversitaria que el estudiante tiene que hacer por su iniciativa y por su cuenta. Sin contar cuando hay que dedicar gran parte de este tiempo y de este entusiasmo a deshacer los resabios que han dejado en la ideología y en la técnica pedagógica los malos profesores».

No siento estas premisas para aplicarlas al caso concreto de nuestra vida universitaria. Las aplicaciones son casos de conciencia. Lo hago para indicar que no son exclusivas nuestras ciertas lacras que ya se han denunciado con anterioridad.

Pero de intento he citado estas palabras para reforzar con la armonía de los contrarios, la necesidad inmensa, imposterizable en que nos encontramos de prestigiar a nuestra Universidad.



Es la Universidad la sola agrupación que va a poder dar respuesta, si lo quiere, a las tremendas interrogantes que plantea nuestra nacionalidad.

Nadie ha respondido hasta hoy, a esta escueta pregunta ni se la ha propuesto con máximo rigor científico: ¿Qué somos como país? Ensayos en el vacío, no precedidos de documentación firme; declamaciones deleznales; invectivas airadas contra pueblos matrices del nuestro a los que no hemos podido comprender hasta hoy en su racial reciedumbre, en su arquitectura añeja quizá pero solidísima y que admite sobre su armazón secular el placentero revoque que les habilite para la vida y prosperidad actuales. Y sólo eso. ¿Dónde el ensayo serio para juzgarnos y valorarnos? Ausente todavía, quizá constante en unas listas bibliográficas futuras. ¿Y la acción social que ha de definírnos y ha de orientar nuestro in-

conexo contenido cívico? El insulto sistemático al pasado, soñador y heroico, no ha producido otra cosa que un encogimiento canijo ante las empresas de gran estilo. Todas nuestras virtudes de hoy se podrían sintetizar en dos, bien menguadas por cierto: negativismo y abstención.

Encierra una verdad, que por serlo tanto, no la ha sentido como afrenta la América Hispana, aquella frase que lanzó Waldo Frank en la Argentina y que circula en libro: «el mal de la América es encontrarse como perdida». Exacto. No encontrarnos es nuestra angustia. No se diga que eso también lo heredamos de España. Ya se encontró España a sí misma en la contrareforma. Y se perdió después, porque, como entre nosotros, dejaron de interesarle la historia y la política. La primera, porque se la consideró requetesabida y dañina. La segunda, porque se la juzgó tarea solamente de logreros y audaces. Nuestra Universidad no enseña historia. Por eso no alcanzamos a librarnos de ésta ni a evitar los tumbos que ya antes se sufrieron. El pasado vuelve siempre, mientras más se le echa.

En esta tarea de encontrarnos a nosotros mismos para luego encontrar al continente y después al mundo, es donde dará sus mejores frutos una amplia labor universitaria, bien orientada y sin gazmonerías. Sólo así animaremos la síntesis del patriotismo hecha por Unamuno. «El desarrollo del amor al campanario sólo es fecundo y sano cuando va de par con el desarrollo del amor a la patria universal humana; de la fusión de estos dos amores, sensitivo sobre todo el uno, y el otro sobre todo intelectual, brota el verdadero amor patrio». «El regionalismo y el cosmopolitismo, son dos aspectos de una misma idea, y los sostenes del verdadero patriotismo; que todo cuerpo se sostiene de la presión externa con la tensión interna».

Va ya para un siglo que renegamos de nosotros mismos y ponemos la mira en ser como otros. Lo más trágico de nuestro drama histórico-social es que nos desdeñamos profundamente. Hubiéramos querido ser adalides de la libertad con Francia, científicos de primera fila con Alemania, y millonarios capitanes de industria con Estados Unidos. Pero nada de ello es posible; porque ya está hecho, o porque esos ideales están ya superados. Y también porque somos otros y distintos. La Universidad es la institución encargada de hacer esta pregunta al fondo de nuestra nacionalidad. ¿No se-

rá mejor que aspiremos a ser verídicamente lo que somos, que aspiremos a diferenciarnos—no importa que por abismos—de los otros pueblos? En el cultivo de las vetas más anchas de nuestra personalidad hallaremos la expresión del Ecuador como Nación y como parte de un continente. Ya lo decía Azorín, en frase lapidaria, refiriéndose a la mengua que de España hacía el anhelo yanquizante de unos pocos que abren la boca ante los triunfos de la civilización material americana. «Haber escrito el Quijote vale tanto como edificar diez o más rascacielos». En esas palabras levemente irónicas, ya apunta el desgarró incisivo con que enjuicia a Yanquilandia la mirada penetrante de Duhamel.

En este propósito de diferenciarnos, de adquirir personalidad como Nación, de convencer a la masa de cuáles son los quilates mejores en la materia de nuestra psicología social, es innegable el valor prestante que toma la Universidad ecuatoriana. Eso se comenzará en la escuela, claro que se acentuará en el Colegio; pero no alcanzará categoría de convicción humana, defendible y capaz de pulimento, estatura de ideal grande y polarizador, sino en la función universitaria que, para ser tal, ha de salir con profesores, alumnos, y con ambos juntos, fuera de las paredes de las casas de estudios superiores. Sólo la Universidad podrá decirnos un día a dónde vamos.

Ante la sigilosa penetración del yanqui que aún no hace presa en nuestra carne indígena porque todavía no necesita de nuestro subsuelo —acaso muy pobre—; pero que sigue avanzando, pues ya comienzan los anuncios de visitas de los protestantes panamericanistas como Samuel Guy Inmann, gentes que quieren normar educación de pueblos, ya entregados por los gobernantes al oro americano, ante este agudo y pesaroso problema, nuestra Universidad se ha callado. En esa hipocresía que es el llamado Día Panamericano, no resonó el juvenil clarín universitario para denunciar el gesto eunuco que esa conmemoración implica. Fuimos sólo algunos maestros de escuela los que dijimos a los chicos la verdad sobre este panamericanismo de pega y de negocio que tiene medios hasta para torcer a las poetisas continentales. Que vuelva a hablar la Universidad en estas vitales cuestiones. Representa ella una parte de «la conciencia de América», de la América que harán las Universidades mancomunadas. Ellas portarán los estandartes que llevarán a las juventudes al sacrificio por la más noble de las causas, como decía Rolland. Los alertas

de hoy son los gritos del vivac de mañana. La libertad en riesgo reclama el ojo avizor, inquieto, pleno de adivinación, que quiere para la juventud de la América hispana el maestro Palacios.

Sí lo económico es lo fundamental en la vida de un país, según todos repiten, resalta que la única organización nacional, con ejecutorias y con posibilidades de encarar el estudio del problema del dinero en forma científica, ordenada, precisa, es la Universidad. No conozco en el área patria el grupo humano capacitado, moral y técnicamente, para acometer esta obra de tan vastas proporciones. Saber qué producimos, qué somos capaces de producir, cuáles son las fuentes de nuestra riqueza que no aprovechamos o aprovechamos mal, no lo sabremos, mientras un grupo de hombres jóvenes, provistos de las técnicas mejores, no arrimen el hombro a la monumental tarea de conocer nuestro territorio palmo a palmo y deducir sobre el terreno, en vivo, conclusiones generales que orientarán la política de un gobierno que quiera hacer patria, aquí donde no se ha hecho otra cosa que bienestar de familias. Esos hombres jóvenes forzosamente han de salir de la Universidad, cuando ésta posea cátedras de Economía Rural, pero de Economía aplicada y concreta, no de meros datos y de leyes con nombres extranjeros. Cuando anexos a la Universidad funcionen Centros de Investigación Económica con serenidad y probidad científicas, dispuestos al libre juego de la inteligencia en la actividad desinteresada de la ciencia. No sabremos jamás de otro modo la verdad de nuestro movimiento crematístico. Son también los jóvenes quienes informarán a la Nación de la manera cómo debe llevarse a cabo la reforma agraria que es fundamental, impostergable y que no podrán detener perpetuamente los gobiernos, por enérgicos, por fascistas, por defensores del orden que sean. Ese problema próximo encontrará entre los universitarios a los hombres que le ofrezcan las más humanas soluciones.

De igual rango que el económico es el problema educacional. Son cosas que han de resolverse paralelamente, para poder ser eficaces. Pueblo que no sabe, no produce; y a la inversa, es necesaria la holgura económica para los vagares del aprender.

Hasta hoy frente a la interrogante educacional que es la masa, se ha colocado sólo un grupo de hombres, casi desarmados: los maestros. Destaco aquí el carácter marcadamente instructivo de las instituciones estatales de enseñanza. Y aún esos hombres han tenido en su contra el sarcasmo espeso de la misma masa que no comprenderá nunca su obra. Ellos solos, jamás podrán convencer a la ciudadanía ecuatoriana de la magnitud de la incógnita educativa, menos podrán resolverla. El analfabetismo ha de quedar en pie por siempre, mientras no se comprenda que es una tara nacional para cuya extirpación ha de converger el empuje de todas las fuerzas cultas. Y en este convencimiento y con sus mejores soldados: los jóvenes, ha de colaborar la Universidad en puesto de avanzada. Liquidado el analfabetismo, que es lo más urgente, se podrá pensar en labores de mayor envergadura, para las que será aún más necesario el aporte universitario. Así se justificará la subsistencia de los institutos superiores que hoy por hoy se yerguen desafiantes a la vera de las aldeas sin escuelas. Cultura para la Nación toda, no sólo para las ciudades principales, es lo que se requiere.

La política educacional que hay que propugnar en el Ecuador contará entre sus más decididos defensores a los universitarios. Es el partido político que hace falta, como dijera Araquistain. Pero que la mayoría no deje perecer a las iniciativas particulares, como sucede hasta hoy. Mientras se considere que los dones de la cultura son como los bienes terrenos que se acrecen en las arcas cerradas, el país estará perdido. Sólo a los estudiantes, por jóvenes y por libres, les veo en el horizonte patrio como capaces de cruzada semejante. Sólo ellos pueden ayudar a los maestros primarios en esta tarea perentoria de formar nacionalidad. Ser estudiante y ser joven es sentir el corazón en la izquierda, con frase de Jiménez de Asúa. Con esos núcleos de avanzada iremos a la creación del pueblo consciente que hace falta en este ambien-

te de caos, de incomprensión de los destinos manifiestos de un pueblo que se demora mucho en ser.

Ya he líndado con un tema cuyo tratamiento me ha producido vacilaciones. Vacilaciones que se han derrumbado cuando recordé que debía expresar las inquietudes de la juventud a la que represento con demasiado honor para mí, aunque no me ha elegido ni me ha comunicado su pensamiento. La política y la Universidad. Fue tan constante la prédica de apoliticismo con que nos estragaron la emoción cívica, hasta no hace mucho tiempo, que, francamente, aún no olvidamos el ademán higiénico cuando escuchamos la palabra política. La cátedra, el folleto, el periódico machacaron con tan ignominioso ardor sobre las mentes nuevas acerca de la necesidad del apoliticismo que gente hubo que lo defendió como un ideal provisto de sustantividad. Las promociones más recientes de ecuatorianos se han dado cuenta de que la política no es función que merece tanto miedo. Porque, en fin de cuentas, ¿quién debía hacer política en el Ecuador? Nadie, a excepción de los politiqueros, es decir de los hombres diestros en añagazas y en triquiñuelas que dan como resultado la conquista del poder. Se prohibía la política a los militares, a los funcionarios públicos, a los estudiantes, a los hombres jóvenes, a los maestros, a los sacerdotes, a todos. ¿A quién se la entregaba? Nadie quería decirlo.

Nos hemos convencido ya de que esa actitud de meros espectadores no conviene fundamentalmente a nadie. La anestesia política se nos va esfumando a los jóvenes. Tuvo razón de ser, una razón de ser saludable cuando se trató de la baja política. Y si hizo bien el seguimiento del consejo orteguiano: «de espaldas a la política» en un momento; resultó un mal cuando se le tomó en un sentido muy lato que excluía toda participación. Y ahora nos sentará bien escuchar este otro consejo del mismo Ortega y Gasset en su discurso de las Cortes Constituyentes españolas. «La política no se compone de problemas que el político se encuentra planteados, es ante todo un sistema de problemas que él plantea a su país por creer que fermentan en el seno de la conciencia nacional

que constituyen el secreto de su propio destino futuro». Ya se ve, política en un núcleo de problemas que fermentan en el alma de un país, tendientes hacia su sino histórico. En la creación, en la tarea de volver palpables esos problemas a los ojos del político de oficio que es un hombre que los tiene bien abiertos para el presente, no puede negar nadie su concurso, menos la parte más selecta y preparada del país como es la universitaria. El estudiante está forzado a hacer política. Se entiende, una política de alta tensión. Orientada hacia las miras mejores. Pero en todo caso, activa y dinámica. Con un rol de fanal, de faro alumbrador de tinieblas circundantes, pero decidido y no timorato. Una política que arremeta, que no contemple impasible los golpes que los profesionales asestan a la nacionalidad. Esa falta de sentimiento ciudadano que nos inocularon y del que ya estamos curándonos, es lo que ha producido ese relajamiento de las fuerzas cívicas que no vibran sino en el motín, en la defensa de la comodidad, o en el insulto procaz. Sólo la Universidad puede encauzar esas fuerzas, iluminando las conciencias, para que desaparezcan las greyes que por hoy siguen al más noble o al más terco. Sólo la energía juvenil y tensa de los universitarios nos librerá de la ceguera democrática en que vivimos. Ceguera que nos veda comprender el sentido auténtico de la palabra libertad que en su hontanar más íntimo significa disciplina. No se columbra la fuerza viva y sapiente que sea capaz de edificar la conciencia nacional. Por eso, la Universidad se ha de empeñar en ese trabajo libertario. La libertad forma ecuación con la cultura. Por conquistar esta última, bien vale sacrificar el manojo de libertades inútiles que poseen los pueblos amordazados por la ignorancia. La Universidad, como entidad abstracta, quizá no pueda hacer política; pero los universitarios; como ecuatorianos concretos, sí estamos obligados a hacerla. No hacerla, sería desertar de las filas más inquietas de la juventud que se afana hoy para dar alma a los conglomerados raciales que no la tienen. No hacerla sería someterse a esa frágil regla de Julián Benda, «la política, el tumulto, no son para los intelectuales; para ellos el retiro, la meditación en que se acendran los frutos de la mente». El ejemplo de los intelectuales españoles, escritores, catedráticos y escolares, es patente y claro. Son todos ellos los que están construyendo una república de izquierda con una avanzada constitución, sobre las ruínas de la monarquía que se

deslavó porque no tenía nexo con el pueblo que la soportaba. Los universitarios son intelectuales, pues sus quehaceres son de categoría espiritual sobre todo. Pero antes que nada son ecuatorianos, y sí es labor del espíritu también alumbrar la conciencia de los ilotas. Para que la palabra Universidad tenga contenido siquiera «respectus regni». La impasibilidad ante el desconcierto que nos rodea, negar las mentes y los brazos a la patria que no acaba de estructurarse, es hasta criminal. Universitarios y maestros debemos hacer política, para que el pueblo no la sienta solamente arder sobre sus lomos cuando yerra, por obra de los que medran bajo la égida del apoliticismo nacional, y de la ignorancia colectiva.

La política que harán los universitarios será la que exprese las necesidades de los núcleos más numerosos de la nacionalidad. El universitario será el resonador de los anhelos de la masa. Vale decir que será el altavoz de la libertad democrática, al par que el grupo selecto que convenza a la totalidad, de la congruencia de un gobierno dotado de mayores medios para afrontar los problemas, con un inmenso anhelo libertario, y sin perder de vista la complejidad de la vida actual. Sólo la falange universitaria será capaz de hacer entender, acatar quizá esa amalgama que se defiende hoy como la formulación de la más sabia política: Libertad y poder. Oigamos al ilustre Fernando de los Ríos: «la gran virtud de toda política consiste en saber conjugar posibilidad y necesidad. La necesidad es aquello que señala el pueblo; para decir que tiene hambre de tierra no necesita ciencia; esta viene después, a decir cómo es posible satisfacer ese hambre que es imperativa. Conjugar posibilidad y necesidad, he aquí la obra del político. La necesidad la indica el pueblo; la posibilidad la ciencia, y hay ocasiones en que el científico le dice a su país que es posible hacer algo que todavía, desgraciadamente, el pueblo por su incultura no ha estimado necesario. Es decir, despierta en las conciencias la conciencia de una necesidad que no han sentido». En ambas tareas: expresión de las necesidades, y soluciones posibles, el universitario aparecerá. Y más en la tercera función que a mí me parece primordial en el Ecuador, es decir, en la expresión de las necesidades que aún no se sienten con agudeza que obligue a declararlas. La política universitaria es eso, otear los desti-

nos de un pueblo manso y resignado a no levantar los ojos del surco o del banco del taller.

Raza de mezcla la nuestra, necesita un lento trabajo higiénico para alcanzar excelencias físicas. La mortalidad y la morbilidad infantiles son alarmantes. El descuido de madres grávidas y de niños tiernos es inhumano. Nadie ha pensado en estos problemas sino es en el papel. Pero las aplicaciones están en huelga. Urge que se las estudie sobre bases ciertas. Sin énfasis declamatorios y sin propósitos propagandistas, sino con un radical sentido de ternura y de humanidad. Es notorio que esto no lo podrán hacer sino los universitarios, aquí donde la acción del Estado es nugatoria y empobrecida. ¿Quién puede preocuparse del vigor de la raza, lastrando esa preocupación, de ciencia y de experiencia, si no es de la Universidad? Para que el cuidado de los hombres futuros, de los jóvenes que endurecen hoy sus músculos, no se confíe a quien miente técnica, la educación física y el deporte debieran ser controlados en todo el país por la Universidad. Hablo, claro está, de las normas científicas. No de los afanes detallistas y meramente administrativos.

Igual o parecida cosa hay que decir de la educación estética. Por ninguna parte asoma el organismo regulador de esos centros de educación musical y plástica que ni hacen obra nacional, ni desarrollan vocaciones, ni tienen meta alguna en sus trabajos. Son como cuerpos decapitados que se mueven espasmódicamente, sin norte fijo ni orientación segura. Fáltales, a más de los medios materiales que escasean en todos los planteles instructivos del país, la comprensión de su rol dentro del anhelo cultural íntegro. Especializan, forman gente, quizá apta en su técnica restringida, pero sin significa-

do cultural, hombres que desconocen su sitio en el engranaje de la acción nacional creadora de ciencia y arte ecuatorianos.

Quizá podrían ser más sombrías mis palabras si me refiriera a la que se llama enseñanza técnica. Su nexo con la Universidad es manifiesta. Desprovistos de objetivo o con uno muy limitado, esos establecimientos vegetan en una anquilosada inercia sin trabazón, sin enlace, ni con la vida del país, menos con su cultura. Sólo la dirección técnica inyectada por la entidad universitaria, podrá vigorizarles un día.

Sintetizado así el panorama, aún no completo, de la acción universitaria, bullen ingentes las consecuencias.

Dentro de la inopia y la indigencia civil del Ecuador, la Universidad es lo único que resta.

Es evidente que si el universitario no toma con seriedad su tarea, ésta no podrá cumplirse. Se murió el estudiante desaprensivo y jaranero. Si algo queda en él de despreocupación, es una fina ironía deportiva ante la tristeza que nos dicen es racial, pero que hay que archivarla. Debe abrirse paso el estudiante que cumple a conciencia sus deberes todos de hombre, en el aula, en la calle y en el campo deportivo. Alegría matinal y fresca, desbordándose como de un río pleno, de una juventud colmada de vigor físico y de potencia intelectual.

Ha de sentir el universitario toda la responsabilidad de su misión. El estudiante aguzará, por obra de los maestros y de sí mismo sobre todo, su sentido de la responsabilidad. Para corresponder al esfuerzo del país y al suyo propio. Dolerían esas energías y sacrificios mal gastados. Imbuído en su alma ha de llevar el concepto de que la clase intelectual ha de trabajar para el pueblo. Si los jóvenes queremos tender rieles para la justicia social, el universitario tendrá que ir decididamente hacia el pueblo. Hasta ahora es el esfuerzo aislado de unos cuantos hombres generosos el que eso intenta. Pero

debe ser un afán colectivo, de masa. Que ojalá llegara a ser, a formar algo como esos magníficos «settlements» ingleses en que el estudiante convive con la masa obrera. Así llegará la Universidad nuestra a ser la gran Central de la Cultura Ecuatoriana, foco que irradie mejoramiento a perpetuidad.

Empeñado en crear la nacionalidad, responsable de su obra, el universitario tendrá que formar clase, una clase seria, consciente y optimista. Que no seamos más los universitarios como los pasajeros de ese tranvía de que habla Jiménez Caballero, turbulento espíritu español, que van bajando en cada esquina, sin despedirse, agrupados de modo momentáneo por las exigencias del tráfico. Esto es lo que sucede hoy, por desgracia. Se oculta el esfuerzo de los ya egresados en bien de la casona que les dió cultura superior. Vacilantes se mueven las agrupaciones estudiantiles, por el impulso de unos pocos.

Si forma clase el alumno, tendrá derecho a que la construya responsable y duradera, también el profesor, que no es sino un pasajero más de ese tranvía transeunte y sin meta.

Por lealtad con el porvenir suyo y de su patria, el estudiante se propondrá ser sincero. No se tiene entre las manos el tesoro cultural de un pueblo para comprometerlo en un dúctil logrerismo, con el que siempre están tentando a los jóvenes que son promesa, los hombres que tratan de anular los valores no granados, con el anzuelo de los altos cargos.

Al universitario le corresponde reaccionar contra el culto de la duda y la desconfianza en uno mismo y en los demás que nos corroen. Frente al negativismo ambiente erijamos los estudiantes nuestras afirmaciones humanas, ponderadas y valientes.

Demos ahora lo que se podría llamar un vistazo al problema técnico de la Universidad. Perdón por mi insuficiencia.

A nadie escapa que la Universidad se encuentra desvinculada por completo de los demás establecimientos educacio-

nales. ¿Se ha pensado en que Universidad y Escuela íntima son sólo los polos de una misma obra: la educación popular? Una clara comprensión del asunto nos llevaría a defender la Escuela Unica, en la que se penetre niño y se salga hombre logrado. Así se aprovecharían en máximo grado todas las capacidades. Y dejarían de ser tan extrañas entre sí la Escuela, el Colegio y la Universidad. Porque hoy, duele decirlo, pero es cierto: nada tiene que ver la Universidad con el Colegio, menos con la Escuela. Ni en sus fines, ni en sus métodos; ni en su regulación. A quiénes hemos meditado en la finalidad educadora nos asalta la reflexión de que los establecimientos todos tienen un mismo objetivo, confesado o tácito: desarrollar las aptitudes del individuo y fijar su destino social. Nada más ni nada menos. Y esto es lo que tal vez no hacen nuestros institutos. Por lo menos, la escuela ha comprendido esta verdad. Y por esto se halla cada vez más distante del Colegio que por hoy no se escuda sino tras su afirmación vaga e incompleta de que prepara al joven para la Universidad; mientras la Universidad se defiende de los colegios con la fundación de Cursos Preparatorios que hallan su base en un suspicaz recelo acerca de la eficacia de la enseñanza secundaria. Esto nos indica que falta compenetración de las tres escalas educativas, para que acuerden sus propósitos. Para que las superiores no sean sino el más eficaz y técnico aprovechamiento del mejor material que proporcionan las de abajo. De otro modo, el descontento educativo, la clamorosa desvinculación actual no tendrán nunca remedio. Jamás se sentirá ligado el universitario a los problemas de la cultura nacional.

La Universidad se encuentra apartada de la vida. La preparación que en ella se obtiene, con pocas y ligeras excepciones, no posee aplicación inmediata. Raro es el caso en que la enseñanza se aplique a la solución de una necesidad del ambiente. No hace falta recordar el ejemplo de Rusia, donde el ingeniero de caminos se forma en las vías férreas y en las carreteras, haciéndolas y explotándolas, el electricista se hace en las usinas, manejando turbinas y dinamos, mientras que el científico, el de capacidad probada para la búsqueda de nue-

vas herramientas que ayuden al hombre en la conquista de la Naturaleza, dispone de institutos especiales donde puede dedicar su energía cerebral a la libre investigación, para que se ponga de relieve que nuestra formación universitaria no ha nacido de una sabia auscultación del país, no se origina en el conocimiento de nuestro medio y de sus posibilidades. Si el medio físico en que nuestros hombres jóvenes actuarán es desconocido, todavía más lo es el medio formado por este grupo de hombres que se educan. Nadie sabe de sus aptitudes, de sus apetencias, de sus preferencias, de sus posibilidades en suma. Cada uno es un caudal en potencia de innúmeras realidades que se mustiarán sin dar cosecha, porque nadie se puso a averiguarlas. Y luego se culpará a la raza, a España, al mestizaje, a todo, menos a la que es verdadera causa: el olvido de un estudio racional y metódico de la juventud ecuatoriana y de sus posibilidades reales. No se recurra al chiste para soslayar el asunto, diciendo que eso de la orientación vocacional queda para los muchachos de las escuelas, quienes no saben para qué serán aptos y necesitan presión externa para escoger camino, y que los jóvenes ya son reflexivos como para elegir sendero en la vida. Falso por completo. Por no saber de qué somos capaces y en qué actividad se desplegarían mejor nuestras energías mentales, andamos desorientados hace más de un siglo. Creíamos que imitando a España en eso de formar legiones de frailes, monjas y hombres de espada que, acabados los dominios de Flandes y de América, no tuvieron en España qué hacer, íbamos a salvarnos. Pero no fue así, porque los tiempos habían cambiado y nosotros no. Luego se quiso enmendar la plana con la formación innumerable de abogados y médicos. Pero empezamos a notar que tampoco es ese el remedio. Y así seguimos dando traspiés, y seguiremos, si una generación más resuelta, más preparada y más sincera no se pone a ver con lealtad qué es lo que nos falta y por dónde debemos ir. Que ya es tiempo, nos lo dicen a gritos cien años de mentida vida republicana en que no hemos aprendido ni siquiera a ser ciudadanos.

Una generación bien dispuesta, seria y distinguida—ojalá sea la nuestra u otra muy cercana—acometerá la reforma de la Universidad en el sentido de acercarla a la vida, de hacerla informar la vida del Estado, el palpitante de la nacionalidad. Así habrá ido también a la reforma del Estado que también es

obra urgente, pero que, por hoy, me parece supeditada a la reforma universitaria. Esa generación recordará que reforma no es sólo destrucción, sino más bien edificación. Y que no es cambio de hombres sino de espíritu.

Se ha creído que la patente dirección profesionalista de nuestra Universidad era una respuesta para la cuestión anterior. Se preparan los jóvenes para la vida, se decía. Afirmación espontánea de quien no estudia a fondo el problema. El profesionalismo es el morbo de nuestra Universidad. Es el responsable de muchos de los males de nuestra vida pública. Con los caracteres alarmantes que adquiere, por lo que hace relación con el número, fomenta la burocracia y es el origen de la desmoralización juvenil. Ni siquiera ensayo para la disputa que en la profesión encuentran los jóvenes en esas enseñanzas de carácter marcadamente profesionalista. Abogados y médicos tienen que sufrir años de prueba antes de poder instalarse sin amenguar el lustre de su título. La oleada social les depara sorpresas que no atisbaron siquiera en sus horas de formación universitaria.

Peor va el asunto cuando de la investigación científica se trata. No hay para qué hablar de lo que por aquí se llama investigación que no es otra cosa que compulsar de autores y de textos. El largo inclinarse diario sobre el problema yendo a buscarlo en sus mismas fuentes, nos es desconocido. La resolución de problemas técnicos intocados y que nos interesan, es ave rara. De allí el estado de virginidad en que se encuentran las ciencias aplicadas a la industria. El desarrollo industrial es nulo y no sólo por falta de capitales. Repetida es la observación de que una sola necesidad sentida por un país o por un sector industrial, vale más en el sentido del avance de la investigación científica, que diez universidades. Pero ni esa que parece ley se cumple entre nosotros. Las necesidades nos acosan, pues vemos desaparecer nuestras riquezas, una a una, sin que nuestras universidades enfoquen en conjunto los peligros y traten de arbitrar las soluciones.

La reunión de escuelas profesionales no forma Universidad, pensaban en la edad media. La Universidad es la uni-

dad más alta, que flota por sobre las unilaterales escuelas profesionales, dotándoles de un alma que elabora la cultura de un pueblo. La cultura no se forma sino sobre la base de una larga y paciente investigación que no tenga más interés que el cultivo de la ciencia pura. Eso es lo que cabalmente distingue a la Universidad, en verdadero sentido, de la agrupación de las escuelas profesionales. Y aquí, con mengua hasta del buen juicio se ha mordido con rabia a la sola sección existente de lo que podría llamarse el ápice del conglomerado universitario. Me ahorra razones en defensa de esa sección, que sólo atenderá a formar el profesorado secundario, a más de ser su desaparición cosa resuelta, el hecho de que en su contra no se ha esgrimido un solo argumento. Unos la atacaron porque no se les eligió para profesores. Otros porque no siguieron siendo alumnos. Y a aquellos que hicieron relucir la argumentación económica les faltó valor para reconocer que entre el costo de esa sección y el de una hipertrofia militar cualquiera, no hay comparación posible, ni por la cantidad del dinero, ni por las consecuencias. No existiendo nobleza en el ataque, huelga la defensa de un organismo que en ninguna parte se discute.

Quisiera equivocarme, pero me parece que esa unidad superior, ese cerebro coordinador y elevado, falta. Sé que las jactancias me saldrán al paso. Pero la verdad es esa, por mucho que sea hiriente. El fracaso de muchss hombres se debe a eso. A su estrecha especialización. A su falta de un sólido andamiaje de cultura general bien nutrido. Quieren aplicar a problemas disímiles ideas unilaterales, aferradas a la especialidad que más conocen. Son especialistas sin ser hombres. La Universidad no les ha dado esa superior noción de la vida en globo que debiera darles. Les ha negado una concepción del mundo totalizadora que les capacite para moverse en su propio país como ciudadanos no como extranjeros.

La Universidad prepara la profesión sin antes haber afirmado, creado el núcleo básico de cultura integral que es necesario para no arrancar al hombre de su medio y de su tiempo, sobre todo de su tiempo. Creo que en este sentido debieran dirigirse los más limpios empujes de las mentes estudiantiles más claras. La Universidad no es una unidad, ni en su estudiantado ni en su profesorado, menos en su manera global de afrontar el ingente problema de la cultura, despo-

jándose de ese pobre criterio profesionista que sólo es una parte de la función universitaria, quien sabe si la mejor.

Para destruir el noble anhelo de los que piden que la Universidad haga investigación científica, libre y desinteresada, tomando a la ciencia como Cruz del Sur, se dice que un país pobre como el nuestro no puede gastar dinero en esos menesteres. Nada más absurdo, si se recuerda que los más cómodos artefactos se han inventado tan sólo después de que un alucinado de la ciencia, halló el principio científico rector de todas esas serviles aplicaciones. Mientras un sector de la juventud no sea encaminada a hacer ciencia pura, aquí y fuera del país, la Universidad permanecerá incompleta, porque no se habrá redimido de su profesionalismo, y eso no es, ya lo he dicho, lo mejor de la Universidad.

Para hacer investigación científica se elegirán los mejores alumnos, los más capaces. A muchos les será suficiente con su formación cultural y su orientación profesional. Los selectos, los que sientan vocación irán a especializar sus conocimientos en los campos de la ciencia pura. Esta cuestión selectiva de los más bien dotados, ya es de pedagogía.

Será pedagogía universitaria, pero siempre pedagogía. Ya se lamentaba Ortega y Gasset de que no había hasta hoy una verdadera pedagogía universitaria. Acaso por ello se explicara el desdén con que los profesores universitarios hablan de la ciencia y arte que la pedagogía representa. Y sin embargo, ella es indispensable. En la enseñanza primaria ya hace tiempo es tópico lo que se llama selección de la materia. Del conjunto de cosas enseñables, dentro de un ramo determinado. Se desglosa aquello que es más útil para el muchacho como individuo y como miembro de agrupación social. Esto no se ha pensado en la Universidad. Creo que nunca se ha hecho una científica selección de las materias que van a enseñarse. Cada profesor impone su criterio personal que no se sujeta a normas.

En la escuela nos esforzamos, no quiero decir que ya lo hagamos, por adecuar la enseñanza a cada alumno, por la certeza de que son distintos. Tampoco esto ha llegado a la Universidad. La enseñanza es igual para todos, sin tener en cuenta las diferenciaciones psicológicas de los individuos, las que determinarían un mayor lucimiento de algunos de ellos en campos profesionales que les son queridos. Desaparecería el alumno trashumante que va de una a otra facultad sin fijarse

en ninguna, con un enorme desperdicio de tiempo y energías. La individualización de la enseñanza no puede llegar intacta a la Universidad por obvias razones, pero creo que algo hay que hacer para aproximarse a ella. Esto de la individualización va ligado a otro problema, vidrioso, pero que debo tocar: la influencia del profesor sobre el alumno. En el colegio se pierde ya el nexo entre el profesor y el discípulo. Esa ruptura se agrava en el ambiente universitario. Verdad sabida es que los mejores discípulos de los maestros universitarios han sido siempre aquellos que han gozado, como si dijéramos, de las lecciones extrauniversitarias. Para no citar sino un ejemplo concluyente: el gran Manuel B. Cossío, el sabio y modesto español, se formó en la intimidad de ese otro gran espíritu que fue don Francisco Giner de los Ríos, tanto que si de joven vivió Cossío en casa de Giner, fue la casa de Cossío el último refugio de la vejez activa y patriarcal de Giner. Y sin embargo nuestros profesores universitarios, por causas variadas, pierden contacto con sus alumnos. Yo se bien que se hacen nobles intentos por muchos de ellos; pero eso no es la norma. Es como si dijéramos una actividad vergonzante, prohibida, que se ejecuta como un lujo, como una excrecencia de la función docente que se cree cumplida con la disertación diaria desde la cátedra. Al par que eso es poco, no es lo edificante ni lo decisivo en la formación del alumno.

Otro principio pedagógico que bien merecería ser meditado por los profesores universitarios es el llamado de la correlación de la enseñanza. Me parece, sólo apunto la sugerencia, que las enseñanzas universitarias mismas, se resienten de inconexión, no forman el todo armónico que deberían formar. Cada catedrático cumple a conciencia su tarea, pero sin preocuparse de la ligación que tiene su materia con la que tratan otros profesores y que han de formar el bagaje científico del futuro agresado como un conjunto, como un todo, dispuesto a rendir éxito en la primera ocasión. El saber disperso no es saber. Almacenar datos es ejercicio memorista que valía para otros tiempos, pero que ha caído en desuso en el nuestro. Sólo el saber despierto, orientado, flexible, arco tenso con flecha pronta, tiene cotización hoy día. Trabrar la enseñanza es un imperativo moderno.

Una enseñanza así, desconectada, no seleccionada, ni en vista de su utilidad, ni de la capacidad cerebral del discípulo, no dada con verdadera comprensión de parte del maestro y alumno, obligadamente engendra dos grandes males de nuestra Universidad: los exámenes, y lo que se ha dado en llamar por profesores y odiar por los alumnos con el remoquete de disciplina.

Examinaré estas dos cuestiones. He leído defensas de los exámenes hechas por profesores universitarios que son más bien una condenación de ese uso arcaico. El argumento más sólido es éste: no hay otra manera de probar la capacidad y los conocimientos del alumno que los exámenes. Para un profesor desvinculado de sus alumnos, evidente. Para un profesor que no poda su materia, se pierde en digresiones y trata de acoplar las necesidades del profesional y las reglas del investigador que son dos cosas muy distintas, forzoso también. Para un profesor que avanza en su materia sin cuidarse de la correlación de ella con las otras, incuestionable. Para un profesor que aspira, como meta de su función docente, a embutir de datos de libros extranjeros o de observaciones detallistas que no hacen falta, hasta razonable. Para un profesor que aguarda la hora del examen como un minuto de represalia, o como una trampa para seleccionar alumnos, que no ha podido clasificar antes, los exámenes se vuelven quizá necesarios.

Pero todo eso no es para profesores universitarios. La Universidad, paréceme que no ha de proponerse ofrecer casos dolorosos como el del alumno que aprueba sus cursos y se ve detenido por el grado último. Esto, a más de absurdo, es altamente inmoral.

Lo mismo, la situación del alumno, esto ha pasado no hace un año, que tiene que rendir cinco o seis exámenes de diferentes materias en el mismo día. El examen perjudica al profesor, perjudica al alumno, perjudica a la cultura. Se asombran los maestros universitarios de la poca sinceridad que gastan en sus relaciones de todo género los alumnos, y no se han fijado nunca en que con su obstinación en mantener el anticuado sistema de exámenes actuales, están contribuyendo a que el alumno se convierta en un farsante, en un simulador. Repasar con premura las materias no es sino fingir que se las sabe para finalidades de examen. Se mata el amor por la cultura con los exámenes y con ellos nunca llega a

conocer el maestro a sus discípulos. ¿En dónde está pues su decantada utilidad? Honradamente creo que en ninguna parte.

Gran verdad es que el catedrático no puede dedicar todo su tiempo al servicio de su cátedra porque las necesidades imperiosas de su vivir no le permiten, pero opino que esa no es razón para que persistan los exámenes. Partiendo de estas bases es muy lógico que no se reconocerá nunca la utilidad de la pedagogía para la enseñanza universitaria.

Es mejor y más cómodo hacer una enseñanza sin normas, sin cauces, sin análisis de la materia que se enseña ni del material humano al que se enseña. Esos afanes parecen pedantescos, indignos de una alta categoría. Pero un escrutar desapasionado de los frutos de la Universidad nos convencería de que no se han aprovechado bien las mentalidades sobresalientes, de que se ha rebajado el nivel moral de muchos espíritus medianos, y de que se ha anulado con fabulosas cantidades de nociones inútiles, indigestas, muchos cerebros débiles. Un balance de tal naturaleza, no sería consolador.

Ya se ha dicho que en la Universidad falta disciplina. Reconociéndolo, una Universidad ecuatoriana ha encomendado en manos del Estado la tarea de reorganizarla, porque se creyó impotente o le faltó voluntad para hacerlo. Abdicó así de la migaja de independencia que tenía y por la que en todas partes se ha combatido. Transportar ese concepto antiguo de la disciplina a la Universidad lo juzgo, por lo menos, anacrónico. En la escuela lo vamos reemplazando por el más humano y moderno de colaboración y de respeto mutuo entre profesores y alumnos. Yo no recuerdo la escuela como un ejemplo, no. Lo digo simplemente como ilustración de que los viejos preceptos coercitivos ya no tienen vigencia. La imposición no arregla nada, ni debe entrar para nada en la Universidad. El catedrático solvente en el terreno científico y en el moral, no se auxilia como medidas disciplinarias. La disciplina universitaria no es una presión de fuera. Es una sensación de control interno por parte del joven. Entre los imperialismos contra los cuales combate el escolar, está el imperialismo de las pasiones propias. Y por ello, siente como una injuria, esas añoranzas de represiones que se escuchan en el seno de la Universidad, esos asombros por las representaciones estudiantiles en los Consejos Directivos. Esas incon-

gruencias con el espíritu del siglo, por qué no desaparecen? No es hora de repetir que así como la escuela y el colegio son por y para el niño y el adolescente, la Universidad es por y para el joven que se prepara a manejar armas en la gran batalla cultural que es la vida ciudadana en un país amorfo, sin alma y sin norte como el nuestro.

Mis palabras anteriores quizá pueden ser acusadas de violentas, de demasiado broncas, pero son inevitables en la exposición de un alumno. Tenía que traducir el ansia de reforma que caracteriza a la juventud de hoy. Sería mentir decir que estamos contentos con la situación actual. A más de no ser sincero, eso sería desleal. La cuestión educativa es una cosa en perpetuo devenir, y es una cuestión de conciencia: por eso es sagrada y difícil. La lealtad con la época en que vivimos nos impone el que pidamos reforma: reforma en lo que nos toca más de cerca, la Universidad como órgano central de la cultura, y luego del Estado en que ha de florecer esa cultura.

Que ya no se nos diga que las cosas son perfectas en el Ecuador. Eso está bueno para los discursos de circunstancias. La verdad es que todo está sediento de un sacudimiento consciente de renovación para ponernos a tono con la época. El Ecuador no avanza porque tiene un descontento tan puramente epidérmico de sus instituciones que no es capaz de mirarles el fondo. Por eso nos vivimos adormeciendo con la cantinela de que somos cultos y esa falacia nos vuelve ineptos para la mejora. Bien es verdad que en esta hora del mundo el engreimiento es un síntoma. Ya lo dijo el americano Calverton: «la pretensión es la clave de la civilización moderna». Y por vivir «alegre y confiada», esta hora cederá el sitio a otra en que la vida no sea muy segura.

El reconocimiento de que es urgente un cambio de ruta en la faena universitaria, no implica de ningún modo una rebeldía extremista, sobre todo, irrazonada, que no puede justificarse nunca, porque dentro de una verdadera organización democrática de la Universidad y del Estado, la disciplina se vuelve una condición de vida. Ese reconocimiento postula únicamente la aséptica necesidad de no estar conformes con la obra actual, perder pie en lo que se hace, para procurar hacerlo mejor mañana, vivir en riesgo en fin, para afrontar virilmente los nuevos problemas con ansia de darles soluciones

humanas. Esa vida en riesgo implica una disciplina interior, una subordinación a normas superiores siempre patentes, que excluyen de modo automático el sistema de sanciones disciplinarias esfumado en un pretérito nebuloso. Esa existencia, como si dijéramos, amenazada a toda hora nos enseñará a los jóvenes a formarnos una escala cierta de nuestras posibilidades, del alcance efectivo de nuestras fuerzas y nos impedirá crearnos el espejismo propio que ha deslumbrado a tantas generaciones obstando que sepan de qué eran capaces. Esa vida en peligro obliga a demostrar en todo momento el esfuerzo individual y es su mejor contrastación. Esta simple medida de disciplina interna desterrará, creo para siempre, la exagerada idea que nos hacemos de nosotros mismos y minará por la base el culto de la incompetencia, que es una enfermedad democrática.

Para que una reforma sea posible, es imperioso que los jóvenes nos preparemos a exigirla y a recibirla luego. Si ella viniera antes de tiempo será como una fruta fuera de estación. Algo llovido del cielo. La reforma pues, debe comenzar en nosotros mismos.

Se dice por allí que somos sobradamente idealistas. Yo no lo creo. Todo lo contrario. Nos hemos vuelto tan grotescamente utilitaristas que unas líneas en que palpita el ideal se nos antojan metafísicas intrascendentes. Y en la vida y en la ciencia todo vuelve. La Metafísica está hoy de moda. El estudiante necesita volver a ser idealista, pero un idealista que haga nacer su idealismo de un estudio atento y amoroso de la realidad en que vive. Idealismo es coronación, culmen, y entre nosotros no existe, porque no hay base que lo sustente.

La Universidad de mañana ha de abrir dos puertas. Una para sacar definitivamente a la disciplina de coacción que muchos reclaman. Otra para que penetre a raudales el eco de la calle, dolorido y apremiante, y vuelva a salir convertido en ideal grávido de posibilidades en los pechos de los jóvenes.

El universitario no ha de contentarse con la obtención de lo que pudiera llamarse el cielo de la espiritualidad. Ha de luchar por arraigarse en el suelo gris de la práctica. Ese sentido de lucha de la vida universitaria tiene, es cierto, un matiz político. Pero si los Ejercicios Espirituales de San Ignacio poseen una profunda significación política, por qué se va a quitar ésta al entrenamiento universitario que probará fuer-

zas en la realidad? Después de la conquista del ideal, los universitarios han de lanzarse a la conquista del mundo.

Cuando la Universidad sea eso, debe ya serlo cuando después de cinco años cumpla su centenario seglar, una conciencia del país, alerta y palpitante, y el universitario un obrero ferviente y tenaz de esa conciencia nacional, podremos los hombres de las generaciones que ya pasan, sintiendo fallido, menguado su destino histórico, saludar con un amplio gesto heráldico a un Ecuador que amanece.

Elección de dignatarios de las diversas Facultades del Establecimiento

Con verdadero entusiasmo de profesores y alumnos, se verificaron las elecciones de Decano y Subdecano de las respectivas Facultades, en las fechas que a continuación se expresan:

La Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales designó a los señores doctores Pío Jaramillo Alvarado y Gustavo Buendía, en sesión extraordinaria de 7 de octubre del año en curso;

La Facultad de Ciencias Médicas, en sesión extraordinaria de 7 del mismo mes, resolvió la elección en favor de los señores doctores Pablo Arturo Suárez y Carlos R. Sánchez;

La Facultad de Ciencias, en sesión de 2 de octubre, reeligió a los señores don Rafael Andrade Rodríguez y don Abel S. Troya; y,

La Facultad de Filosofía y Letras, en sesión de 6 de octubre, así mismo reeligió a los señores don José Rafael Bustamante y doctor César Aníbal Espinosa.

Alumnos que obtuvieron la Medalla "Alejandro Mosquera N."

De conformidad con el Reglamento respectivo, y previos los informes de Secretaría relativos a las votaciones de los

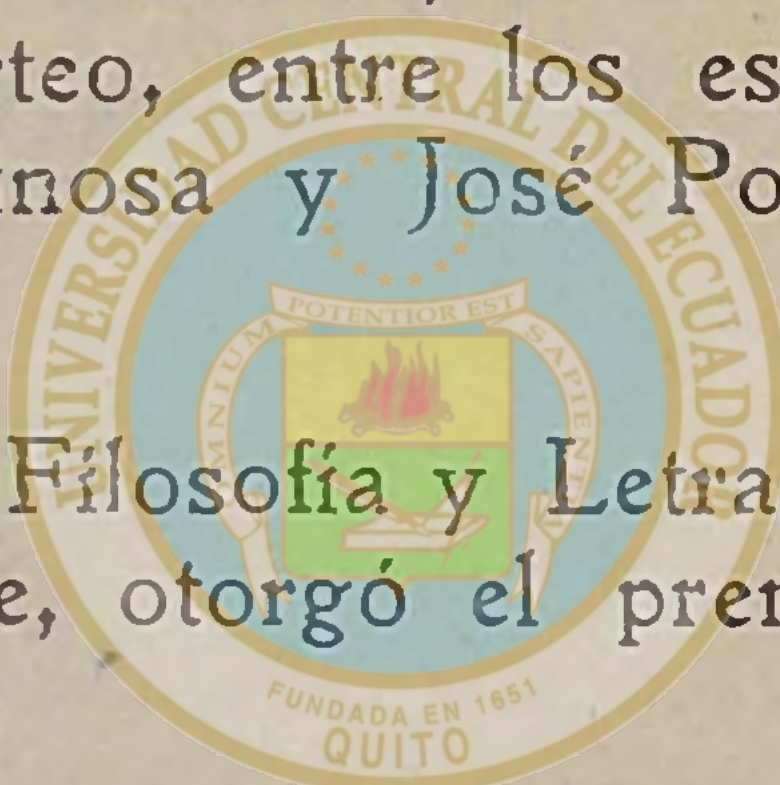
alumnos que, en el curso escolar de 1930—1931, han obtenido todas sobresalientes, correspondió la medalla «Alejandro Mosquera N.», en las diversas Corporaciones, a los alumnos que se expresan:

La Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales, en sesión de 7 de octubre, adjudicó el premio al estudiante Pablo Palacio;

La Facultad de Ciencias Médicas, así mismo en sesión de 1º. de octubre del año en curso, declaró, por sorteo, entre los estudiantes Alberto Vela, Jaime Ricaurte. Enríquez, Manuel Porfirio Barragán, Luis Alberto León, Alfonso Mera, Angel Viñán y Carlos Aníbal Villagómez, merecedor del premio al señor Villagómez;

La Facultad de Ciencias, el 2 del mismo mes, adjudicó la Medalla, por sorteo, entre los estudiantes Alfonso Mora Miranda, Julio Espinosa y José Pons, al señor Mora Miranda; y,

La Facultad de Filosofía y Letras, en sesión de 6 del citado mes de octubre, otorgó el premio al estudiante, señor Fernando Chávez.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Centenario de la muerte del ilustre filósofo alemán Hegel

Con el objeto de conmemorar el Centenario de la muerte del ilustre filósofo alemán Hegel, la Facultad de Filosofía y Letras celebró sesión extraordinaria, el 14 de noviembre último, para lo que invitó, previamente, a los señores Profesores de las demás Facultades, al Cuerpo Diplomático y a todos los intelectuales de esta Capital. En efecto, en el día citado, con la asistencia del señor Encargado del Poder Ejecutivo, Ministro de Educación Pública y de la Guerra, y un numeroso público, se realizó la expresada sesión.

El señor Jorge Escudero, Profesor de Psicología Experimental, delegado por la H. Facultad, dirigió la palabra al selecto auditorio, en la siguiente forma:

SEÑORES:

He recibido la consigna intelectual de sustentar el discurso, en el acto recordatorio que la Universidad Central del Ecuador dedica a Hegel, el integral «filósofo de la idea», y aunque ni la zona de mi especialización científica ni la naturaleza de mi enseñanza, coincidan con la de la historia y exégesis del pensamiento hegeliano, preocupaciones de la Historia de la Filosofía y de la Filosofía en general, ese mandato constituye para mí un irrenunciable deber al que me ciño y un honor nada común que acepto agradecido. No de otra manera podía acatar al primero y acoger al segundo.

La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, laboratorio de la cultura matriz que recientemente alborea en nuestro país y de la cual está menesteroso, tenía que asociarse como se ha asociado al concierto de homenaje que el mundo rinde a la humanidad y mente de Hegel, en el primer centenario de su muerte, muerte que es vida cuando la vida se entrega al espíritu, en uno como holocausto de inmortalidad.

El 14 de noviembre de 1831, moría Guillermo Federico Hegel, pero su sistema filosófico e ideológico en surtidos sectores de la especulación científica, se dilataba y robustecía con la plenitud de la supervivencia.

Lejos de mí el corriente fetichismo de considerar que el transcurso del tiempo es la base del engrandecimiento del hombre. Este es lo que es y no lo que las generaciones futuras, a través de la lente mayúscula de la distancia temporal, le asignan. Y mucho más, cuando una individualidad como la de Hegel, en el alto relieve de una super-historia, forja un sistema de interpretación de la naturaleza en la imagen de la idea, en desasimiento de toda realidad. Así, nuestro filósofo, siendo coeficiente de su tiempo, ya que respira las influencias mediatas e inmediatas que le circundan, es un filósofo que pudo vivir y pensar, como vivió y pensó, en cualquier ciclo cultural de la especie humana, para glorificación de ésta. Apenas, tal cosa sucediendo, hubiéranse operado en su personalidad, y por ende, en su obra, los cambios que mutatis mutandi, las circunstancias contingentes de la vida, la psique y la sociedad hubieranle impreso.

No sin emoción, llego a los umbrales del pensamiento hegeliano, vacilando para orientarme en su vastedad y lo que

es más grave en su profundidad, la que sólo es perceptible por el espíritu dilecto, ausente de mí. Pero si esto me falta, me sobra la curiosidad, que, aunque carente de las dotes profesionales, osa entenderla y en la medida de mi expresión, traducirla a vosotros, en hora tan solemne.

Quiero anticipar que para agotar la obra de Hegel, el estrecho límite de un discurso, viene puerilmente corto. De ahí que arremeteré el conocimiento de la obra de Hegel, supeditándolo al conocimiento de la personalidad del mismo, en coordinación del producto con el sujeto productor. En consonancia con este esquema, me cumple estudiar la filosofía hegeliana, en función de la época en que vivió, de acuerdo con la relatividad mesológica, para luego constatar la exactitud de esta relación. Luego descenderé a considerar las condiciones esenciales bio-psíquicas que le caracterizaron y su singular estructura ideo-afectiva, para finalmente determinar vinculación de Hegel con sus antecesores, contemporáneos y sucesores en el pensamiento, merced a esa ley que en Sociología denominase de la interferencia consciencial o del contagio interpsíquico.

El hombre y el medio histórico y cultural en que vive

Penetrar en la realidad concreta del momento histórico que vive Hegel, implica tarea que considero, al par que imprescindible, sumamente dificultosa. El surgimiento de las tendencias culturales más variadas en su contenido, circunda al filósofo en su incansable peregrinar por los sistemas que comandan la actitud filosófica de su tiempo. Se comprende así que el producto que engendra, está sujeto al ritmo de una evolución continuada, cuyos comienzos están muy al principio de su vida y cuyo progreso ininterrumpido ocupa aún sus postremos momentos.

Ya en el año 1783 lo vemos concurrir, después de terminados sus estudios de gimnasio, a los cursos obligados de Filosofía y Teología en el seminario de Tubinga. Durante su estada en el gimnasio ejercen decidida sugestión sobre su espíritu los escritores de la antigüedad clásica y, en general, el profundo conocimiento del mundo de la historia. Dos notas dominantes compulsan entonces su actividad intelectual: los estudios griegos y los escritos de la «ilustración». Es Lessing,

principalmente, quién, al fundamentar una Filosofía de la Historia basada en el concepto de evolución, como al considerar el fin de ésta en la religión natural, da pábulo para que se realice la desbordante inclinación de conocer del joven estudiante. La tendencia «neohumanista», que por entonces conforma la vida espiritual alemana en la figura de la griega, y la vida griega misma, hincan en su inteligencia receptora la impronta de una nueva concepción de la vida humana.

La historia de la humanidad no ha conocido, seguramente, época alguna en que el pensamiento filosófico se haya intensificado y concentrado tanto, como aquella en que se nutre y gesta el saber hegeliano. Pues aún en Grecia el despliegue de las cosas del espíritu, necesita dilatarse en el hacerse de un tiempo mucho mayor.

Pero el conocimiento del pasado no agota el complejo de componentes que constituye el contenido del saber de Hegel. La Revolución francesa, agitada interiormente por el alma de la «ilustración», se desencadena trastornando todo lo estatuido, y sus amplias oscilaciones trascienden hasta el apartado núcleo de la juventud de Tubinga. Hegel, al parecer, se conmueve ante los postulados de igualdad y libertad que corren de boca en boca. Pronto habrá de engarzarse en el movimiento romántico, y luego, por lógica trabazón en el desarrollo sistemático de su pensamiento, fijará su postura ideológica enfrentándose al iluminismo liberal. De allí se desprenderán distintas concepciones sobre la comunidad civil y el Estado, ideas que las figurará en el molde del Estado prusiano de esa hora. La «restauración» verá en él la filosofía reaccionaria que más la justifique; la monarquía le aquilatará como su más noble vocero, y aún él mismo en su «Filosofía de la Historia» dedicará a Federico el Grande elocuentes páginas de ensalzamiento: verá en él al «campeón del protestantismo», al rey que «no sólo ha colocado a Prusia como potencia protestante entre las grandes potencias de Europa, sino que ha sido un rey filósofo, fenómeno totalmente peculiar y único en la Edad moderna».

En el seminario donde realizara los estudios de Filosofía y Teología, reinaba la Teología supranaturalista, en la cual la ortodoxia luterana habíase animado por el espíritu racionalista de la época e injertado en su contenido ciertos ingredientes kantianos. Su vida familiar misma estaba orientada en el sentido del protestantismo. No es, pues, de extrañar que hasta este punto, sean las motivaciones teológicas que preferente-

mente enfoquen su atención. En ellas se revela todavía el influjo kantiano del que se sacudirá más tarde. En general, puede decirse que son reflexiones acerca del cristianismo y sus proyecciones éticas lo que constituye el foco central de su investigación y de sus primeros escritos; ocurre esto principalmente en su «Vida de Jesús».

La relación interpsicológica no nos interesa únicamente engendrando las características anímicas que dan fisonomía a las grandes comunidades humanas; da también relieve dentro de ellas a núcleos particularizados que viven englobados en esas dilatadas estructuras. De ahí que para captar la significación del proceso de una vida individual, tengamos que descender por vía analítica hasta los componentes más singulares del fenómeno de interdependencia mental. Y así, no andan descaminados los biógrafos cuando escrutan ese valioso complejo interpsicológico que se llama «círculo de amistad». El plasma, en la medida que lo permiten las diferencias psicológicas individuales, una consciencia común relevante, en cuanto es rica en carga afectiva y contenido espiritual. Y la amistad concede a Hegel la fecunda participación en dos almas afines a la suya, sus dos coetáneos de profundo talento: Hölderling y Shelling. Parte muchas consideraciones que les liga en el proceso de su pensamiento, es una misma resonancia simpática a la que en la hora del romanticismo les impulsa juntos hacia el panteísmo.

Hasta aquí, hemos fijado los trazos más significativos de todo aquello que, desde el pensamiento ajeno, halla resonancia en el propio pensamiento de Hegel. Añadamos que su obra se desenvuelve en la cátedra y en el copioso acervo de sus publicaciones, alcanzando cada vez mayor fuerza en madurez sistemática.

Así llega a dar remate al grandioso movimiento filosófico que, nacido en 1781, fecha de la aparición de la «Crítica de la Razón pura» de Kant, finiquita en 1821 con la publicación de la «Filosofía del Derecho» de Hegel.

Para adquirir personalidad autónoma había de arrancar su propia filosofía de la que le ofrecieran Kant, Fichte y Shelling, altos vigías del idealismo alemán. Mas esto lo hace en larga caminata de sucesivos estadios que le lleva, por la vía de la superación, a estructurar en el campo filosófico el idealismo más armónico, lleno de sentido y consecuente consigo mismo.

La Filosofía, como toda creación mental pletórica de ingredientes ideo-afectivos, no puede comprenderse sin la referencia obligada a la condición personal del sujeto en quien toma nacimiento y vida. La peculiar trabazón conceptual del filósofo, sus capacidades temperamentales, son determinantes notables en las valoraciones personales de la verdad filosófica.

Al clasificar los filósofos tomando como criterio diferencial la perspectiva que hacen objeto de su penetrante investigación, unos quedan incluidos en la casilla de la filosofía de la naturaleza y otros en el cuadro de la reflexión filosófica del yo. En el primer caso la consciencia filosófica especula sobre problemas del macrocosmos y forja una concepción del universo. No así cuando esa misma consciencia, por un acto de misterioso desdoblamiento, atiende al devenir de su propia sustancia, pendiendo hacia el microcosmos y erigiendo de este modo una concepción del yo.

Entiendo que todo idealismo filosófico implica esta segunda posición; pues concede la hegemonía al yo. En Hegel es, de consiguiente, la actitud que paladinamente se brinda a nuestra contemplación. Sin embargo, filósofos como Hessen creen encontrar el tipo aristotélico en los sistemas del idealismo alemán, principalmente en Schelling y Hegel. Aristóteles es quién ha ubicado en el centro de la Filosofía una ciencia universal del ser que más tarde se le denominó Metafísica. Hegel también ha tratado de ser, pero éste ha quedado absolutamente absorbido por el pensamiento, hasta tal punto que no ve en los objetos que informan el mundo exterior otra actividad que la determinación del pensamiento. La realidad exterior ha perdido así su consistencia, y el objeto exterior, carente de existencia autónoma frente al pensamiento, se revela como un producto ideal que brota del espíritu en el acto intemporal de una especie de creación. Pues bien; mal se comprende que una filosofía que desvanece la realidad exterior, no viendo en ella sino la proyección del verdadero ser, la verdadera esencia, que es la idea, pueda tomársela como una concepción del universo. Recordemos que el cambio de giro que asume la Filosofía originase en Kant; efectuese en él la primera «revolución copernicana», en gracia de la cual el yo se convierte en «el sol en torno del cual giran los objetos». La elaboración posterior de Hegel acusa la misma directiva, pro-

pulsando dicha concepción hasta dar con un sistema totalmente cerrado.

Estas consideraciones llevan ineluctablemente a inquirir hasta qué punto la actividad filosófica hunde su raíz, y se nutre por ello, de los jugos vitales de lo temperamental. La nueva caracterología pretende resolverlo. El profesor Kreschmer adscribe al filósofo Hegel al tipo atlético; de consiguiente, pertenecería al grupo de los temperamentos esquizotímicos. En él podrían contarse multitud de personas de índole varia: líricos puros, naturalezas patéticas, románticas e idealistas y muchos de los filósofos clásicos. Basta enumerar los caracteres de este tipo temperamental, para poder filiar retrospectivamente a Hegel. Los esquizotímicos poseen aquello de que carecen los temperamentos realistas: «espíritu fino, capacidad de abstracción, idealismo, energía serena, tenacidad». Abrid cualquiera biografía del filósofo y encontraréis, bajo la corteza de un lenguaje diferente, el mismo pensamiento. Hay más: Kreschmer ve sobresaliendo en el esquizotímico la energía sistemática, la gélida tenacidad, teñida a veces de un misticismo metafísico. Con lo dicho basta para adquirir la convicción que de otro modo no se podría caracterizar a Hegel. En las discusiones que siguen aparecerán opiniones contrapuestas: unos dirán que Hegel no pudo escalar todos los peldaños que debían llevarlo a la fría concepción del panlogismo; otros, los más numerosos, se inclinarán a la consideración de que supo desasirse del ardiente arretrato romántico, de que se liberó también de las motivaciones místicas, anulando el afán religioso en la totalidad del sistema. Por adelantado conceptúo que, cualesquiera que sean las filiaciones divergentes que se descubran en él, siempre podremos encajarlas en el mismo cuño temperamental.

Temperamento esquizotímico, capacidad de introversión, autismo son una misma cosa; constituyen, por decirlo así, la cepa que vitaliza toda filosofía exclusivista del yo. El hombre capacitado para calar hondo en las soledades del yo, acaba por recelar de los objetos, de las cosas exteriores, y si filósofo, no le queda más que anularlos en un acto supremo de rebeldía metafísica. Desde este punto de vista, están plenamente justificados los asertos de Draghicesco, que capta, en lo que de medular tiene el idealismo absoluto, la significación de un nuevo antropomorfismo. Nosotros añadiríamos:

es una filosofía que ha perdido el contacto vital y el sentido de lo real.

Tenéis a la vista, señores, el escorzo de una vida ilustre entre otras vidas, que cumplen el mandato de la interna necesidad histórica. Mas los exégetas al contemplarlo no lo valoran alcanzando la coincidencia. No ha mucho han aparecido dos estudios luminosos de los filósofos Kroner y Wahl. Este en sus profundas consideraciones hegelianas, afirma, sin esbozo, que no todo lo que nos da Hegel está adscrito a la categoría de lo racional: en el subterráneo de su sistema corre, a manera de un trágico sino, la conciencia que no lo es más que de lo finito, conciencia contradictoria, angustiada, desgraciada. «Antes que filósofo, afirma, ha sido un teólogo». Aun la dialéctica, por los más estimada como un monumento de racionalización de la realidad, aparece antes que un método como una experiencia, pero experiencia que la vive en la intimidad de una intuición mística que se realiza en el trágico consorcio de lo romántico y lo religioso. Es el alma cristiana enemistada con la vida, que lleva sobre sí la ponderosa carga de la herencia judaica. Originalísima concepción la de Wahl, pero muy explicable. Ha comprendido la filosofía de la juventud de Hegel; del mozo sacudido por el vendaval romántico, que únicamente aprisiona en la esencia de las cosas los conceptos fundamentales de la vida y el amor; en su afán de generalizar, Wahl, ha explicado lo que se halla en el sistema en plena madurez por lo que germina en el amasijo embrionario de una filosofía que no se define todavía.

Kroner pisa el suelo de la interpretación clásica. Sin embargo, aprecia el pensamiento dialéctico en sus dos vertientes: lo racional y lo irracional. Apóyase en Feuerbach para definir el sistema identificándolo a una mística racionalista. En él deberíamos ver la síntesis de las dos fuerzas espirituales más grandes de la Historia Universal: «La antigüedad y el cristianismo penetrándose de manera insospechada hasta ese entonces». Chestov no se ha convencido con las argumentaciones del profesor Kroner: persevera en la creencia de la intención racionalista en Hegel, y afirma, además, que éste y Kant acabaron por perder la fe.

Las trayectorias de la Lógica y la Filosofía de la Historia en el pensamiento hegeliano

Si alguno de los monumentos filosóficos merece la calificación de sistemático, es el de Hegel, evidentemente. La idea, *substractum* de toda realidad, evoluciona espontáneamente conformando un universo que, contemplado por el hombre en cuanto es espíritu, y por ende, susceptible de autopercepción, se manifiesta en su plenaria totalidad. De ahí que su obra se dilate por todos los orbes del saber humano. Esta consideración incapacita el deseo de que en estas líneas se exterioricen siquiera unas pocas opiniones originarias en los múltiples distritos de su obra.

En conformidad con este programa, la exposición que sigue alcanzará únicamente los motivos que competen a la Lógica, por un lado, y por otro, aquellos asuntos sociales e históricos que aparecen iluminados por su vigorosa dialéctica: unos y otros enfocaránse en tanto cuanto nos brinde esto que podríamos denominar contemporaneidad de Hegel.

Por las anteriores disquisiciones no es absurdo infirmar que el total contenido de la filosofía que nos ocupa, carezca en absoluto de elementos irracionales. Mas tomemos como punto de partida la posición panlogista. Esta doctrina implica la aseveración de que todo lo que es real es integralmente inteligible, es decir, que el espíritu al mismo tiempo que construye el universo por obra de sus propias leyes, capta en el acto de la reflexión todas las razones del ser de las cosas. La coherencia que debe guardar consigo misma esta posición la impide establecer algo que no sea racional y, de consiguiente, real; a lo irracional se le asigna solamente una existencia transitoria, que se suprime por sí misma. El idealismo absoluto representa, pues, la forma más acabada del panlogismo. Su significación se hará transparente mediante el ejemplo tangible que transcribo a continuación tomándole de Hessen: «Cogemos un trozo de yeso. Para el realista existe el yeso fuera e independientemente de nuestra conciencia. Para el idealista subjetivo el yeso existe solamente en nuestra conciencia. Su ser entero consiste en que lo percibimos. Para el idealista lógico (este es el caso de Hegel) dicho objeto no existe ni en nosotros ni fuera de nosotros; no existe pura y simplemente, sino que necesita ser engendra-

do. Pero esto tiene lugar por obra de nuestro pensamiento. Formando el concepto de yeso, engendra nuestro pensamiento dicho objeto. El ser no es, según él, ni un ser real ni un ser consciente, sino un ser lógico-ideal». Ante estas claras y sencillas palabras huelga todo comentario complicado. Ellas implican que en el idealismo objetivo, el ser es el pensamiento, que el *logos* es la esencia de las cosas y que teoría del conocimiento o epistemología y metafísica, constituyen una única ciencia, entendido que lo que aquí llamamos con propiedad teoría del conocimiento, anda completamente diluido en la lógica de Hegel.

Para la formulación de conclusiones similares, Hegel, toma en cuenta su propia obra bajo el prisma de la historia, y se justifica muy bien en su conexión con los grandes pensadores idealistas que le precedieron. El principio decisivo de la filosofía ya había sido establecido por Kant, con el descubrimiento de las formas y categorías *apriorísticas* del conocer. Pero si bien aquí se afirma la hegemonía del sujeto cognoscente, que en cierta manera legisla en la construcción del objeto o cosa, queda aún fuera de él una enigmática cosa *en sí*, irreductible a la penetración cognoscente. La consecuencia es clara: la metafísica es imposible como ciencia: todas sus afirmaciones podrán ser negadas con el mismo derecho en virtud del cual se las puso como positivas; surgen, pues, las antinomias de la razón. Hegel, señaladamente, extenderá este concepto y verá en el proceso de lo antinómico y de la síntesis de los contrarios, el impulso de toda evolución, de todo llegar a hacerse.

Los esfuerzos de Fichte por llegar a esa ansiada unidad de sujeto y objeto abundan en vigor conceptual; mas la promoción de su «yo absoluto» no acaba por esfumar el fantasma del «no yo» que se enfrenta al sujeto percipiente.

Shelling, a la manera de Spinoza, erige un Absoluto idéntico consigo mismo, del cual despliegan los orbes de la naturaleza y del espíritu; pero esta cepa primigenia del ser, permanece impasible y exterior a sus productos. Si a este Absoluto le damos una esencia espiritual que siga el avatar de la existencia concreta, librando en su intimidad la eterna batalla de sus elementos contradictorios, asentamos ya nuestros pies en el campo de Hegel.

En las primeras páginas de su Lógica, se lee: «Se debe considerar la Lógica como un sistema de determinaciones del

pensamiento en que desaparece la oposición del sujeto y el objeto. Esta significación del pensamiento y sus determinaciones se halla expresada de un modo más preciso en esa frase de los antiguos: el *nous* gobierna el mundo». Con lo que afirma que esas determinaciones del pensamiento son los objetos, y que el espíritu, según la concepción de Anaxágoras, permanece inmanente en el mundo. Pero espíritu propiamente es la idea que volviendo sobre sí misma se hace conciencia, después de seguir el curso de la existencia y constituir así el soporte esencial de las cosas. Dejando aparte la serie gradual de estadios que recorre el espíritu hasta tomar la calidad de absoluto, el pensamiento posee tres características fundamentales: es conceptual, universal y concreto.

La armazón ósea de esta lógica hegeliana, moviliza en las zonas dialécticas la notable triada ser, no ser y devenir.

La realización de la idea en el mundo no es explicable sino en fuerza del juego de las oposiciones y de la superación de las mismas. En la razón recae la tarea de identificar esas escisiones que el entendimiento mantiene en separación absoluta. Ejemplos de elementos contrarios que deben ser sintetizados por la razón, tenemos en espíritu y materia, alma y cuerpo, libertad y necesidad, sujeto y objeto, identidad y diferencia. Donde mejor se patentiza el juego de la dialéctica es en la triada ser, no ser y devenir, tema del capítulo sobre la cualidad. Cualquiera reflexión filosófica comienza por poner en su objetivo el ser puro, es decir, el ser que no posee determinación ni cualidad algunas, que no es esto ni aquello, pues es vacío de contenido; un ser así, o lo que vale lo mismo, un esquema conceptual de esta especie, tiene la significación de la nada; de este modo la antítesis se formularía así: frente al ser puro está el puro no ser. La síntesis de los contrarios se efectúa en el concepto de devenir, que es y no es al mismo tiempo.

La penosa trayectoria que acabamos de realizar en este sector de la lógica, conduce a una conclusión quizá inesperada: la dialéctica de Hegel nos expresa el mecanismo verdadero que pone en juego nuestra razón cuando actúa.

Aún el científico, que no trabaja con el material conceptual que dispone el filósofo, cuando pone en función su razón, lo hace dialécticamente.

Desde este punto de vista, el pensador que en la actualidad más cercano está a Hegel, es Meyerson. Este eminente

profesor francés, ha dado arraigo a toda su construcción filosófica en las bases científicas, y, conociendo la ciencia y sabiendo la filosofía, constituye un ejemplo valioso del moderno epistemólogo. Qué función realizan las ciencias, ha sido su pregunta fundamental. Pues no otra que explicar los hechos de la realidad, ha contestado él mismo. El quid del problema se pone en adecuar un juicio que dé significado a esto que entendemos por explicar. La explicación implica, nos dice, un proceso ilimitado de identificaciones y una tendencia a encontrar las causas en las cosas concretas. Yendo de identificación en identificación, acabamos poniendo en acción componentes únicamente conceptuales. Recordad el modo de razonar del físico, que descubre complejos de elementos donde un examen más superficial mostró la simplicidad, y reanudando la tarea analítica va frenéticamente en pos de ella, o para decir con la frase de Perrin, «de lo visible complicado a lo invisible simple». El otro componente de nuestra razón, a su vez, quiere asirse al dato concreto, a lo diverso, a lo diferenciado, apuntando ahí la causa del fenómeno que se explica. De modo que al suponer que llevásemos la tarea de identificación hasta sus extremos límites, caeríamos en ese ser puro, idéntico consigo mismo, del que había partido la dialéctica hegeliana. Este habría sido, pues, el cometido de la identificación: destruir lo real a expensas de lo racional. Sin embargo, esa fuerza irracional de causación que nos impulsa a afirmarnos en algo concreto y diverso, contrabalancea el movimiento de nuestra razón hacia la identidad, haciendo resurgir otra vez lo real. Tenéis, pues, frente a vosotros la famosa paradoja epistemológica de Emilio Meyerson.

¿No se ve en todo esto a la dialéctica hegeliana rediviva? ¿Antes que Meyerson no ha dicho Hegel, que el funcionamiento de la razón exige «en la diferencia la identidad y en la identidad la diferencia»? Meyerson, al advertirnos el componente irracional que pone en actividad nuestra razón, ha reivindicado los altos valores de la dialéctica hegeliana. Y volviendo al comienzo; ¿no será en este devenir que se compenetra con el mundo, siendo a la vez uno y múltiple, en donde intuyen algunos exégetas de Hegel el componente irracional del sistema? En la incapacidad de responder a la susodicha interrogación, básteme recalcar que la puesta en acción de la razón de un modo general, y, particularmente, en la ciencia, que en cierto sentido es ya metafísica, se hace a

expensas del eterno movimiento pendular que va y viene de lo diverso, complejo y múltiple, a lo idéntico, simple y único. Junto a la razón siempre el fantasma de lo irracional!

Hegel y la Filosofía de la Historia

No quiero terminar este trabajo sin llamar la atención hacia un tema de suma actualidad: Hegel inspira desde la sombra, la nueva ideología marxista. El marxismo representa, a la altura de los tiempos que vivimos, la doctrina social-económica que más alta tensión desarrolla en el mundo de Occidente.

Vamos de paradoja en paradoja. Hegel idealista, teólogo, místico, monárquico, reaccionario, según la perspectiva que dé al ojo que escruta, ¿cómo es posible que inspire al marxismo, cuya base filosófica es el materialismo integral? La conexión se realiza a través de los jóvenes hegelianos. Feuerbach engendra la transposición de los valores filosóficos: donde Hegel ve idea, él encuentra naturaleza; aquél coloca en el centro de su sistema, la idea fundamental de la unidad del hombre con Dios en el conocimiento de su naturaleza eterna, mientras Feuerbach avanza más y humaniza a Dios. «Religión es antropología», es su frase lapidaria.

Las concepciones hegelianas sobre historia abundan en puntos de vista contemporáneos. La historia no se agota en el estudio benedictino de las fuentes: precisa organización, construcción de ese material por obra del pensamiento. La historia no debe ser el hálván lineal en que corre la descripción de la vida humana: necesita de la interpretación, de la aplicación de las determinaciones de la razón. Así únicamente captamos esa interna causación que rige los destinos de la humanidad.

Falkenheim al interpretar a Hegel con respecto a este particular, dice: «Los modos de ver el mundo han de ser en cada momento tantos cuantas son las corrientes que en una época luchan por la primacía: ellos troquelan en pensamiento el contenido más interior de la época, y al traer a conciencia el querer de ésta y superar de dentro a fuera sus contradicciones, ayudan a producir una nueva época de la vida de cultura».

Marx con su doctrina del materialismo histórico ha estructurado un nuevo modo de ver el mundo.

El marxismo ha desarrollado las capitales afirmaciones de Hegel en lo que atañe al Estado. Este es, según Hegel, una estructura, «una organización de miembros», que aleja la idea de considerar el todo unitario como una simple suma o colección de individuos. Estos valen por el conjunto y en el conjunto, deshecho el vínculo correlacionario se pierde el sentido genuino del individuo en la colectividad; es decir, el Estado en su calidad de estructura unitaria excede por mucho a la simple suma o hacinamiento externo de individualidades que lo realizan. Este modo de encarar tal problema hubo de ponerlo frente a la teoría liberal nacida en la ilustración. Su refutación a la teoría atomística del contrato como base de la sociedad civil y el Estado, es contundente. Su razón no ha concebido la posibilidad de realización del individuo fuera de la organización gregaria.

La utilización que Marx dio a tan enjundioso pensamiento, por evidente, huelga de toda explicación.

En ello no está todo. La ilustre dialéctica había de animar interiormente al marxismo. Se necesitaba únicamente un cambio de postura, y ese giro lo habían de asumir Marx y Engels. Influidos por Feuerbach, valoran al hombre en la categoría de ser supremo. Se cambia la idea hegeliana por la naturaleza, y la dialéctica ideológica se trueca en dialéctica materialista; y aún más, el método trasciende hasta las cuestiones de la sociedad y de la historia. El materialismo histórico en su más genuino significado, constituye la aplicación del método dialéctico a esos tópicos. Como un ejemplo: La lucha de clases sociales es la fase de antítesis; la superación es una síntesis que las englobe y las exceda: la asociación comunal.

Estos pilares conceptuales del marxismo maduran aún en el joven espíritu de la filosofía rusa.

No se me pasa desapercibido que la exposición que acabáis de escuchar, ha seguido su camino sin aludir siquiera multitud de tópicos plenos de actualidad en que pervive Hegel.

Las geniales aportaciones, fruto de larga exploración en los mundos del arte, la religión, el derecho, la psicología, no han merecido que se les dedique unas pocas palabras. Las directivas que guiaban este trabajo y los justos límites que debían encuadrarlo, imposibilitaban tal cometido.

Señores: Séanos permitido en la oportunidad, rendir el homenaje de nuestra admiración al coloso del idealismo, que puso su vida al servicio de la más auténtica cultura y de aquel saber culto que añora el infinito.

He terminado.

Centenario del filósofo Hegel

Modesta contribución de
Alejandro Andrade Coello

I

Tal vez suenen a vacua palabrería, en esta hora de justificado vértigo de ideas y de empresas utilitarias, las vigílias dedicadas a los problemas del ser y del no ser, que parece que ahora ya no se discuten, a causa de uno como rubor científico que no quiere prodigarse en pirotecnia verbal y sin aplicación inmediata, prefiriendo otras campañas más prácticas de acción social y persuasiva.

Además, todo ensayo de filosofía, es al mismo tiempo de polémica, según lo recuerda Barrera Lynch: y de esta clase de polémicas estériles no pocas veces, huyen los que al pie de la letra creen que el tiempo es oro.

Cuando el renegado Brunetiére, talento herido por el acicate de la vacilación declamó la bancarrota de la ciencia, ante la Francia atónita, fue muy elocuente el acto de desagravio por tal heregía, en la persona glorificada del sabio Marcelino Berthelot, —paladín revolucionario de la química que tanto la prestigiara con sus síntesis orgánicas,— que en esos mismos días del escándalo había dado la voz de alarma. En la tarjeta de la significativa reunión social, se leía: «Homenaje a la ciencia fuente de libertad para el pensamiento».

No ha de negar nadie el triunfal avance de la investigación científica que, clarificando sus conjeturas e hipótesis, se rectifica sin cesar y sin cesar se perfecciona, purificando el diamante de sus prolijas labores y acentuando el brillo de sus valores.

¿Será inoficioso, en este claro día de la consagración a Hegel con motivo del primer centenario de su muerte, el sacudimiento de cuatro inarmónicos renglones que pretenden redimirse del polvo o del definitivo olvido?

En mérito de la sinceridad, permítase el modesto tributo al célebre profesor de la Universidad de Berlín, Jorgue Guillermo Federico Hegel, también notable catedrático en Heidelberg, que falleció en la Capital de Alemania el 14 de noviembre de 1831.

Criado en un hogar austero participó en las severidades del ambiente doméstico, desarrollando meditativo, metódico, estudioso, poco

aficionado a las expansiones juveniles, razón quizá por la cual sus amigos le denominaban «el viejo». Por esto, sorprende en su frialdad de sabio, las cartas sencillas y afectuosas que dirigió a su familia.

La literatura clásica fue su alimento desde muy temprano. Marcábase su predilecto cariño a las obras de Lessing. Al igual de Holderlín, profesaba grande amor a la cultura griega. Acentuó más su inclinación al estudio de la actividad de profesor particular en Berna y y Francfort del Main, cargos en los que adquirió cierto barniz del misticismo.

Condújole la lucha por la vida al periodismo; pero pronto abandonó este sendero, por el de la enseñanza de cátedra, ya en la rectoría del gimnasio de Nuremberg, ya en notables universidades alemanas.

De su labor de prensa, se rememora la publicación, en compañía de Schelling, de la «Gaceta crítica de Filosofía», revista en la que puso reparos a los sistemas de Kant, Jacobi y Fichte, y la redacción de un periódico en Bamperg de la que en breve separóse.

Romántico e idealista, fue en política partidario de la monarquía constitucional y del pretendido derecho divino de los reyes. Sus ideas, difundidas durante trece años desde la Universidad berlines, gobernaron en Alemania durante dos décadas, transformándose en la filosofía del Estado a causa de las simpatías oficiales.

El afecto de los discípulos de Hegel les impulsó a editar las obras del maestro y hasta sus lecciones públicas. Con empeño tenaz había hecho oír sus sistemáticas enseñanzas acerca de la Filosofía del Derecho, Estética, Filosofía de la Historia, Historia de la Filosofía, Filosofía de la Religión, además de sus lucubraciones sobre el espíritu y acerca de la lógica, preocupado en demostrar las excelencias del espíritu libre a través de la razón, sosteniendo «la realidad de lo racional y la racionalidad de lo real».

Para él nada hay tan absoluto como el espíritu. Quizá por esto denominó a la naturaleza, «espíritu exteriorizado». Marchó el raudo río del evolucionismo, venciendo, con su devenir, resistencias y dificultades por más que se vió envuelto en brumas filosofadoras que propenden a la obscuridad. Sin oposición no hay progreso es la bandera de la ley de la evolución según lo recuerda Falchenberg. «La lucha desata las fuerzas y todo, para arribar a su fin, necesita de obstáculos y contrariedades».

La concentración de los conceptos de ciencia universal están llevando a Hegel a lo absoluto, en alas del espíritu que tiende a aproximarse a la verdad. Llama a los escalones del espíritu, movimientos fenoménicos que conducen al saber último.

En cierto modo participa del idealismo platónico, por lo que sintetiza las categorías aristotélicas en esta trinidad: ser, esencia, concepto.

Son también, en la *Filosofía de la Naturaleza*, tres las grandes partes: Mecánica, Física y Orgánica.

Pero la dificultad y la confusión suben de punto al considerar que la conciencia es tratada como agente universal ficticio que echara sus raíces en la evolución psicológica humana y en la histórica del mundo, alimentando una sola planta, que es la del espíritu. Se opaca la idea

al mezclar lo individual con lo histórico, desconociendo la marcha ordenada, numérica, por decirlo así, de la evolución.

Resistente palanca del sistema de la ciencia fue la fenomenología o tratado del ascenso de la conciencia, «desde la intuición sensible hasta el saber absoluto». Llegado a esta cima se trifurca la materia así: lógica, filosofía de la naturaleza, filosofía del espíritu.

La lógica de Hegel, tan objetivada a su manera, es distinta de la formal que contempla al pensamiento, vacío de suyo hasta no penetrar como forma en lo que ha de ser la materia imaginada, y adquirir una conciencia real. No resulta obvio, para justificarla, el ejemplo que pone de aquel escolástico que se proponía aprender a nadar antes de lanzarse al agua, sino mero juego de palabras, gimnasia dialéctica, marca metafísica y teológica, a la vez que todo muy distinto de la razón que es en sí la lógica.

Cada vez el camino del siglo propende a que la existencia de lo racional se ensanche y sea frecuentado por el común de las gentes y no signifique un privilegio de los filósofos. A veces juegan éstos con las tesis, antítesis y síntesis, sin despejarnos nada. Y es una nebulosa el concepto de la polaridad. Esfuerzo mental, a ratos inútil, para medio penetrar en la posición, contraposición y conciliación hegelianas, polígono de tres lados o momentos del pensamiento: «el abstracto del entendimiento, el dialéctico o racional negativo y el especulativo o racional-positivo».

Comprende la Lógica de Hegel la teoría del ser, la de la esencia y la del concepto. La primera, se subdivide en ser cualitativo, cuantitativo y modal; la segunda, en esencia, fenómeno y realidad y la tercera, en concepto subjetivo que supone juicio y raciocinio; en objetivo, esto es, el recorrido de los momentos mecánico, químico y teológico y en mixto, que recapitula a los demás, transformándose en idea, cuyos momentos son la vida, el conocimiento y la idea absoluta, razón y meta de la filosofía. «Hegel no postula como Fichte un «yo» pensante, o como Schelling, un «absoluto» anterior a la separación entre el sujeto y el objeto, observa Augusto Messer, sino el proceso del pensamiento o del saber que progresa según su ley interior. De este proceso ha de salir la distinción entre el yo y el objeto y con ella las diversas concepciones, al principio insuficientes del yo y del objeto que finalmente evolucionan hasta llegar al saber absoluto».

Aplicados estos razonamientos al concepto de la naturaleza, salta a la vista las analogías artificiosas, la construcción apriorística y el desdén por la investigación empírica, cosas que el siglo ha mandado a recoger, como piedras que obstruyen el sendero de la investigación cada vez más amplio.

¿No intentó convencernos Hegel, obrando *a priori*, de que no podrían existir sino siete planetas?

II

¡Titánica lucha la del entendimiento en su afán de aproximarse a la verdad e inquirir el origen del hombre y de las cosas!

Los filósofos, zapadores de la maraña ideológica, entrando en la arca selva, han tratado de despejar el campo, para levantar catedrales de conceptos que expliquen o den refugio a muchos enigmas del cosmos. La arquitectura de las ideas no siempre ha hallado base racional, circunstancia por la que, no obstante su belleza constructiva y metafísica, se ha desplomado ruidosamente.

Empero, sus elementos y esfuerzos resultan apreciables y nadie ha de borrar de una plumada el hondo trazo metafísico la habilidad con que se han colocado los escalones de la idea. Valioso es el empeño, admirable la cooperación, por más que búsquedas posteriores los vuelvan estériles, y en no pocos casos, infecundos. Con todo, la humanidad jamás pierde por completo aquellos materiales dialécticos.

Se alza el edificio sobre viejas bases del saber y se colocan en su torno los andamios de la palabra a la que se dan varias acepciones, según el punto de partida de los filósofos. Quitado un puntal, la espléndida concepción, la construcción admirable se van al suelo.

Los estudiosos, con gran paciencia reconstructiva, recogen muchos términos y sustentáculos, a fin de que los colosos de la metafísica empiecen una vez más la edificación.

Nada más grandioso que el idealismo de Hegel, nada más bello que su romanticismo, su viaje artístico y calogístico; pero analizada friamente la significación del devenir, según él lo entiende y lo proclama: analizado, a la luz experimental, el fundamento de su Lógica: la «noción pura, indeterminada del ser»; tratando de advertir en qué consiste lo absoluto que tanto repite, el andamiaje, ajustado con detenimiento estético, empieza a cruji. Otros filósofos concluirán por quitarle notables resistencias, con la piqueta de nuevos sistemas.

Hegel agitó el pensamiento alemán de su tiempo, fue precursor de la excelencia de la guerra, formó partidarios y fomentó impugnadores dilatando su ciencia por otras cultas naciones. Pero a la distancia apenas de un siglo, su doctrina nos parece ya tan remota, si se medita un momento en que sus etapas griega, romántica y germana han sido reemplazadas por los ciclos mágico, apolíneo, y fáustico splengerianos que predicán la relatividad de las cosas y la decadencia de la cultura de occidente. Y antes de esto ya Fries niega que sea punto de partida y objeto propio de la filosofía, lo absoluto; Herbart prestigia una metafísica con fundamento a la vez empírico y real asentando en la materia el concepto de filosofía natural; Beneke ve en la psicología empírica la base de toda filosofía y sobre ella levanta su teoría educativa y de aprendizaje; Schopenhauer mira en la causalidad la única idea directriz de los conocimientos científicos y en la voluntad el ser único, variable y duradero, siendo el polo opuesto radicalmente de Hegel que con fe creyó en la ciencia de la historia. Por allá asoma el poco afortunado Feuerbach, con su nominalismo a reírse de Hegel y sostener que «lo real no es representable en el pensamiento en números enteros, sino en fracciones solamente.»

No nos asombren las reacciones de las corrientes filosóficas. Dependen a las veces de las grandes catástrofes universales, de los acontecimientos que afectan a los pueblos, del movimiento colectivo que sigue a los partidos convulsionados. Después de la guerra europea de 1914, el pensamiento sintióse bruscamente sacudido y las capas sociales acogieron

ideas revolucionarias de pacifismo y mejoramiento. Hubo también nostalgia de volver al espiritualismo reviviendo el recuerdo de los horrores palpados por las dolientes generaciones en los campos de batalla. Se columbró, por último, la crisis del Estado. Así, a mediados del siglo XIX, se sintió un soplo materialista, apreciando los adelantos científicos y las observaciones de la naturaleza, en el taller de la aplicación técnica. Serán prosélitos de estas doctrinas Jacobo Moleschott, Carlos Vogl y Luis Buchner, que situarán en plano igual y comparativo lo psíquico y lo material propagando que «todo lo real es corporal», no obstante las protestas de Jorge Federico Daumer y la serena impugnación de Federico Alberto Lange en su «Historia del materialismo».

Evolucionará la doctrina, transformándose en el monismo naturalista, que suele tratar con desprecio cuanto está saturado de perfume ideal y metafísico. La guerra asoma sus tentáculos a través de la necesidad pecuniaria y la contienda para llenarla, tópicos de Carlos Marx y de los factores económicos de la historia de Carlos Lamprecht.

Inmensa fue la prédica de Ernesto Haeckel, que levantó polvareda universal con sus «Enigmas del Universo», apoyados en la experiencia crítica. Caracterizará el monismo energético Guillermo Ostwald, sobre estas bases puntualizadas por Messer: «La energía es trabajo, y cuanto surge del trabajo y puede volver a convertirse en trabajo. El trabajo es una magnitud que se mide por el producto de la fuerza por el recorrido (por ejemplo, el peso levantado y la altura a que ha sido levantado.) La energía es sustancia; esto es, algo que subsiste aunque la forma exterior cambie. Las especies de la energía son: 1ª. las energías mecánicas; 2ª. el calor; 3ª. la luz; 4ª. las energías magnéticas y eléctricas; 5ª. las energías químicas; 6ª. la energía psíquica».

Un sueño es todavía su afirmación de que «la felicidad es el fin de todas las aspiraciones humanas, y por consiguiente, debe ser reconocida como fin de toda cultura».

La humanidad no puede desconocer el valor mental del potente sabio de Stuttgart que, penetrando hondamente en el espíritu, disciplinó sus facultades, estudió los estados de conciencia, fue infatigable en su gimnasia intelectual y fecundo en su lógica, que se diría una fuente que no corre el riesgo de agotarse.

No obstante haberse burlado acremente de los filósofos, en juvenil gesto de audacia que revela su temperamento soberbio, Juan Papini, en «El Crepúsculo de los Filósofos», que él mismo llama cinismo intelectual no deja de hacer justicia a Hegel, en medio de la ojeriza que le profesa: «Orgullosa, dice Papini, individualista, admirador de los grandes, Hegel encarna en su filosofía un subjetivismo más profundo que el de Fichte, creando, no el yo abstracto, sino lo que hay de más interno, de más profundo: la idea, el pensamiento en acto, como raíz del mundo. El noumeno kantiano, lo absolutamente indefinido de Schelling no eran humanos no eran nuestros; eran conceptos misteriosos que no estaban en contacto íntimo con nuestra alma. La idea, por el contrario es humana y encuentra su expresión más alta en la humanidad, en el pensamiento humano. Del hombre hace Hegel una manifestación divina; hace un dios y un creador de dioses. Convierte a la humanidad en centro y taber-

náculo de su sistema; se convierte también así mismo en la cima más alta del pensamiento absoluto».

Magníficos cerebros que el orbe reverencia siguen las huellas de Papini y aún van más allá. Así ha acontecido con el fecundo novelista francés Anatole France, que consagra sangrientos sarcasmos a la filosofía especulativa, como que es miserable pérdida de tiempo. Partidario de la ciencia experimental, sus epítetos son amargos contra los amantes de la sabiduría metafísica. «En otros tiempos, dice, irónicamente en «La Rebelión de los Angeles», yo era frívolo y me ocupaba de metafísica: leía a Kant y Hegel. Me he vuelto más serio con la edad y no me ocupo sino de las formas sensibles que el ojo o el oído pueden aprehender». Como France, otros talentos no menos fuertes, demuestran su horror a la metafísica, que creen prestidigitación mental, juegos de ilusiónismo. «Un sistema como el de Kant o Hegel—leo en «El Jardín de Epicuro»—no difiere esencialmente de esas *réussites* por las cuales las mujeres engañan, con los naipes, el fastidio de vivir».

Podría citar numerosas invectivas de France contra esa clase de filosofía, preferentemente la escolástica. Raya en incultura su afán de hacer chacota de los universales que han quitado el sueño a nominalistas, conceptualistas y realistas.

Insisto sin embargo, en que, en la avanzada de los pensadores son apreciables, para la marcha del progreso, hasta las contradicciones y absurdos. De los errores brotan chispazos que se convierten en luz benéfica, cuando no degeneran en incendio. Las inteligencias positivas acostumbran despreciar los enredos y meandros del raciocinio especulativo, intentando encerrarse de una vez en los laboratorios experimentales. Esas inteligencias, sin desconocer lo mucho que trabajan los filósofos para desentrañar la verdad, han sostenido que sus sistemas aún los más sorprendentes e ingeniosos, ruedan de siglo en siglo, al empuje de otros más meditados y atrevidos más en consonancia con la evidencia humana. Einstein, por ejemplo, ha resquebrajado sólidos monumentos con su teoría de la relatividad, comentada con tanto arte, en su exposición sociológica, por Spengler.

III

¿Quién duda de que mañana, merced al adelanto de la Biología cambie por completo el friso sustentado por las bellas columnas doctrinarias que reproducen aspectos del hombre y de la naturaleza?

Empero, ya lo apunté, en medio de las ruinas, quedan sobreviviendo valiosos elementos que, gracias al genio, pasan a ser del dominio universal, algo así como los lugares comunes de la filosofía.

Tal acontece con las nunca olvidadas concepciones aristotélicas, preocupación constante de centurias de centurias.

Ya los filósofos jónicos trataron de penetrar en el enigma del desarrollo del universo y darse cuenta del principio que le rige. Imaginaron la materia primordial para romper las sombras. Avanzaron un poco más, en esa como infancia de los conocimientos, los pitagóricos, con sus matemáticas elementales. Por la esencia de los números se propu-

sieron explicar la evolución cósmica. Los eleáticos, con Parménides a la cabeza, raspando la superficie de los conceptos de ser y de unidad, en oposición a Heráclito que proclamara como esencial la mudanza o cambio del verdadero ser, consideraron al mundo como una esfera homogénea. Comienzan entonces los atomistas a traer a sus discusiones los cuatro elementos de la naturaleza y el remolino de los indivisibles átomos, vislumbrando los fenómenos espirituales como desprendidos de una parte de la materia. Pero un avance es trascendental, porque espolea a la razón humana: la duda, que emana de la escuela sofística, duda que franquea los alcázares del enciclopedismo y de la retórica, estimulando los estudios científicos. Sutilmente abrieron los sofistas la puerta para que entrase, con su ironía y mayéutica, objetiva y solemnemente Sócrates, tremolando sin fatiga la bandera de los conceptos morales. Su discípulo Platón, que se honró con prosélitos de alta categoría, avanzó más hacia las ideas del verdadero ser y del bien, levantando, sobre el idealismo y la utopía, el gobierno de los mejores y dialogando perfectamente para que le escuche el mundo.

En tan solemne momento llega el estagirita, trayendo la herencia intelectual del célebre Nicomaco, médico de la corte macedónica. No improvisa su saber, sino que, con ansia de trabajar en la Academia platoniana, se demora veinte años desmadejando los conocimientos que encuentra en su seno, hasta que la ciencia se fatigue con tal perseverancia.

¡Qué caudal de experiencia docente dispuesto está, como el mejor tesoro, a ser legado a su discípulo Alejandro, en el magno palacio de Filipo! Abre en Atenas su escuela, en el gimnasio del Liceo. Surgen los peripatéticos que escuchando estarán doce años al pasmoso maestro, que sin haber llegado a senectud venerable, muere en Calcis, en hora varonil y tempranera por desgracia.

Coloca con claridad Aristóteles, sobre la mesa del análisis, los factores universales del devenir. Ideas sobre la materia, sobre la determinación formal o tipo específico, acerca del motor o causa externa, van saliendo de su numen junto con la distinción de posibilidad y realidad, unida a las causas externa e interna y a la investigación del fin. ¿Cómo negar que las nociones de esencia y forma, de movimiento bifurcado en energía y entelequia, son grandes recursos de la filosofía aristotélica que clasificando estuvo el movimiento en tres órdenes: cuantitativo, cualitativo y espacial, siendo la base de estas modificaciones la espacial? Para poner de relieve la fábrica del universo, se pasea hablándonos del motor del mundo y del comienzo absoluto.

IV

El soplo de la nueva filosofía iba a regenerar a Europa, adormecida entre las nieblas medievales, no obstante el despertar audaz de algunos preclaros precursores.

Rompe las cadenas escolásticas el martillazo de las ciencias físico-matemáticas que tantas tribulaciones amontonaron sobre sus heral-

dos: Giordano Bruno, Pomponazzi, Campanella, Copérnico, Kleper, Galileo, Newton.

Todavía en el primer cuarto del siglo XVII una entidad alta como el Parlamento de París está dictando pena de muerte contra los partidarios de la teoría atomista.

¡Qué enorme sacudimiento espiritual, qué grito emancipador lanzaron en Inglaterra y Francia, respectivamente, Francisco Bacon que se despojaba de ídolos y prejuicios, y Renato Descartes, soldado, filósofo y matemático, que culminó, no solamente con su duda metódica, sino también con su teoría de las comparaciones, al interrogarse resueltamente de qué conocimiento es capaz la razón humana!

Pero un humilde judío holandés, dolorosamente separado de su comunidad, perseguido e indigente, levanta en alto una antorcha de resplandores más claros que los cristales ópticos que pulía: el ilustre Baruch Spinoza, hombre bueno y tolerante a carta cabal, de sanísimo y manso corazón y hercúleo pensamiento; un león en el vigor de su carácter; un niño en la candidez de su alma.

¿No es horrible tortura el que varón tan santo haya sido calumniado inmisericordiosamente? Su vida de observación y de pobreza, sencilla y edificante, estuvo consagrada a investigaciones abstrusas, comenzando por las acotaciones al Talmud de sus mayores. Profundo en lengua latina, hundió su frente en el abismo de las ciencias matemáticas y naturales, ideando su método geométrico para las demostraciones del pensar, explicando los modos o conformaciones de la sustancia y declarando virilmente que es ella la *causa inmanens* de todas las cosas. Distinguió en el alma una doble facultad cognoscitiva: la imaginación y la razón; proclamó que el fin del Estado era la libertad y que el virtuoso es el único hombre libre.

Desde la tranquila y lejana Amsterdam, la luz de Spinoza iba a reflejarse en una asombrosa cabeza alemana, la del gran Goethe que sin empacho alguno se consideró su «discípulo apasionado y resuelto adorador».

Hegel le estudió a fondo, aclarando las salas de su espíritu con los fulgores del genial judío que iba a inspirarle, como también a distinguirlas mentes de la inmortal Alemania, cuya disciplina filosófica ha educado al pueblo, que tanto gusta de las materias más abstrusas. Señalaría como ejemplo, anotado por el doctor Quesada, el que en el corto lapso de un mes se vendieron cincuenta mil ejemplares de la obra sociológico-relativista de Spengler y hubo necesidad de una nueva edición. Honra este dato a la mentalidad pujante del pueblo alemán, que prefiere los libros serios a las novelas pornográficas, o los volúmenes frívolos.

El avance a la astronomía ha puesto de bulto el error aristotélico en el infinito combo sideral. Venciendo obstáculos inmensos, se descubrirían, en el transcurso de las edades, las siluetas del luminoso polonés Copérnico, de Kepler con su física del cielo y sus anotaciones marciales; de Galileo que observó los satélites de Júpiter; del químico Roberto Boyle, que se empeñó en conocer la material composición de los cuerpos; de Lavoisier que fundó la teoría química de los elementos;

de Newton, descubridor del cálculo diferencial y de la ley de la gravitación, ampliando la ciencia astronómica.

La primitiva forma geocéntrica estaba ya a cien leguas del sistema cósmico heliocéntrico; forma que fue «fatal para el desarrollo científico de la cosmología durante más de un milenio», según lo manifiesta Hermann Siebeck.

Quizá más de lo humanamente insuperable abarcó Aristóteles, que con fundamento es tenido como el creador técnico y padre de la lógica.

Por más que se le noten aristas platónicas, de esa enorme cantera tomó Hegel bloques gigantescos para sus construcciones espirituales, en su afán de transformar el abstracto e indeterminado pensamiento aristotélico en algo que descubre forma y contenido absolutos, «en cuanto es el pensamiento concreto y sistemático».

«El primer momento fenomenal constituye el silogismo, ha dicho Hegel, que tiene por fundamento, como punto de partida, la lógica, y por medio, la naturaleza que envuelve en sí el espíritu. La lógica viene a ser la naturaleza y la naturaleza el espíritu. La naturaleza, que está colocada entre el espíritu y su esencia, no escinde éstas de manera que haga extremos, según la abstracción finita, del mismo modo que no se distinguen tampoco de ellas como un término independiente que uniría, en tanto que es contrario simplemente de los contrarios; porque el silogismo existe en la idea, y la naturaleza está esencialmente determinada como un simple punto de paso y como un momento negativo, y es virtualmente la idea. Pero la mediación de la noción toma la forma de un paso exterior, y la ciencia toma la forma del conocimiento de la necesidad, de tal suerte que no es más que en un único extremo donde se encuentra poseída la libertad de la noción, en cuanto esfera en donde la noción se envuelve en sí. Esta fenomenalidad está suprimida en el segundo silogismo, por cuanto es éste ya el punto de vista del espíritu, que es el término medio de este proceso, presupone la naturaleza, y une la naturaleza a la lógica; es el silogismo de la reflexión espiritual en la idea. La ciencia aparece allí como un ser subjetivo, cuyo fin es la libertad, y que constituye el camino por el que se eleva a este fin. El tercer silogismo es la idea de la filosofía. Aquí la razón que se conoce a sí, el universal absoluto, es lo que constituye el medio, el cual se divide en el espíritu y en la naturaleza, haciendo del primero la presuposición en cuanto proceso de la actividad subjetiva de la idea, y del segundo el extremo universal en cuanto proceso de la idea que existe en sí y objetivamente; la escisión espontánea de la idea en los dos momentos fenoménicos, determina estos momentos como sus manifestaciones (como manifestación de la razón que se conoce a sí), y por esta razón tiene su unidad, porque la naturaleza de la cosa —la noción— es la que se mueve y se desenvuelve, y este movimiento es también la actividad del conocimiento, porque, en una palabra, es la idea eterna en y por sí la que se demuestra y se engendra eternamente y goza eternamente de sí como espíritu absoluto».

El erudito E. Barriobero y Herrán, traductor al español de la filosofía de Hegel, señala los adeptos que en España ha tenido su escuela, citando a Ferrer, Subirana, Martí, Eixalá, Balmes, Donoso Cortés, Martín Mateo, Ortí y Lara, Pí y Margall y hasta Emilio Castelar.

«El sistema hegeliano dice, encerrado en fórmulas originales y oscuras, se propagó rápidamente en Alemania; Inglaterra lo aceptó en toda su extensión; Italia y Francia lo recibieron con dudas y reservas, y en España, hasta nuestros días, apenas si se le han dispensado atención».

Por lo que toca a Italia da a entender todo lo contrario la afirmación de Pedro H. Zulen, que ha estudiado las andanzas tantas de neohegelianismo como del neorealismo. «Hegel, asegura, es uno de los pensadores más influyentes de los tiempos modernos. En Inglaterra pudo destronar al empirismo. En los Estados Unidos enseñó a filosofar a los hombres prácticos. En Italia todas las modernas generaciones están convertidas a él». Lo atestiguan Spaventa, Iaia, Ruggero, Croce, Gentile, etc.

El mismo autor deteniéndose en la internacional influencia hegeliana, cita a destacadas figuras inglesas como Bradley y Bosanquet, pasando a los estados unidenses, para acentuar la Escuela de San Luis, de la que fue jefe Willam T. Harris, sin omitir a Peirce, James y Royce.

La filosofía de su íntimo amigo Federico Guillermo Schelling se reflejó, desde las pristinas páginas del sereno estudio, en buena parte de la vida de Hegel; pero después, tratando de superarla, encumbróse, movido por los remos de la crítica hacia más originales caminos.

El autor de las «Ideas para una Filosofía de la Naturaleza», discurre, como Fichte, acerca de lo absoluto, de la naturaleza y del espíritu, influyendo en el que se denominaría «círculo schelliniano» con Steffens, Oken, Wagner, Krause, Baader, Schleimacher y otros.

Pero al fin el genio de Hegel, robusteciendo cada vez más su idealista concepción, se impuso, sin estimar de su mente el provecho que obtuvo de las hondas lecturas previas de la Historia Natural, los fundamentos de la Metafísica y sus progresos, la crítica de la razón pura y de la práctica de Manuel Kant y las obras de Juan Teófilo Fichte, como «El sistema de la Moral», «El Destino del Hombre», los «Discursos a la Nación Alemana» y su tratado sobre la base tanto de toda la doctrina de la Ciencia como el Derecho Natural, etc.

Hegel divide el espíritu en objetivo, subjetivo y absoluto, siendo éste el producto de su objetividad y de su idealidad. Partiendo del espíritu subjetivo, entra al estudio de la Antropología en seguida de la Fenomenología del Espíritu y por último a la Psicología. Va rastreando el proceso evolutivo del ente humano, diferenciando, en líneas generales, al niño del hombre o sea del individuo en su virilidad, y del viejo. Subdivide la infancia en cuatro grados, para ir apuntando algo de lo que llamaríamos iniciación pedagógica, al referirse a la enseñanza, disciplina y educación del pálido.

Para Hegel la escuela representa el paso de la familia a la sociedad civil, columbrando lo que hoy tanto se recalca: la unión de la escuela con el hogar. En el campo de la sumisión y el orden, dice que para que aprenda a mandar, debe empezar por aprender a obedecer, máxima que en la turbulenta América hispana cada día fulge con más actualidad, sobre todo hoy que, asesinado el esfuerzo propio, se tiende en todos los sectores sociales a la subversión del orden y de la

jerarquía para permitir que gane en grados la voluntad afiebrada y antojadiza.

«La obediencia es el principio de toda sabiduría, porque obedeciendo, la voluntad, ignorante todavía de lo verdadero, de la realidad objetiva, y no pudiendo todavía realizar su fin, no es por esto mismo una voluntad independiente y libre, sino más bien una voluntad esclava; obedeciendo, decimos, esta voluntad deja penetrar en ella la voluntad racional, que le viene del exterior y que llega a apropiarse poco a poco». Censura, como el peor de los sistemas educativos, el dejar que los niños hagan su voluntad y que sueñen sus caprichos. El ideal del adolescente es individual y el del joven universal, independiente del individuo. Cuando el espíritu exaltado del joven ve fracasado su ideal, puede caer en la hipocondría, por más que en mucho no se exteriorice. Prudente consejo para la lucha por la vida es el que da al hombre en su trabajo, que sea, a la vez que conservador, progresivo. Desprendiéndonos del elemento universal, a la postre concluimos por encontrar satisfacción dentro de nuestras actividades y profesiones, identificando con ellas la vida.

Llega a las relaciones de los sexos y prueba que, «tiende en la familia a su significación y determinación espirituales y morales».

Se afana por diferenciar la vigilia del sueño, recordando que Napoleón, en su visita a la Universidad de Pavia, planteó tan interesante problema en la cátedra de ideología.

Hegel, según el distinguido profesor de la Universidad de Buenos Aires Alejandro Korn que ha estudiado a Croce, concibe la realidad como perpetuo devenir, autoevolución del espíritu, universal y concreto a la vez, proceso dialéctico del concepto.

«Armado del poderoso método que le revela el secreto de lo absoluto, prescinde de la información empírica, desecha toda timidez sobre la capacidad cognoscitiva y expone con rigor implacable la lógica inmanente del Espíritu en sí elevado a sujeto, su oposición en la naturaleza y su reconciliación consigo mismo, no como tres hechos distintos, sino como momentos de un solo acto eterno que realiza la conjunción de la tesis y de la antítesis en una síntesis suprema. Su método le permite aquílatar la lógica clásica, fijar el número de planetas y celebrar en el Estado la encarnación misma del principio ético».

El doctor Korn considera injusta la inculpación de Benito Croce que atribuye a Hegel los extravíos de la filosofía de la naturaleza y de la historia «por el error de haber aplicado la dialéctica a lo individual y a lo empírico», añadiendo que el sistema de Hegel es coherente hasta el absurdo». Según Deruggeri, el más destacado discípulo de Gentile, ha depurado Croce la filosofía de Hegel liquidando sus errores y realzando sus verdades esenciales, aun cuando no faltan quienes aseguran que, dando un paso atrás tornó a Kant.

Pero uno y otro, Croce y Giovanni Gentile no permanecieron fieles a sus ideas filosóficas y educativas al llegar a ser Ministro en la Cartera de Instrucción Pública de Italia. De abajo vieron de un modo los problemas de la enseñanza y de arriba de otro muy distinto, concediendo triunfo barato al tenaz contrincante de ambos, Chiocchetti, y a su partido.

En arte trata de la exteriorización de la idea, plasmada por el genio. «Lo bello, para él es la expresión de la idea en forma sensible». Su lacónico criterio, Falckenberg sintetiza así esa visión estética: «Entre los dos factores de lo bello, fondo y forma, cabe una triple relación: y de aquí las tres épocas fundamentales del arte. En la clásica de los griegos, ambos elementos hallan su perfecta armonía (la forma está completamente saturada del contenido, sin ser más rica ni más pobre que éste); en la simbólica de los orientales que precede a aquella, predomina lo sensible; en la romántica, o cristiana, que le sigue, el lado espiritual. La unidad o equilibrio de la forma y el fondo es, primero, buscada; después, alcanzada; por último, sobrepujada. Sin embargo, al arte romántico aunque menos bello en comparación con el clásico, corresponde al rango superior, como más rico y espiritual».

Desde el campamento hegeliano viene el metódico e investigador David Federico Strauss con su estandarte desplegado al viento, en el que en grandes caracteres se lee «Vida de Jesús», que sirvió de grimpola de combate para dividir a los hegelianos en izquierda, derecha y centro.

Impresiona, al cerrar estas líneas, trazadas únicamente como pálido homenaje que reproduce apenas viejos e inconexos estudios de colegio, en el justificado anhelo de recordar al gigante de la meditación lógica en la primera centuria de su muerte, lo que asiente Messer, sin ánimo de herirle, cuando brevemente censura la ineficacia de la evolución reconocida por Hegel en diversos planos, «que dejó esa evolución de existir con su propio sistema».

Se ha de perdonar la pesadez de este modesto artículo, en mérito de la intención. A otro género pertenecen las páginas amenas. Los filósofos siempre fueron abstrusos y fatigosos y un poco más el respetable maestro alemán. Con todo, honradamente, creo no haber desperdiciado las horas periodísticas con el desempolvamiento de amarillentos apuntes en el radioso día de Hegel, por más que su filosofía, como agrega el aludido crítico, «no lleva hacia adelante, sino hacia atrás. No anima al individuo a la reflexión, a la crítica, a la colaboración enérgica en la evolución de la cultura. No da valor más que a lo existente, y enseña al individuo a someterse a éste, como a lo único valedero. Tiene un carácter completamente conservador. Es realmente la filosofía de «un anciano.»

Empero confiesa Augusto Messer hidalgamente la inmensa labor realizada por el maestro desde muchos puntos de vista que se rozan íntimamente con el significado de la vida espiritual y el devenir histórico aun cuando su estructura ideológica sea a menudo «artificiosa y arbitraria».

A medida que la ciencia dilata su campo experimental, ¿tendrá que cambiarse el compuesto etimológico de la palabra filosofía? Cada día le están dando en este concepto, hachazos de muerte, los perfeccionamientos físicos y la precisión de sus aparatos.

Si la verdad es una y si son inmutables las leyes de la naturaleza, los caminos, espacios, medidas, tiempos y apreciaciones para llegar a ella son relativos. A cada momento la ciencia, en positivo palenque de lucha, presenta nuevas perspectivas.

¿Acertarán a llamarse meros pasatiempos, ocios mentales, las disciplinas filosóficas que no se compenetran con la física?

Con todo, no ha de ser despreciable el esfuerzo del hombre, en cualquiera de los campos que se coloque, por interrogar a la esfinge de su destino.

Quito (Ecuador) Noviembre 14 de 1931.

Representantes Estudiantiles ante el

Consejo Universitario y Facultades

FACULTAD DE JURISPRUDENCIA Y
CIENCIAS SOCIALES

ANTE EL CONSEJO:

Sr. Neptalí Ponce



ANTE LA FACULTAD:

Principales:

Luis Coloma Silva
Agustín Vera Loor
Hernán Escudero
Juan José Dávila

La elección se realizó el 12 de noviembre del año en curso, en la Asamblea General de Estudiantes de la Facultad convocada por el señor Decano.

No se eligieron representantes suplentes.

FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS

ANTE EL CONSEJO:

Principal: Juan Vacacela
Suplente: Federico Alvear

ANTE LA FACULTAD:

Principales:

Teodoro Salguero Z.
Antonio Santiana
Alberto Araujo G.
Arturo Terán
Eduardo Bustamante
Rafael Estrella
Virgilio Páez

Suplentes:

Fernando López
Alejandro López S.
Jorge Vallarino
Luz María Mora
Dimas Burbano B.
Eduardo Merlo
Jorge Flores



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

FACULTAD DE CIENCIAS

ANTE EL CONSEJO:

Principal: Isauro Rodríguez
Suplente: Rafael Dueñas

ANTE LA FACULTAD:

Principales:

Jorge A. Casares
Alfredo Reyes A.
Eduardo Jácome
Eduardo Pólit
Eduardo Calero V.
Nicanor Muller M.

Suplentes:

Pedro W. Carrera
J. Gualberto Bermeo
Jorge Pazmiño
Absalón Ordóñez
León Torres
Manuel Rendón



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

ANTE EL CONSEJO:

Principal: César Mora

Suplente: Srta. Lucila Salvador

ANTE LA FACULTAD:

Principales:

Luis A. Espinosa Arroyo
Luis Sevilla
Srta. Lelia Carrera
Alfredo Carrillo
Joaquín Mena

Suplentes:

Srta. Lola Avilés Ochoa
Carlos A. Carrera
Misael Acosta Solís
César O. Carrera M.
Srta. Lucila Castillo D.

La elección se hizo por el Consejo Universitario, en sesión de 18 de diciembre de 1931.

Renovación de Directorios

CENTRO DE ESTUDIANTES COLOMBIANOS

Presidente: Lcdo. Manuel Garzón M.
Vicepresidente: Vicente Muñoz Díaz
Secretario: Efraín Coral
Prosecretario: Alfredo Montenegro Vela
Tesorero: Julio S. Sánchez
Bibliotecario: Braulio Montenegro
Médico del Centro: Guillermo Hammerle

SOCIEDAD DE ESTUDIOS ECONOMICOS
Y FINANCIEROS

Delegado de Asuntos Internos: Eduardo Miño C. (re-elegido).

Delegado de Asuntos Externos: José I. Bucheli (reelegido).

Delegado de Redacción y Presupuesto: Jorge Luna Yépez

SOCIEDAD DE ESTUDIOS TECNICOS

El día 14 de diciembre del año en curso se ha renovado el personal de estudiantes que debe ejercer sus funciones, como elemento directivo de la Sociedad de Estudios Técnicos, en el lapso de 1931 a 1932.

Presidente: Hermógenes Proaño

Vicepresidente: Rafael Dueñas

Secretario: Pedro W. Carrera

Tesorero: Gualberto Bermeo

Bibliotecario: Hipólito Terán

Vocales:

Isauro Rodríguez

Jorge Casares

Rodrigo Rivera

Arturo Rossi

Juan Ernesto González

Guillermo Alarcón



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

SOCIEDAD DE ESTUDIOS

JURÍDICO-INTERNACIONALES

Presidente: Lic. Enrique Dávila Jijón

Secretario: Jaime Espinosa

Tesorero: Alfonso Arcos Proaño

Primer Vocal: Neptalí Ponce

Segundo Vocal: Lic. Alejandro Casares

Se establece el Centro de
Estudiantes de Agronomía

Directorio:

Presidente: Nicanor Muller M.
Vicepresidente: Jorge Arteaga
Secretario: Enrique Rendón
Prosecretario: Galo O. Larenas
Tesorero: José Oliva Mora

Vocales:

José Alberto Gómez de la Torre
Jorge Pérez Dávalos
Francisco Silva
Hernán Arellano
Ricardo Gangotena



CENTRO UNIVERSITARIO CHIMBORAZO

Directorio:

Delegado de Asuntos Internos: Nélon Vallejo López
Delegado de Relaciones Exteriores: Humberto Alvarez M.
Delegado de Presupuesto: Clemente Vallejo Larrea
Delegado de Cultura Física: Sílvio Ortega
Secretario General: Lorenzo Peñafiel C.

Estadística Universitaria

Nómina de los señores Estudiantes de la Facultad de
Jurisprudencia y Ciencias Sociales
CURSO ESCOLAR DE 1931 - 1932

PRIMER AÑO

- 1 José María Eastmann .
- 2 Ricardo Callejas V. .
- + 3 Galo Aníbal Marín .
- 4 Hernán Escudero .
- 5 Jaime Barrera
- 6 Augusto B. Vinelli .
- 7 Juan Sevilla
- 8 Jorge I. Robayo
- 9 Sergio Romero C.
- 10 Héctor Herdoiza
- 11 Rosendo Vergara
- + 12 Jorge W. Durango
- + 13 Rafael M. Espinosa
- 14 Alfonso Emilio Colina .
- 15 Manuel T. Aguilar .
- 16 Ernesto Suárez T.
- 17 Efrén Ruata
- 18 Julio Urresta L.
- 19 Alfonso Mora Bowen .
- 20 Galo Mora A.
- 21 Cristóbal Cornejo
- 22 Alfredo Torres
- 23 Gonzalo Mantilla
- 24 Rodrigo Pérez E. .
- 25 Pablo Bucheli .
- 26 José María Avilés
- 27 Guillermo Borja .
- 28 Jorge Jurado .
- 29 Augusto Dongilio .
- 30 Gustavo Serrano
- + 31 Alfonso Hidalgo .
- 32 Homero Proaño

- 33 Segundo Maiguaschca .
- 34 Ricardo Izurieta del C.
- 35 Hugo Dávalos
- 36 Arturo Real .
- 37 Arnulfo R. del Pozo
- 38 Pablo Abdón Larrea
- 39 Galo Andrade
- 40 Manuel Yépez C.

SEGUNDO AÑO

- 1 Manuel del C. Pachano .
- + 2 Manuel Gómez
- 3 Guillermo Jaramillo L.
- 4 Jorge Toro Anda
- 5 Jorge Naranjo
- 6 Camilo Ponce E.
- 7 Víctor Hugo Paredes
- 8 Alejandro C. Drouet
- 9 Gonzalo G. González
- 10 Luis Barona H.
- 11 Lorenzo Peñafiel
- 12 Mario Paredes Borja
- 13 Luis A. Aguilar
- 14 Víctor Manuel Endara
- 15 Clemente Vallejo L.
- 16 Nélon Vallejo L.
- 17 Manuel T. Flores
- 18 Julio Enrique Saa
- + 19 Plutarco Hidalgo
- + 20 Julio Naranjo
- + 21 Gonzalo Miño
- 22 José Martínez
- 23 Salvador Moreano
- 24 Ignacio Lasso

- 25 Luis R. Zapater
26 Sergio Quirola

TERCER AÑO

- 1 José R. Chiriboga
2 Víctor A. Proaño
3 Luis Coloma Silva
4 Pío Severo Villamar
5 Enrique Sánchez
6 César Andrade
7 Gustavo Darquea T.
8 Segundo León V.
+ 9 César Munive
+ 10 Arturo Cepeda
11 Juan F. López
12 Carlos Paz G.
13 Jaime Silva del Pozo
14 Hugo Garcés
15 Julio Carrión C.
16 Celso O. Váscónes
17 Vicente Pólit
18 Enrique Dávila Peralta
19 Rodrigo Pachano

CUARTO AÑO

- + 1 Rafael Terán
2 Eduardo Larrea S.
3 Néelson Cárdenas
+ 4 Carlos H. Quevedo
+ 5 Víctor M. Jácome
6 Bolívar Oquendo
7 Agustín Vera Looz
8 Ramón E. Muñoz R.
9 Alejandro Villamar
10 Macario Gutiérrez S.
+ 11 Hugo Maldonado D.
12 Francisco Páez R.
13 Mario H. Zapata
14 Luis E. Dávila
15 Carlos Toro Navas
16 David Altamirano
17 Arturo Borrero B.

- 18 Alejandro Guerra
19 Alcides Núñez M.
20 Julio C. Moncayo
21 Manuel Espinosa
22 Jorge Pérez
23 Gonzalo Oleas Z.

QUINTO AÑO

- 1 José I. Bucheli
+ 2 Gustavo Hidalgo
+ 3 Rafael Maldonado
4 Rodrigo Cárdenas
5 Abdón Arroyo Naranjo
6 Carlos M. Velasteguí
7 Aurelio Sánchez
8 Jorge H. Rubio
9 Eloy López G.
+ 10 Cristóbal Cepeda
11 César Arellano C.
12 Jorge Argüello
13 Carlos O. Jarrín
14 Rafael Rodríguez
+ 15 Trajano Naranjo
16 Eduardo Miño C.
17 Juan Dávila
18 Eduardo Villaquirán
19 Jorge Luna Yépez
20 Emiliano Torres

SEXTO AÑO

- 1 Segundo A. Erazo
2 Alejandro C. de la Torre
3 Alfonso Arcos
4 Jaime Espinosa
5 Enrique Dávila J.
6 Luis Ernesto Miño
7 Félix H. Urresta
+ 8 Ernesto Cisneros
9 Bolívar Paredes Z.
10 Neptalí Ponce
11 Ezequiel Paladines
12 Benjamín Peralta

Alumnos matriculados en la Facultad de Ciencias Médicas

CURSO ESCOLAR DE 1931 - 1932

SECCION DE MEDICINA

PRIMER AÑO GRUPO A

- + 1 Edmundo Maldonado T.
- 2 Hugo A. Bilbao
- 3 Gonzalo Cárdenas
- 4 José M. Portilla
- 5 Leopoldo Arcos V.
- 6 Adalberto Araujo G.
- 7 Luciano Toro N.
- 8 Luis E. Martínez
- 9 Néelson Romero
- 10 Manuel M. Moncayo D.
- 11 Francisco J. Villota
- 12 Darío Cuervo M.
- 13 Arturo Jaramillo A.
- 14 Ernesto Briones A.
- 15 Alfredo Hinostroza
- 16 Héctor H. Proaño
- 17 Julio M. Hidrobo
- 18 Jorge Suárez B.
- + 19 César Silva
- 20 Octavio Jiménez
- 21 Jorge Quiroz
- 22 Homero Robayo C.
- 23 Daniel León V.
- 24 Aurelio Serrano M.
- 25 Ricardo A. Miranda
- 26 Carlos A. Moreno
- 27 Antonio Cueva
- 28 Aurelio Benavides
- 29 José Antonio Ramos
- 30 Abel Ignacio Torres
- 31 Pablo A. Dávila
- 32 Julio C. Plaza L.
- 33 Julio Jaramillo L.

- 34 Julio C. Mosquera
- 35 Oscar Martán

PRIMER AÑO GRUPO B

- 1 Felipe Cueva García
- 2 Jorge Bueno G.
- 3 Luís Spartaco Veloz
- 4 Alberto Araujo Ch.
- 5 Pedro L. Cornejo
- 6 Blanca A. Castillo
- 7 Carlos Moisés González
- 8 Arnulfo R. del Pozo
- 9 Jorge M. Ordóñez L.
- 10 Luís Uquillas
- 11 Jesús Rivera
- 12 José Virgilio Obando
- 13 Guillermo Urrutia
- 14 Luís E. García
- 15 Rogelio García
- 16 Sergio Vallejo
- 17 Manuel Pardo D.
- 18 Antonio Navarrete
- 19 Leonardo Pantoja
- 20 Julio A. Cortés
- 21 Víctor Romero
- 22 César A. Carrasco
- 23 César A. Chiriboga
- 24 Rodrigo Dávalos C.
- 25 Gonzalo Serrano C.
- 26 Eduardo Orbe
- 27 Luís E. Chávez
- 28 Julio G. Sánchez
- 29 Marcial Portilla

- 30 Jorge Estrada
- 31 Alberto Moreno
- 32 Gabriel García R.
- + 33 Manuel E. Quevedo
- 34 Teodoro Puertas

SEGUNDO AÑO

- 1 Gonzálo Sánchez
- 2 Rómulo López G.
- 3 Marte R. Salguero
- 4 Hugo Cevallos
- 5 Humberto Gallegos G.
- 6 César Gallegos G.
- 7 Absalón Endara
- 8 Gerardo Noboa G.
- 9 Sisínio Rosas
- 10 Arturo Terán G.
- 11 Rogelio Yánez
- 12 Alejandro Montenegro
- 13 Marco V. Zurita
- 14 Alfonso de la Torre
- 15 José Soto Troncoso
- 16 Heriberto Lascano
- 17 Alfonso Vacacela
- 18 Segundo M. García
- 19 Pablo Atapuma

TERCER AÑO

- 1 César A. Ayora
- 2 Jorge Vallarino D.
- 3 Bolívar A. Yépez
- 4 Sara Lalama A.
- + 5 Leonardo A. Madrid
- 6 Dimas Burbano B.
- 7 Miguel A. Echeverría
- 8 Gonzalo Rueda
- 9 Manuel A. González
- 10 Leonardo Alvear
- 11 José Ugarte V.

- 12 Jorge Puchi H.
- 13 Jesús Agreda Metzha

CUARTO AÑO

- 1 Fernando Villacís
- 2 Humberto Álvarez M.
- 3 Eduardo Flores
- + 4 Eduardo Maldonado T.
- 5 Alejandro López S.
- 6 Ezequías Quintero
- 7 Teodoro Salguero
- 8 Galo Vallesteros
- 9 Eduardo Bustamante
- 10 Jorge Correa H.
- 11 Angel F. Luna
- 12 René R. Cortez
- 13 Alfonso Joel Loza
- 14 Miguel I. Dávila
- + 15 Filoteo M. Saltos
- 16 Gonzalo Guerra A.
- 17 Víctor Sanmartín
- + 18 Neptalí León G.
- 19 Jaime Rivadeneira

QUINTO AÑO

- 1 Carlos A. Villagómez
- 2 Jaime Ricaurte E.
- 3 Manuel P. Barragán
- + 4 Virgilio Páez
- 5 Alfonso Mera B.
- 6 Luis Alberto León
- 7 Ramón Alfonso Casares
- 8 Miguel Salvador
- 9 Enrique Garcés
- 10 Aquiles Jijón G.
- 11 Angel Viñan N.
- 12 Adolfo Castro
- 13 José Cruz

- 14 Tito Livio Ortiz
- 15 Efraín Mora H.
- 16 Camilo Villamar
- 17 Augusto Torres S.

SEXTO AÑO

- 1 Julio César Castillo
- 2 Luis H. Espinosa
- 3 Luis Wortzman
- 4 Jorge Flores

- † 5 Oswaldo Longo C.
- 6 Antonio Santiana
- 7 Carlos A. Vela
- 8 Federico Alvear
- 9 Juan Vacacela
- 10 Egberto García S.
- 11 Fernando López
- 12 Angel Plutarco Alarcón
- 13 Alfonso Avilés
- 14 Arturo Aguirre Aguilar

SECCION DE ODONTOLOGIA

PRIMER AÑO

- 1 Filemón O. Barragán
- 2 Enrique Silvio Mora
- 3 Favio R. Methza
- 4 Carlos Bolívar Gaibor
- 5 Humberto González
- 6 José Ricardo Félix
- 7 Alberto Yánez
- 8 Tarquino Sáenz V.
- 9 Ricardo Muller

SEGUNDO AÑO

- 1 Alberto García R.
- 2 Blanca R. del Pino
- 3 Luis A. Dávila
- 4 Augusto Alzamora C.
- 5 Reinaldo Rivera
- 6 Abner Herdoíza A.

- 7 Sara M. Salvador
- 8 Cristóbal Holguín
- 9 José M. Rivadeneira

TERCER AÑO

- 1 Néelson Reyes A.
- 2 Telmo Coral

CUARTO AÑO

- 1 Silvio Ortega E.
- 2 Luis Prado V.
- 3 Luz María Mora
- 4 José Rafael Estrella
- 5 Héctor Fabara
- 6 Bolívar A. Cevallos
- 7 Eduardo Merlo P.
- 8 Efraín Coral R.

ESCUELA DE ENFERMERAS

PRIMER AÑO

- 1 Cecilia Pabón

- 2 Julia M. Jiménez
- 3 María Olímpia Bilbao
- 4 Rosa Victoria Flores

- 5 Celia Cevallos
- 6 María Josefina Bravo
- 7 Ana C. Albuja
- 8 Clementina Zumárraga
- 9 Paulina Mallet
- 10 María E. Vergara
- 11 Clementina Chiriboga
- 12 Edelina Muñoz
- 13 María E. Andrade

- 14 María de los D. Céleri
- 15 Mariana de J. Zumárraga
- 16 Rosa Delia Abad
- 17 Julia Veintimilla
- 18 Rosa Beatriz Melo
- 19 Aura Leida Cortez
- 20 Josefina Enriqueta Moreno
- 21 Rosalía Vaca
- 22 Romelía Realpe

Alumnos matriculados en la Facultad de Ciencias

PRIMER AÑO

- 1 Víctor M. Andrade
- 2 Jorge Alzamora V.
- 3 Guillermo Alarcón
- 4 Rafael B. Andrade
- 5 Luis Eduardo Mena
- 6 Miguel A. Oviedo
- 7 Julio C. Granja
- 8 Pedro M. Reyes G.
- 9 Gustavo Castro
- 10 Jorge Cornejo
- 11 Luis F. Cevallos
- 12 Jorge Zabala
- 13 César E. Muñoz T.
- 14 Alfonso Aguirre
- 15 Jaime Gómez Jurado
- 16 César Troya
- 17 Juan Cueva
- 18 Gonzalo Rosales A.

SEGUNDO AÑO

- 1 Gustavo A. Pinto
- 2 Augusto Hidalgo R.
- 3 Juan B. Villacreces
- 4 Juan E. González
- 5 Héctor Espinosa R.
- 6 Luis H. de la Torre
- 7 Eduardo Pólit M.
- 8 Jacobo Touma
- 9 César O. Carrera
- 10 Luis Puente
- 11 Modesto Ponce M.
- 12 Gonzalo Rubio Ch.
- 13 Luis A. Játiva
- 14 Absalón Ordóñez
- 15 Aníbal de la Torre
- 16 Alfredo Montenegro



TERCER AÑO

- 1 Jaime Flores
- 2 Eduardo Jácome
- 3 Franklin Ruíz
- 4 Hugo Flor Z.
- 5 Jorge W. Pazmiño
- 6 Carlos Clavijo
- 7 Rafael Dueñas
- 8 Arturo Ramírez A.
- 9 Jorge Terán R.
- 10 Miguel A. Torres
- 11 Edmundo Andrade
- 12 Alfonso Velasco
- 13 José A. Tabares B.
- 14 Arturo A. Rossi
- 15 Belisario Palacios
- 16 Tarquino Bolaños
- 17 Eduardo Martínez

CUARTO AÑO

- 1 Rafael Barba L.
- 2 Hipólito Terán
- 3 César A. Ribadeneira
- 4 Miguel A. Chico
- 5 José G. Bermeo B.
- 6 Jorge A. Santillán
- 7 Alfredo Reyes A.

- 8 Darío A. Romero
- 9 José M. Padilla
- 10 Genaro Miño
- 11 Hermógenes Proaño
- 12 Eduardo S. Hidalgo
- 13 José J. Villota
- 14 Gerardo Orbe
- 15 Luis G. Núñez

QUINTO AÑO

- 1 José Pons V.
- 2 Jorge A. Casares
- 3 Alfonso Mora M.
- 4 Julio Espinosa Z.
- 5 Pedro W. Carrera
- 6 José E. Sarrazín
- 7 Rafael Velasteguí U.
- 8 Alejandro Cárdenas
- 9 Gonzalo Pachano L.
- 10 Carlos Abarca M.

SEXTO AÑO

- 1 Pompeyo Salgado
- 2 Isauro Rodríguez
- 3 Luis H. del Pozo
- 4 Leonidas Moscoso
- 5 Jorge Ayora

SECCION DE FARMACIA

PRIMER AÑO

- 1 Humberto Freire S.
- 2 César A. Durango
- 3 Rosa Mélida Arellano
- 4 Ernesto Pástor C.

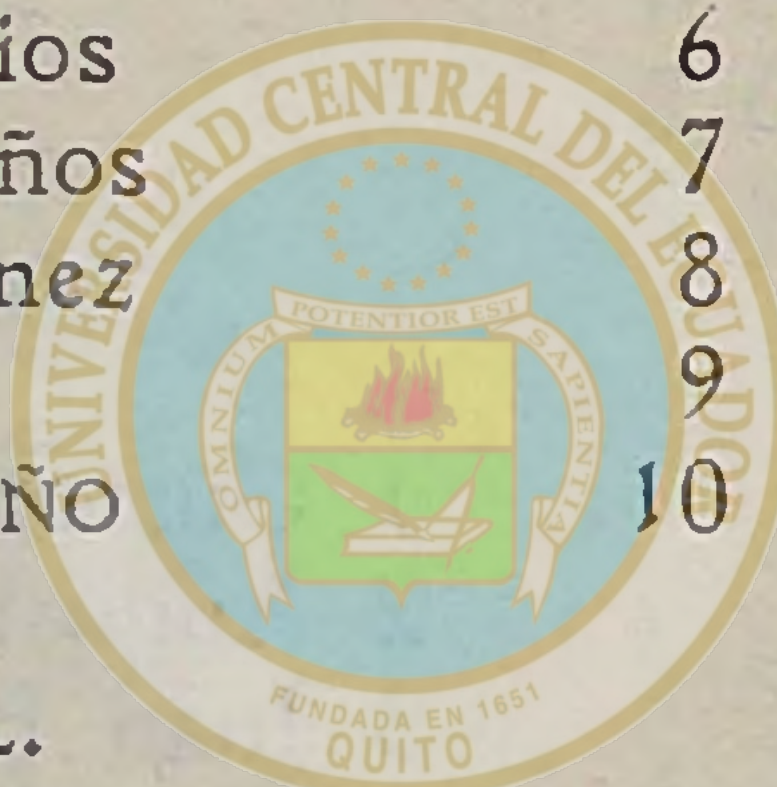
SECUNDO AÑO

- 1 Jorge M. Noboa

- 2 César Suárez
- 3 Juan José Jurado

TERCER AÑO

- 1 Luis E. Torres
- 2 Vicente Aguirre S.
- 3 Celio A. Fabara
- 4 Pedro L. Arévalo



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

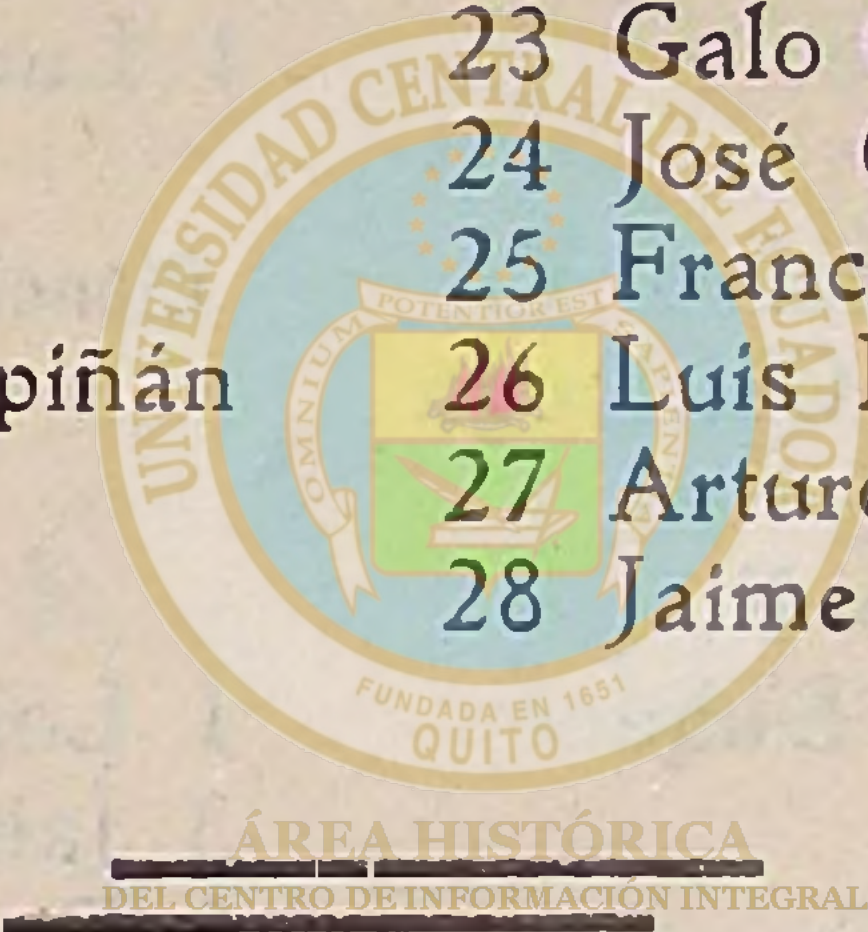
- 5 Luís E. Franco
- 6 Eduardo Calero V.

CUARTO AÑO

- 1 Luís Gómez

SECCION DE AGRONOMIA

- | | |
|-----------------------------|---------------------------|
| 1 Manuel Mora Andrade | 15 Jorge Ortiz |
| 2 José A. Gómez de la Torre | 16 Rodrigo Arellano B. |
| 3 Nicanor Muller M. | 17 Jorge Pérez |
| 4 Jaime Ruales | 18 Mario Suárez |
| 5 Jorge Jiménez | 19 Eduardo Garzón |
| 6 Walter H. Andrade | 21 Manuel S. Rendón |
| 7 José Leonidas Terán | 21 Ricardo Gangotena |
| 8 Jorge Arteaga | 22 Misael Acosta S. |
| 9 Hernán Orellana | 23 Galo O. Larenas |
| 10 Néilson Salvador | 24 José Oliva Mora |
| 11 Neptalí Cevallos | 25 Francisco Silva |
| 12 Edmundo V. Estupiñán | 26 Luís Rodríguez López |
| 13 Marcos Wray | 27 Arturo Lascano |
| 14 Enrique Rendón | 28 Jaime Francisco Corral |



Alumnos matriculados en la Facultad de Filosofía y Letras

CURSO ESCOLAR DE 1931 - 1932

Filosofía, Lengua y Literatura
Castellanas

SEGUNDO AÑO

PRIMER AÑO

TERCER AÑO

- 1 Lucila Cortés Miranda
- 2 Víctor A. Proaño M.
- 3 Salvador Moreano M.
- 4 Manuel A. Prentice (oyen te)
- 5 Lelia María Carrera
- 6 Sílvio E. Mora Bowen
- 7 Manuel T. Aguilar G.

- 1 Lucila Salvador R.
- 2 Julio C. Villacreces G.
- 3 Fernando Chávez R.

Filosofía, Instrucción Moral y
Cívica e Historia

PRIMER AÑO

- 1 María E. Mendizábal V.

- 2 Alfonso Mora Bowen
- 3 Segundo León V.
- 4 Jorge Toro Anda
- 5 Víctor A. Arellano (oyente)

SEGUNDO AÑO

- 2 Rosendo R. Mediavilla
- 3 César Nieto Ubidia
- 4 Juan B. Haro
- 5 Rafael Avilés Moncayo
- 6 S. Joaquín Aguilar Y.
- 7 José I. Guarderas
- 8 Eliecer Avilés M.
- 9 Teodosio Palomeque B.

TERCER AÑO

SEGUNDO AÑO

Psicología y Ciencias Biológicas

TERCER AÑO

PRIMER AÑO

1 Lucila Castillo D.

- 1 Néelson A. Montalvo V.
- 2 Tnte. Leonardo Chiriboga O. (oyente)
- 3 Modesto Toledo E.
- 4 Pedro M. Báez Duque

Ciencias Físicas y Matemáticas

PRIMER AÑO

SEGUNDO AÑO

- 1 Lola Avilés Ochoa
- 3 Jaime Gómezjurado
- 3 Rafael B. Andrade M.
- 4 Jorge Alzamora V.
- 5 Gustavo Castro N.

- 1 Tnte. Leonardo Chiriboga O. (oyente)
- 2 Luis H. Espinosa A.
- 3 Rogelio M. Yáñez F.
- 4 M. Alfonso González
- 5 Federico Alvear Pérez

SEGUNDO AÑO

TERCER AÑO

- 1 Luis Homero de la Torre
- 2 Galo Arroyo Redín
- 3 César O. Carrera M.
- 4 Héctor Espinosa R.

- 1 Dimas Burbano Bowen
- 2 Jorge Vallarino Donoso

TERCER AÑO

Historia y Geografía

PRIMER AÑO

- 1 Carlos A. Váscquez E.

- 1 Joaquín Mena
- 2 Miguel A. Torres H.
- 3 César A. Tinajero G.
- 4 Luis A. Sevilla T.
- 5 Luis A. Espinosa A.

Ciencias Naturales

PRIMER AÑO

- 3 Alberto Araujo Ch.
- 4 Rosendo Vergara Mena

SEGUNDO AÑO

- 1 José G. Martínez E.

SEGUNDO AÑO

- 1 Misael Acosta Solís
- 2 Carlos A. Carrera

Inglés

PRIMER AÑO

- 1 Rafael Rodríguez A.
- 2 Jorge Jurado U. (oyente)
- 3 Cristóbal Cornejo S.
(oyente)
- 4 Plutarco Hidalgo Torres

TERCER AÑO

- 1 Luís A. León V.
- 2 Luís H. Jarrín

Francés

PRIMER AÑO

- 1 Manuel T. Flores R.
- 2 Jorge M. Novoa

SEGUNDO AÑO

- 1 Luís G. Stacey
- 2 Luís E. García
- 3 Eduardo Miño Cabezas



NOTAS VARIAS

Conferencias científicas

De acuerdo con lo prescrito por el nuevo Reglamento de la Facultad de Medicina, en diciembre comenzó la serie de conferencias científicas mensuales que por turno de antigüedad sostendrán todos los profesores.

La primera tuvo lugar en el Gabinete de Histología y el conferencista fue el Dr. Eustorgio Salgado V., profesor de Técnica Quirúrgica y Urología. Habló en lenguaje claro y comprensivo acerca de las operaciones de Prostatectomía por él verificadas en el decurso de los diez últimos años. Presentó una estadística de cuarenta y ocho operados con sólo dos defunciones. El Dr. Salgado concluyó que no se debía intervenir cuando el enfermo presenta una baja tensión arterial y que no era prudente, asimismo, el empleo de la anestesia general.

El señor Rector, y un auditorio selecto, felicitaron calurosamente al Dr. Salgado por el éxito de su importantísima conferencia.

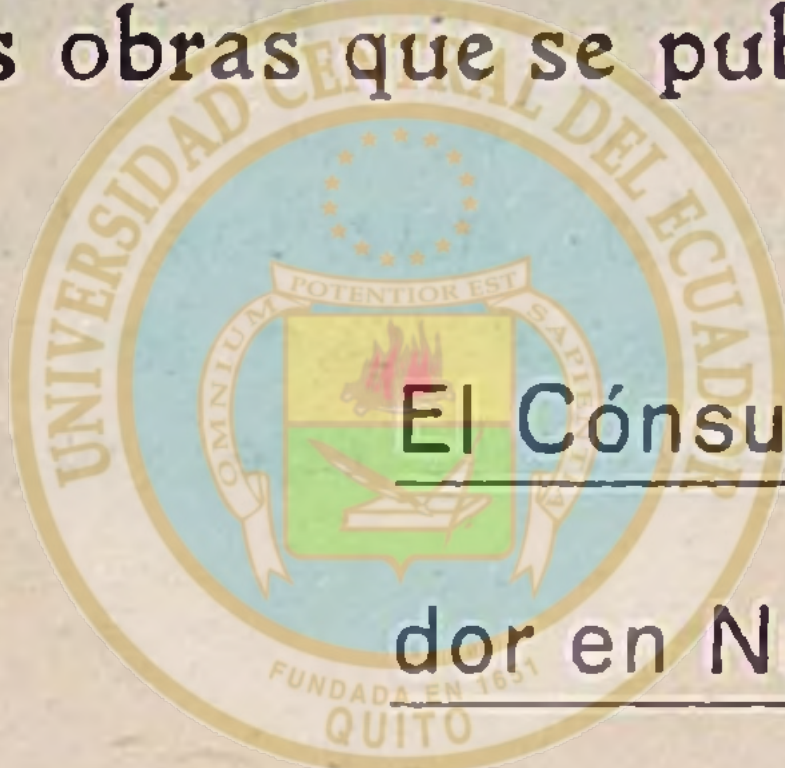
El Dr. Arroyo N. profesor de Clínica Terapéutica dió comienzo, igualmente, a la serie de sesiones científicas en el Hospital Civil. El tema de su conferencia fue «Las asistolas irreductibles, su patogenia» y presentó un caso práctico del servicio de San Vicente. Disertó con claridad acerca de la etiología de las afecciones cardíacas y dió un valor de altísima importancia de entre las enfermedades que atacan al miocardio, a la anebiasis.

La amibemia sería un factor muy de tomarse en cuenta en la génesis de las afecciones cardíacas que bien pronto conducen a las asistolías.

El Dr. Arroyo N. fue felicitado por todos los concurrentes.

Obras para la Biblioteca

Por gestiones del señor Encargado de Negocios del Ecuador en la Argentina, el señor Bibliotecario de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires, se ha servido obsequiar mil ciento veintiocho tesis de egresados de la citada Facultad, durante los años de 1884 a 1905. La Universidad Central, a su vez, para fomentar este intercambio cultural, enviará todas las obras que se publiquen en el Plantel.



El Cónsul General del Ecu-

ador en Nueva Orleans - - -

ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

El señor doctor Francisco Banda, quien desempeña en la actualidad el cargo citado, con su acostumbrada gentileza, se ha servido en estos últimos tiempos enviar para la Biblioteca de este Plantel, numerosos volúmenes, muchos de ellos, de importancia capital para la consulta de profesores y alumnos.

En esta ligera nota, además del agradecimiento especial consignado en oficios, queremos reiterar al señor doctor Banda el testimonio de gratitud del Plantel por los donativos frecuentes que enriquecen el arsenal de obras de la Biblioteca. El Boletín de esta Dependencia, publicará la nómina de las obras obsequiadas.

Tratados y Acuerdos celebrados

por otros países con el Ecuador

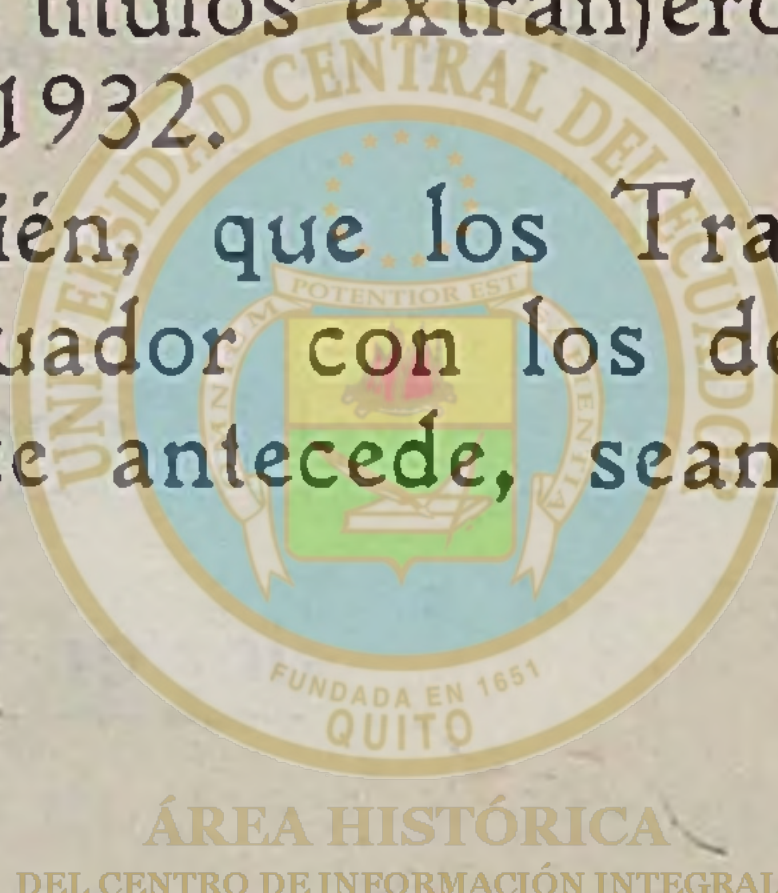
Debido a la gentileza del señor Ministro de Relaciones Exteriores, hemos recibido una copia detallada de los Tratados

y Acuerdos que tiene celebrados el Ecuador con los demás Países, sobre ejercicio libre de profesiones; intercambio de títulos profesionales y académicos; mútuo reconocimiento de exámenes; incorporación de estudios; propiedad literaria y artística; grados literarios, etc., que los publicaremos en la próxima edición de «Anales», para conocimiento de profesores y alumnos.

Nueva reglamentación

En la sesión que celebró el Consejo Universitario el 2 de octubre del presente año, aprobó el Reglamento sobre admisión de Títulos extranjeros, en el que constan además, disposiciones concernientes a la admisión de estudiantes ecuatorianos que presenten títulos extranjeros. Entrará en vigencia el 1º. de enero de 1932.

Se resolvió, también, que los Tratados y Acuerdos que tiene celebrados el Ecuador con los demás países, así como la Reglamentación que antecede, sean publicados en folleto especial.



Reglamento de la Facultad de Ciencias Médicas

El entusiasmo decidido del nuevo Decano de la Facultad, doctor Pablo Arturo Suárez, ha conseguido, en colaboración con sus coprofesores y miembros del Consejo Universitario, la aprobación de un nuevo Estatuto de la Facultad, en el que constan reformas importantísimas que miran especialmente a la docencia universitaria, así como a una labor de cooperación de los señores profesores. Fue aprobado en la sesión que celebró el Consejo Universitario el 28 de octubre del presente año.

Nombramientos -

Aceptada la renuncia que presentara el señor doctor don Enrique Gallegos Anda, para no desempeñar la Cátedra de Clínica Interna, Semiólogía y Jefe del Laboratorio de Clínica,

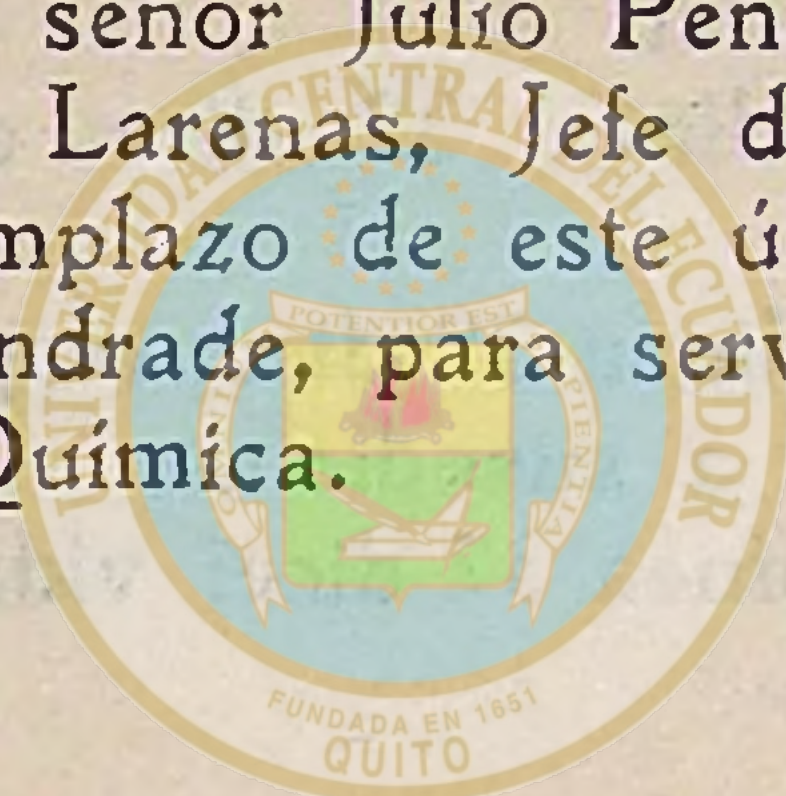
el Consejo Universitario, en sesión del 2 de octubre del año en curso, designó en su reemplazo al señor doctor don Julio Enrique Paredes.

Asimismo, el Consejo Universitario, en sesión de 16 de octubre del año en curso, nombró Profesor Titular de la Cátedra de Anatomía General y Descriptiva y Anatomía Dental, al señor doctor don Carlos Pólit.

Posteriormente, el 28 de octubre del presente año, fueron nombrados el doctor Angel A. Terán para la Cátedra de Clínica Obstétrica y el doctor Carlos Bustamante para la de Ginecología y Director de la Escuela de Enfermeras.

Para los cargos de Profesor de Derecho Internacional Público y Ciencia de Hacienda y Estadística, fueron nombrados los señores doctores Antonio J. Quevedo y Eliseo Fernández de Córdova en el orden indicado.

Por renuncia del señor Julio Peñaherrera, se le nombró al señor Arquídamo Larenas, Jefe de los Laboratorios de Química. Y, en reemplazo de este último, fue designado el señor Luis Aníbal Andrade, para servir las funciones de Segundo Ayudante de Química.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Sensible fallecimiento

La sociedad de Quito, los Poderes Públicos y las entidades de educación pública, fueron dolorosamente sorprendidas con la infausta desaparición del señor doctor Francisco Pérez Borja, ocurrida el 20 de diciembre del año en curso.

La personalidad del doctor Pérez Borja fue suficientemente conocida: ya en la Jurisprudencia, ramo de su vocación; ya en el magisterio; ya en la administración de justicia; habíase destacado como un elemento propulsor de ideas.

La Universidad Central pierde con el fallecimiento del doctor Pérez Borja uno de sus mejores servidores. Y, en esta ligera crónica, para no dejar inadvertida la oportunidad, consideramos como un duelo universitario el infausto acontecimiento.

En el próximo número de «Anales» publicaremos los discursos y acuerdos tributados en su memoria.